Índice

Nota a la edición
Prólogo Emili Olcina
Prefacio
Capítulo I EL REY Y LA REINA
Capítulo II EL VALLE Y LA TUMBA
Capítulo III EL VALLE EN LOS TIEMPOS MODERNOS
Capítulo IV NUESTRO TRABAJO INTRODUCTORIO EN TEBAS
Capítulo V EL HALLAZGO DE LA TUMBA
Capítulo VI INVESTIGACIÓN PRELIMINAR
Capítulo VII INSPECCIÓN DE LA ANTECÁMARA
Capítulo VIII TRASLADO DE LOS OBJETOS DE LA ANTECÁMARA
Capítulo IX VISITANTES Y LA PRENSA
Capítulo X EL TRABAJO EN EL LABORATORIO
Capítulo XI ABRIMOS LA PUERTA SELLADA
Epílogo BOCETO BIOGRÁFICO DEL FALLECIDO LORD CARNARVON por LADY BURGHCLERE
Índice alfabético

HOWARD CARTER

EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMÓN

PRÓLOGO DE EMILI OLCINA

LAERTES

El descubrimiento de la Tumba de Tut-Ankh-Amón

HOWARD CARTER

EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMÓN

TRADUCCIÓN DE MARTA PÉREZ

PRÓLOGO DE EMILI OLCINA

LAERTES

Título original: *The discovery of the Tomb of Tutankhamen*
Primera edición: abril, 1983
Séptima edición: noviembre 2022
© del prólogo: Emili Olcina
© de la traducción: Marta Pérez
© de esta edición: Laertes S.L. de Ediciones, 2022
www.laertes.es
Diseño y composición: JSM
ISBN: 978-84-18292-97-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual, con las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nota a la edición

Si bien Howard Carter ya aporta explicaciones históricas todavía válidas sobre el tiempo de Tutankhamón, hoy se conocen detalles que permiten redondearlas. El prólogo de esta edición, elaborado con datos fácilmente asequibles para el no especialista, ofrece una visión general de lo que fue el turbulento período de la historia egipcia en el que se sitúa el reinado de Tutankhamón.

En los nombres propios del Egipto Antiguo, la cuidada traducción de Marta Pérez respeta fielmente las grafías del original inglés. El prólogo de esta edición utiliza grafías hoy más usuales (Akhenatón por Ekhnatón, Ay por Aye, etcétera). En el índice alfabético a final de volumen los nombres se remiten, las pocas veces que así corresponde, a grafías hoy más usuales.

Se evita, por razones obvias, la grafía «Tutanjamón», y por unidad de criterio se emplea siempre, para los nombres egipcios, el dígrafo «kh» en vez de la jota o la ka.

Para la cronología del Egipto Antiguo, en el prólogo y el índice se adopta la empleada por Aidan Dodson en sus estudios sobre el período de Amarna.

Prólogo
Emili Olcina

Las tumbas de los faraones, atestadas de oro y joyas, fueron casi todas saqueadas y rebañadas hasta la desnudez de sus paredes a lo largo de milenios. En noviembre de 1922, por primera vez, un equipo arqueológico encontró en el Valle de los Reyes la tumba intacta de un rey egipcio, Tutankhamón. Pese a ser la de un faraón poco ilustre, la tumba era de los tiempos de máximo esplendor del Egipto Antiguo, los tiempos de Tutmosis III y Ramsés II, los del Imperio Nuevo, entre los siglos XVI y XI a.d.C., y la riqueza del ajuar funerario era extraordinaria. El primer vistazo al interior de la tumba fue, dice Carter, de «cosas maravillosas»: oro, mucho oro, «animales extraños, estatuas», y seres «monstruosos». Por primera vez en el mundo moderno, se veía en directo un escenario del Egipto Antiguo tal como había sido en su tiempo. El hallazgo despertó tanto entusiasmo que su protagonista, Howard Carter, escribió esta memoria antes incluso de que se abriesen todos los recintos de la tumba.[1]

El libro es ante todo la evocación de las peripecias y las emociones de la búsqueda y el descubrimiento, y se integra así a la literatura de tesoros enterrados. Ahora bien: en *El escarabajo de oro*, *La isla del tesoro* o *Las minas del rey Salomón*, los imaginarios tesoros consisten en mezclas desordenadas de joyas y monedas. El tesoro de la tumba de Tutankhamón está, en cambio, culturalmente organizado: las escenas y los personajes representados en las pinturas y esculturas, el arte con que están trabajados los objetos, los materiales que los componen, los textos inscritos en ellos, su distribución selectiva en diferentes cámaras, están cargados de significados simbólicos, estéticos, históricos, religiosos. El contenido de la tumba no tendría precio aunque los objetos fuesen de barro; y su abundancia en oro, marfil, maderas nobles y piedras preciosas iguala o supera el esplendor de los tesoros de novela. El ajuar funerario de Tutankhamón es no ya el mayor tesoro enterrado jamás encontrado, sino siquiera imaginado.

Es lógico que según el descubridor de su tumba lo más importante que hizo Tutankhamón en su vida fuese «morirse y ser enterrado». Desde luego, no tuvo tiempo ni ocasión de hacer demasiado por propia iniciativa. Subió al trono en la niñez y murió en la primera juventud tras reinar nueve años bajo la férrea tutela, sin duda, de los magnates de la corte. Su figura y su reinado, sin embargo, ocupan un puesto crucial en el par de décadas en que el Egipto faraónico conoció su más formidable convulsión intelectual, política y artística.

Carter califica el arte del período en cuyo tramo final se sitúa el reinado de Tutankhamón como «el más interesante de la historia del arte egipcio». En el curso de las turbulencias que, en la segunda mitad del siglo XIV a.d.C., marcaron el comienzo del fin de la poderosa Dinastía XVIII, se produjeron obras maestras de una naturalidad y expresividad quizá sin paralelo en la antigüedad lejana; y ese arte extraordinario no fue sino la faceta artística de un movimiento político y religioso que al cabo de treinta y cuatro siglos tiene una fuerte incidencia en la cultura contemporánea: la revolución del «rey hereje», Akhenatón, ha inspirado, entre millares de libros, *José y sus hermanos*, de Thomas Mann, *Moisés y la religión monoteísta*, de Sigmund Freud o, en lo que hace al acceso a públicos extensos, el best-seller de Mika Waltari *Sinuhé el egipcio*; la tumba de Tutankhamón, un espacio de encuentro entre la sensibilidad actual y la de los tiempos finales del período de Amarna,[2] ocupa portadas de diarios y revistas y atrae ríos de visitantes; o, en años recientes, causó sensación la posibilidad de que, más allá de una de las paredes de esta tumba, se abriese la de Nefertiti, la reina que compartió con el «rey hereje» el protagonismo de la revolución solar de Atón.

Entre las deidades del Egipto Antiguo, el Sol, divinificado como Re, Horus o Amón, tenía una especial asociación con la sucesión en el trono. Cada rey muerto, compañero del Sol nocturno en su peligroso recorrido por las cavernas del submundo, se asociaba a Osiris, el dios muerto que al amanecer resucitaba en su hijo Horus, el Sol diurno, el rey vivo, el faraón reinante. El Sol como cuerpo astral, sin embargo, el disco solar físico, el Atón, no tuvo entidad divina hasta que fue adquiriéndola, matiz tras matiz, entre los siglos XVI y XIV a.d.C., bajo los reyes de la Dinastía XVIII. Y Amenhotep III, a su muerte, se identificó con Atón, el ya plenamente divino disco solar.

El hijo y sucesor de Amenhotep III, Amenhotep IV, reinante entre 1337 y 1321 a.d.C., rompió bruscamente con el prudente gradualismo cultural del Egipto Antiguo: a los pocos años de reinado, se hizo llamar Akhenatón (grato a Atón) y proclamó a Atón «el Dios único, junto al cual no hay ningún otro»:[3] las antiguas divinidades desparecían todas de golpe; unas fueron pasivamente toleradas por las instancias del poder, y

otras, como el dios solar Re, o Shu, un dios aéreo, encajaron en la teología del atonismo como aspectos o denominaciones de Atón; pero a todas dejó de rendirse culto independiente y oficial y sus templos y sus sacerdocios dejaron de percibir financiación pública. Sí se persiguió con dureza al dios Amón, y a veces se sugiere que un conflicto entre su poderoso cuerpo sacerdotal y la corona pudo tener algo que ver con la revolución de Akhenatón;[4] pero, hubiese o no conflicto, la magnitud de esta revolución no tiene común medida con un forcejeo por cuotas de influencia política.

Se cometió lo que Akhenatón consideró «una grave ofensa» contra su dios, Atón: hubo sin duda resistencia a abandonar por Atón a las viejas divinidades. Akhenatón se desentendió en enorme medida de los asuntos tanto internos como internacionales y levantó una nueva ciudad capital en el desierto, Akhetatón, «Horizonte de Atón», máximamente alejada de las viejas capitales, Menfis y Tebas. En Akhetatón, en un templo construido sin techo para que lo inundasen los rayos solares de Atón, el rey y la reina, Nefertiti, eran los dos únicos oficiantes de su culto, con sus hijas como séquito; y plebeyos y nobles adoraban a Atón a través de la veneración al rey y a la reina.

El dios Atón, el disco solar, era materialmente visible y su luz y su calor se percibían físicamente. Y ese dios físico rige un mundo físicamente real. Atón, según proclama el Gran Himno que le dedica Akhenatón, es «la fuente de toda vida» y sólo tiene existencia aquello que es tocado por su luz. En la ausencia de la luz de Atón, en la noche y el inframundo, sólo hay muerte, no existencia. El Más Allá se disuelve en la nada de las tinieblas y existe sólo el Más Acá. El muerto está muerto solamente de noche, en la oscuridad de su sepulcro, y al amanecer su alma se reanima bajo la luz de Atón y en la superficie de la tierra disfruta entre los vivos de la «inmensa variedad» del mundo real «que [Atón] ha creado»: el de los humanos, los animales, las plantas y las rocas.[5]

Y el arte de Amarna celebra el mundo de la realidad sensible. Atón, el disco solar, se tiene a sí mismo como su propio símbolo: una esfera de la que emanan rayos de luz terminados en pequeñas manos que acarician a las criaturas terrestres. Desaparecen las entidades fantasmales de la noche y el mundo invisible. El artista de Amarna subraya su estricta adherencia a la realidad mediante una exageración caricaturesca que acentúa los rasgos físicos distintivos. A los hombres, mostrados con el torso al descubierto, se los ve delgados o gordos, jóvenes o viejos y mejor o peor parecidos según fuesen al natural. Y el artista muestra una y otra vez al divino faraón con la cabeza apepinada, flaco pero barrigón, estrecho de hombros, con los pechos caídos y las caderas y los muslos demasiado voluminosos en proporción al resto del cuerpo. Si Nefertiti

resiste las caricaturas sin que se pierda la armonía de su figura y sus facciones, si su imagen, en el famoso busto encontrado en las ruinas de Amarna, es un icono internacional de la belleza femenina al cabo de treinta y cuatro siglos, debe ser por mérito de la naturaleza y no por adulación de los artistas, aunque también es cierto que las mujeres, en ese arte, suelen salir bien paradas: una túnica les tapa el cuerpo desde los hombros hasta los pies y disimula lo que según los cánones fuesen excesos o escaseces; y si el artista o la modelo quieren exhibir una figura esbelta, la túnica se pega tanto al cuerpo y es de un tejido tan fino que transparenta hasta la desnudez.

El tiempo de ese arte ya no es el tiempo cíclico de las crecidas del Nilo, de las siembras y las cosechas, de la vida repitiéndose a sí misma; no es tampoco el tiempo inmedible de los dioses y los muertos en el Más Allá. Atón es el disco solar: sus puestas y salidas delimitan los días y las noches, su curso en el cielo señala el paso de las horas, su elevación la sucesión de las estaciones. El tiempo de Atón es cronológico, y el arte de Amarna refleja el tiempo lineal de la biografía: Nefertiti va pasando de la juventud a la madurez; las princesas crecen, algunas mueren y se las llora con desconsuelo. Fuera de las escenas de culto ceremonial, el rey y la reina no son representados en el hieratismo de una majestad intemporal, sino en la animación de la vida cotidiana, como amantes o como padres: con el cielo como techo, bajo los rayos del divino disco solar, disfrutan de su amor recíproco y de la intimidad familiar; en una escena, Nefertiti está sentada en las rodillas de su marido; en otra, con ambos desnudos, él la abraza por los hombros y ella le acaricia la cara; y a menudo sostienen a sus hijas en brazos, juegan con ellas, las besan.

Dice Carter que en el arte de la tumba de Tutankhamón «las ideas dominantes son el amor a lo casero y la tendencia solar»: el espíritu del arte de Amarna empapa toda la tumba, irradiando a partir de su obra de arte más maravillosa: el panel de oro, plata, gemas y vidrios de colores del dorso del trono; de nuevo, el rey y la reina, bajo los rayos del disco solar, muestran su mutuo afecto en la intimidad. Sólo que, en ese panel, y en el resto de la tumba, los nombres con que subieron al trono, Tutankhatón y Ankhesenpaatón, han sido cambiados por Tutankhamón y Ankhesenamón, en honor de Amón, el dios poco antes maldito. Y en las pinturas de las paredes, en pectorales, en vasos canopos, en estatuillas, proliferan los seres maravillosos y mostruosos: Anubis, el dios chacal, preside los infiernos, el rey muerto es acogido en el mundo subterráneo por Osiris, el dios momia cuya esposa, la lunar Isis, ampara el sarcófago real junto con las diosas Neith, Serket y Neftis; y también están ahí Sekhmet, la diosa león, Taueret, la diosa hipopótamo, Uadjet, la diosa cobra, Bes, el dios contrahecho... Pocos años después de la muerte de Akhenatón, las viejas deidades han vuelto en tromba.

La explicación de Carter de cómo se abandonó la religión de Atón y se volvió al antiguo orden conserva su validez general, pero al cabo de un siglo se puede redondear. Quizá para asegurar la continuidad de la religión de Atón después de su muerte, Akhenatón hizo corregente a su hermano menor, Smenkhkare, el cual, sin embargo, murió antes que él; ya en sus últimos tiempos, Akhenatón hizo faraón a Nefertiti, su mujer, que, con el nombre de Neferneferuatón, le sobrevivió y reinó sola dos o tres años. Ya durante su reinado se inició el regreso al antiguo orden: reapareció a la luz pública, en particular, el sacerdocio de Amón. Quizá los leales a Atón odiaron al faraón mujer como traidora, quizá los partidarios de la vuelta al antiguo orden la viesen como un lastre atonista, quizá sucedieron ambas cosas; el caso es que si, según parece probable, su momia es la conocida como la de la Dama Joven, Nefertiti murió de un tremendo golpe que le destrozó la cara. La enterraron sin los honores de faraón, y gran parte de su ajuar funerario se destinó, unos años más tarde, a la tumba de Tutankhamón.[6]

Tutankhamón fue entronizado, sin duda, de muy niño, ya durante el reinado de Nefertiti-Neferneferuatón, como Tutankhatón: como fiel a Atón. Se creyó, y así lo cree Carter, que accedió al trono por estar casado con Ankhesenpaatón, una hija de Akhenatón y Nefertiti. Pero hoy es casi seguro que también Tutankhatón era hijo de Akhenatón y, posiblemente, también de Nefertiti. Tutankhatón y su esposa y hermana debían ser, a ojos de los partidarios del regreso al antiguo orden, idóneos para ocupar el trono, al añadirse a su legitimidad dinástica la circunstancia de que eran niños de ocho a diez años.

No pudo ser por decisiones del rey niño, pero sí en su nombre, que se volvió al orden tradicional. Se restablecieron los cultos de las viejas divinidades, sus templos volvieron a cuidarse, sus sacerdocios volvieron a gestionar subvenciones estatales, ofrendas y sacrificios; la nueva capital, Akhetatón, fue engullida por el desierto, Menfis y Tebas recuperaron la doble capitalidad, los reyes niños pasaron a llamarse Tutankhamón y Ankhesenamón, y los rastros de la revolución de Akhenatón se borraron tan a conciencia que no volvió a saberse nada de ella hasta treinta y tres siglos más tarde.[7]

Había sin duda poderosas razones políticas para la restauración del orden faraónico tradicional. Carter expone cómo debía ser el estado del país, con sus supremos gobernantes centrados en rendir homenaje a un extraño dios en mitad del desierto, con los templos abandonados, con las coordenadas culturales desquiciadas. El desinterés de Akhenatón por los asuntos internacionales había costado a Egipto la pérdida de alianzas e influencias en beneficio de su mayor rival, el imperio hitita. El momento debía exigir energía y sentido práctico. Los sucesores de Tutankhamón no fueron refinados príncipes de sangre real sino curtidos generales:

primero Ay, después Horemheb.[8]

Pero, junto a la conveniencia política, hubo, sin duda, razones más profundas para recuperar a las viejas divinidades. Atón era diurno: excluía la noche, los sueños, el cielo estrellado, las fantasmagorías de la luz lunar, las cavernas del submundo. Atón, como dios racionalmente concebido del mundo tangible, satisfacía al intelecto. Pero las viejas divinidades lunares, nocturnas, celestes o infernales seguían respondiendo a los miedos y deseos y, activadas por amuletos y sacrificios, protegían los cultivos, la salud, los amores o los partos, o acogían a los muertos en el mundo subterráneo.

En el culto a Atón, Nefertiti había representado la presencia de lo femenino, pero la reina consorte era tan sólo la tercera y última persona de la trinidad divina integrada, junto con ella, por dos figuras masculinas dominantes: el dios único y el faraón reinante. La religión de un dios masculino, solitario en el cielo, ajeno a lo lunar, no recogía los anhelos de acceso a la intimidad femenina, ni la vivencia de la mujer de su propia feminidad.

La religión de Atón prometía una vida póstuma en la superficie de la tierra bajo una constante luz diurna: no respondía ni siquiera al modesto anhelo, consciente o latente, de, por así decirlo, descansar de la vida, en la oscuridad y la tranquilidad de la tumba.

Atón fue eliminado. En el reinado de Tutankhamón, sin embargo, durante la transición de la nueva religión a la antigua, Atón y las viejas divinidades coexistieron por breve tiempo. Y la tumba de Tutankhamón refleja ese momento: en ella, el arte revolucionario de Amarna coexiste con el arte sujeto a las convenciones tradicionales. El azar ha preservado el que es, y fue ya sin duda en su tiempo, el único monumento del Antiguo Egipto en cuyo arte el dios único, Atón, cohabita con incontables diosas y dioses del mundo invisible; el único en el que las luces diurnas de Atón se combinan con las sombras de la noche y el inframundo.

Con el absoluto beneplácito de mi colaborador, el señor Mace, dedico este relato del descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amón a la memoria de mi querido amigo y colega

LORD CARNARVON,

que murió en la hora de su triunfo.

De no ser por su inagotable generosidad y su constante aliento, nuestro trabajo nunca habría estado coronado por el éxito. Su juicio en arte antiguo rara vez ha sido igualado. Sus esfuerzos, que tanto han contribuido a extender nuestros conocimientos de Egiptología, serán para siempre honrados por la historia, y su memoria siempre será entrañable para mí.

Prefacio

Esta narración del descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amón es únicamente preliminar; algún día se realizará un estudio definitivo de naturaleza puramente científica, el cual no podrá hacerse de forma adecuada hasta que la labor de investigación, tanto de la tumba como de su vasto material, haya sido completada. No obstante, en vista del interés público por nuestro descubrimiento, comprendimos la urgente necesidad de un relato, por breve que fuera; y tales el motivo de la publicación de este libro.

Nos encontramos por vez primera con una sepultura real muy poco profanada, a pesar del atropellado saqueo sufrido en manos de los ladrones de tumbas antiguas, y creo que, dentro del sagrado recinto de la cámara mortuoria, el faraón yace intacto en toda su real magnificencia.

Ciertos egiptólogos han sugerido que escribamos en verano para publicar de inmediato todo lo que hemos hecho en el invierno. Pero existe, excluyendo la tensión del trabajo y otros deberes, una fuerte razón en contra. Nuestra labor requerirá varias temporadas de esfuerzo concentrado en nuestro descubrimiento: la tumba, sobre cuyo contenido vamos a hacer una descripción lo más fiel posible. Si, siguiendo el consejo de nuestros críticos, tuviésemos que detallar por escrito nuestros progresos antes de que nuestro trabajo quedase compulsado en su totalidad, necesariamente surgirían errores que, una vez cometidos, serían difíciles de rectificar. Por lo tanto nos atrevemos a esperar que el método que hemos adoptado se ciña más a la exactitud científica, y quede por lo tanto menos expuesto a originar impresiones erróneas. Y además, no faltan las advertencias contra la prisa indebida. Por ejemplo, tenemos presente la bóveda que contenía la cámara secreta de Ekhnatón, encontrada en este Valle. El relato de este descubrimiento tan interesante e importante fue publicado y anunciado apresuradamente, como si se tratara del hallazgo de la tumba de la reina Tiy, mientras que, tras una investigación más minuciosa, sólo un objeto del magnífico

hallazgo, el así llamado palio, que aparentemente había ejercido una influencia extraordinaria en las mentes de sus descubridores y cronistas, podía ser reivindicado como perteneciente a aquella reina. Esos son los errores que queremos evitar. Además, como hasta ahora sólo hemos visto una cuarta parte del contenido de la tumba, en esta narración preliminar nos atrevemos a exigir la indulgencia del lector. Él comprenderá que nuestras palabras están sujetas a posibles correcciones futuras, de acuerdo con la naturaleza de los hechos revelados por el progreso posterior de nuestro trabajo.

Cuando, a la tenue luz de una vela, realizamos el primer examen superficial de la antecámara, creímos que uno de los cofres contenía rollos de papiro. Pero luego, bajo los rayos de una potente luz eléctrica, resultaron ser rollos de lino, que incluso entonces guardaban cierto parecido con los de papiro. Desde luego fue decepcionante, y generó la sugerencia de que la cosecha histórica, comparada con el valor artístico de nuestro descubrimiento, sería insignificante debido a la carencia de evidencia literaria acerca del rey Tut-Ankh-Amón y la confusión política de su tiempo.

También se ha afirmado que esas cámaras no representan la tumba real del rey, sino el hecho que Hor-Em-Heb, segundo sucesor de Tut-Ankh-Amón, había usurpado probablemente su tumba real y se había apresurado a depositar sus muebles en las cámaras de la bóveda. Y eso no es todo. También se ha dicho que no era más que una cámara secreta, e incluso se ha conjeturado, con menos visos aún de probabilidad, que los objetos hallados en su interior eran una colección de muebles palaciegos, pertenecientes a la dinastía y escondidos allí porque Tut-Ankh-Amón fue el último de esa estirpe real, asegurándose que muchos de esos muebles eran de origen mesopotámico. Quizá se me disculpe si hago constar que estas críticas han sido planteadas por autores que nunca vieron la tumba, dejando ya aparte su contenido.

Como réplica a esas objeciones, diré que hasta donde hemos llegado no hemos encontrado nada que no tuviera porque no pertenecer al aparato funerario del rey. Todos los objetos concuerdan perfectamente con la evidencia y conocimientos recabados a partir del material fragmentario de las tumbas reales del Imperio Nuevo descubiertas en este valle, y son, en todos sus aspectos, puramente egipcios, de la XVIII dinastía.

Del hecho que este descubrimiento es la auténtica tumba de Tut-Ankh-Amón, creo que no puede haber duda; pero hay que recordar que, como la tumba de Eye, su sucesor inmediato, pertenece al tipo semireal y semiprivado. En realidad constituye más el sepulcro de un posible heredero al trono que el de un rey.

Una comparación del plano de la tumba con los de las tumbas de las

madres, las esposas y los hijos de reyes, en el Valle de las Reinas, así como con las tumbas de sus predecesores y sucesores del Valle de los Reyes, confirmará, creo, esta opinión.

Por su estilo de trabajo y ciertas idiosincrasias visibles, no es del todo improbable que fuera realizada por las mismas manos que cavaron la bóveda que contenía el sepulcro transportado de Ekhnatón, sita en su proximidad. El plano de esa bóveda se asemeja muchísimo a la tumba de Tut-Ankh-Amón, y ambas son a su vez variantes del plano y los principios de las tumbas de los monarcas tebanos del Imperio. La aparente reducción de diseño en la bóveda de Ekhnatón —pues contiene sólo la cámara completa—, se debe probablemente al hecho que fue construida como cámara secreta destinada a recibir más que la momia reverenciada, con unos pocos objetos esenciales pertenecientes a su sepulcro. Quizá sea por eso por lo que encontramos sólo la primera cámara —la antecámara— preparada y decorada para la recepción de restos. También conviene señalar que en el muro derecho de esa única cámara el antiguo mampostero egipcio inició una segunda estancia, que ahora, en su estado inconcluso, sugiere un nicho; pero comparándola con la sepultura de Tut-Ankh-Amón, la idea y la intención se hacen patentes: debía ser un vestíbulo mortuorio. En otras palabras, existe cierta afinidad de diseño entre la tumba de Ekhnatón en El Amarna, y la bóveda destinada para cámara secreta del Valle del así llamado rey hereje, y entre estas dos y las tumbas de Tut-Ankh-Amón y Eye, todas ellas peculiares de la rama El Amarna de la dinastía. En ellas encontramos también el más refinado arte de la Era Imperial en Egipto, además del germen de su decadencia, que se hizo manifiesto en la XIX dinastía, sucesora de esta.

Fue el rey Eye, sucesor de Tut-Ankh-Amón, quien debió enterrar a nuestro monarca, pues en los muros interiores de la cámara tumbal de Tut-Ankh-Amón, Eye está representado como rey en escenas religiosas, oficiando delante del citado Tut-Ankh-Amón, escenas sin precedentes en las tumbas reales de esta necrópolis.

Quizá convenga decir en este punto algo concerniente a la mentalidad de los antiguos egipcios, manifestada a través de su arte a su vez estrechamente asociado con la religión. Si estudiamos las ideas religiosas de los antiguos egipcios, es probable que nos absorba la curiosa miscelánea de su mitología, pero al final sabremos que hemos progresado más que ellos. No obstante, una vez hayamos adquirido la capacidad de admirar y comprender su arte, no podremos, en conjunto, mantener esa seguridad de progreso y superioridad estéticos. Quizá lo hagamos en detalles insignificantes, pero ninguna persona sensata se imaginará nunca que ha superado las esencias que su arte materializa. Con todo nuestro progreso, no podemos sobrepasar esas esencias. El arte

egipcio expresa sus metas con un convencionalismo augusto y sencillo, quedando así dignificado por su propia serenidad, nunca carente de respeto.

Sin duda la falta de perspectiva en su arte implica limitación, y no es poco lo que hay que rendirle a esa limitación; pero, con su convencionalismo, el mejor arte egipcio encarna el refinamiento, el amor a la simplicidad, y la paciencia en la ejecución, sin descender nunca a convertirse en una copia servil de la naturaleza. La simplicidad es en arte un signo de grandeza, y los egipcios nunca se esforzaron por ser originales ni sensacionalistas. Dentro de las trabas de este convencionalismo, cada egipcio contemplaba la naturaleza con sus propios ojos, y de ese modo confería carácter a su obra a través de su personalidad subjetiva, desde un punto de vista tanto religioso como estético. Es por eso por lo que el retrato egipcio parece adolecer a menudo, para el ojo inexperto, de una cierta uniformidad, e incluso de monotonía. No obstante, eso se debe en realidad a las convenciones de la época, mediante las cuales los trazos individuales eran suavizados de acuerdo con los ideales de las convenciones egipcias. Estos hechos se manifiestan en el material que se encuentra en la tumba de Tut-Ankh-Amón. Quedamos perplejos ante el inmenso despliegue de arte de ese período que contiene, pero al estudiarlo más de cerca, se nos insinúa un aspecto inesperado del carácter y aficiones domesticas del rey. Los gustos de Tut-Ankh-Amón parecen ser más los de un noble que los que cabe asociar con el arte religioso y oficial dominante en el cementerio real tebano. En el arte de su tumba las ideas dominantes son el amor a lo casero y la tendencia solar, en vez de las austeras convenciones religiosas que caracterizan a todas las otras tumbas reales del Valle.

En la inmensa cantidad de material de la tumba de Tut-Ankh-Amón, como en el exhibido en los hermosos relieves sobre su reinado de la gran sala hipostilar del templo de Luxor, encontramos una extrema delicadeza de estilo, así como muestras del más alto refinamiento. En el caso de una escena pintada, una vasija o una estatua, resulta obvia una idea primaria del arte; pero en los objetos utilitarios como bastones, varas o tamices de vino, el arte, como tan bien sabemos en la actualidad, no es una necesidad. Aquí, en la tumba, el valor artístico parece haber sido siempre la primera consideración.

No es este el lugar apropiado para discutir la cuestión del arte egipcio antiguo, ya que nuestro libro trata principalmente del hallazgo de la tumba. Pero no puede pasarse por alto el Valle, y creemos útil incluir algunos comentarios generales sobre su impresionante historia, así como relatar ciertos acontecimientos inesperados que genera el descubrimiento.

Después de numerosos años de trabajo estéril, un avance repentino de

gran magnitud le pilla a uno desprevenido. Por ejemplo, hay que afrontar la cuestión de la asistencia adecuada y competente. En este caso la ayuda necesitada comprendía obviamente la importantísima constancia en el papel, fotografías, planificación y la salvaguarda de los objetos, requiriendo esto último nociones de química. Pero las necesidades más inminentes y apremiantes eran la fotografía y el dibujo. Nada podía contemplarse hasta que se hubiera realizado una reproducción pictórica completa del contenido de la antecámara. Eso no sólo suponía la toma de fotografías de la disposición general del interior y del ordenamiento del mismo, sino que además esta tenía que ser sucedida por documentos diagramáticos donde figurasen las posiciones relativas vistas desde arriba, tarea que exigía, además de pericia fotográfica en alto grado, la presencia de un topógrafo experto. A continuación surgió la consideración de su salvaguarda, su desplazamiento y su descripción, labores adecuadas para un químico, un hombre versado en el tratamiento de las antigüedades, y por fin un arqueólogo.

Este problema se resolvió en seguida gracias a la generosidad de nuestros colegas de la expedición americana del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. En respuesta a mi Hamada, mi amigo y colega más estimado, el señor A. M. Lythgoe, conservador del Departamento Egipcio de este museo, cuya amable oferta fue seguidamente confirmada muy generosamente por sus fiduciarios y su director, me telegrafió poniendo a mi disposición, en detrimento de su trabajo, a todos los miembros de su personal que necesitásemos.

No me había atrevido a esperar una suerte como aquella. Su ayuda suponía los servicios de A. C. Mace, uno de sus conservadores asociados, de Harry Burton, su experto en documentos fotográficos, y de los señores Hall y Hauser, dibujantes de su expedición: un grupo de hombres de campaña muy capacitados, todos ellos con vastos conocimientos de arqueología. Permítaseme dejar aquí constancia del sacrificio realizado por el señor Mace, director de sus excavaciones en el campo de pirámides de Lisht, en nuestro interés, al abandonar sus numerosos años de investigación; y debo añadir que la preparación de este libro ha pesado en gran medida sobre sus hombros. Al mismo tiempo quiero expresar nuestro reconocimiento más sincero y agradecido a los fiduciarios del Metropolitan Museum of Art de Nueva York, a su director, el señor Edward Robinson, al señor Lythgoe, y también a H. E. Winlock, cuya expedición a Tebas quedó por esta causa considerablemente desbaratada.

Mientras tanto en El Cairo se produjo un golpe de suerte. El señor Lucas, director del Departamento Químico del Gobierno egipcio, quedaba en aquel momento libre de sus deberes oficiales, y nos ofrecía

la valiosa ayuda de sus conocimientos químicos.

Ya antes, cuando comprendí la probable magnitud del descubrimiento, A. R. Callender, que me había prestado su ayuda en ocasiones anteriores, vino en seguida en mi auxilio desde Erment. El doctor Alan Gardiner también puso muy amablemente a nuestra disposición su sin igual erudición filológica. Y el profesor James H. Breasted, de la Universidad de Chicago, eminente historiador del Antiguo Egipto, entonces en este país, me dio su valioso consejo y me instruyó sobre los datos y evidencia históricos que nos proporcionaban las inscripciones de las cuatro entradas selladas encontradas, en diversas condiciones, en la tumba.

A lo largo de toda nuestra empresa recibimos la esmerada cortesía y amabilidad de todos los funcionarios del Departamento de Antigüedades del Gobierno egipcio, y quiero, en relación con ellos, expresar mi agradecimiento a Monsieur Lacau, Directeur Général au Service des Antiquités. Quizá deba mencionar aquí que estoy asimismo en deuda con los miembros del personal de *The Times,* por su presta colaboración en todos los asuntos, incluso en los que se apartaban de su campo de interés.

Doy también encarecidas gracias a lady Burghclere, la abnegada hermana de lord Carnarvon, por la introducción biográfica con la que tan amablemente ha contribuido, porque no había nadie más indicado que ella para realizar esta tarea.

Tengo que dar también las gracias a mi querido amigo Percy White, novelista y catedrático de Literatura Inglesa en la Universidad egipcia, por su animosa ayuda literaria.

Y por último deseo expresar mi reconocimiento a los servicios de mi grupo de trabajadores egipcios, que han llevado a cabo, leal y conscientemente, todos cuantos deberes les he confiado. La carta de la página, que, en su inglés peculiar, muestra su celo durante mi ausencia, quizá debería ser reproducida.

HOWARD CARTER
Agosto, 1923

Capítulo I
EL REY Y LA REINA

Unas palabras preliminares acerca de Tut-Ankh-Amón, el rey cuyo nombre conoce todo el mundo, y que en ese sentido necesita menos introducción que ningún otro personaje histórico. Era yerno, como es de todos sabido, del más traído y llevado, y probablemente más sobrestimado, de todos los faraones egipcios: el rey hereje Ekhnatón. Nada sabemos de su ascendencia. Quizá tuviera sangre real, y por lo tanto algún derecho indirecto al trono por cuenta propia. Y quizá fuera simplemente un hombre común. Eso carece de importancia porque, al casarse con una hija del rey, se convirtió de forma automática, según la línea egipcia de sucesión, en el heredero potencial del trono. La suya debió ser una posición arriesgada e incómoda de ocupar, en aquella etapa específica de la historia de su país. En el exterior, el imperio fundado en el siglo V a. de C. por Tutmosis III y continuado, con dificultad, cierto, pero continuado al fin, por monarcas sucesivos, había saltado por los aires como un globo pinchado. En casa la insatisfacción era el factor dominante. Los sacerdotes de la antigua fe, que habían visto a sus dioses escarnecidos y sus propias vidas comprometidas, trataban de sacudirse el yugo, esperando sólo el momento más oportuno para quitárselo por completo; la clase de los soldados, condenada a una inactividad mortificante, bullía de descontento y estaba a punto para cualquier forma de excitación: el elemento extranjero *harim,* mujeres que habían sido introducidas en gran número en la corte y en las familias de los soldados a raíz de las guerras de la conquista, eran ahora, en una época de debilitación, un foco seguro y evidente de intriga: los fabricantes y mercaderes, como el comercio exterior disminuía y el crédito interno se había desviado hacia un área local y extremadamente circunscrita, estaban cada vez más hoscos y descontentos; y el populacho, intolerante con los cambios, llorando en su mayoría la pérdida de sus viejos dioses familiares, y muy predispuesto a atribuir cualquier pérdida, privación o desgracia, a la celosa intervención de las

deidades ofendidas, estaba evolucionando lentamente del aturdimiento al resentimiento activo contra el nuevo cielo y la nueva tierra que habían decretado para ellos. Y mientras tanto Ekhnatón, Galión de Galiones, se pasaba la vida soñando en Tell el Amarna.

La cuestión del sucesor era vital en todo el país, y podemos estar seguros de que la intriga lo dominaba todo. No había ningún heredero varón, y el interés se centró en un grupo de muchachitas, la mayor de las cuales no podía sobrepasar los quince años en el momento de la muerte de su padre. A pesar de su juventud, esta princesa primogénita, llamada Mertatón, llevaba ya un tiempo casada, porque en los últimos dos años del reinado de Ekhnatón encontramos al yerno asociado con el faraón como co-regente, en un vano intento de prevenir una crisis que incluso el archisoñador Ekhnatón debió comprender que era inevitable.

Poco saboreó la muchacha la realeza, porque Smenkh-Ka-Re, su esposo, murió poco después que Ekhnatón. Incluso es posible, como parecen demostrar algunos indicios en su tumba, que le antecediera, al hallar la muerte en manos de una facción rival. En cualquier caso desapareció, y su esposa con él, y el trono quedó abierto para el siguiente aspirante.

La segunda hija, Maktatón, murió célibe en vida de Ekhnatón. La tercera, Ankh-Es-En-Pa-Atón, estaba casada con Tut-Ankh-Atón, como se llamaba entonces el célebre Tut-Ankh-Amón. No se sabe con exactitud cuando tuvo lugar el matrimonio. Pudo ser en vida de Ekhnatón, o quizá fue contraído precipitadamente en seguida después de su muerte, para legalizar el derecho al trono del joven. En cualquier caso, no eran más que niños. Ankh-Es-En-Pa-Atón nació en el octavo año de reinado de su padre, y por lo tanto no podía contar entonces más de diez; y tenemos razones para creer, por los indicios del interior de la tumba, que el mismo Tut-Ankh-Amón era poco más que un muchacho. Es evidente que en los primeros años del reinado de estos dos niños tuvo que haber algún poder detrás del trono, y podemos estar bastante seguros de quien fue. En todos los países, y más especialmente en los orientales, existe la sabia norma, en los casos de sucesiones dudosas o débiles, de prestar una atención particular a los movimientos del funcionario más poderoso de la corte. En la corte del Tell el Amarna este era un tal Eye, sumo sacerdote, chambelán y prácticamente poseedor de casi todos los títulos cortesanos. Era amigo personal íntimo de Ekhnatón, y su esposa Tiy fue niñera de la esposa real Nefertiti; así que podemos estar bastante seguros de que no pasaba en palacio nada que ellos no supieran. Saltando un poco en el tiempo, nos encontraremos con que fue el mismo Eye quien se las ingenió para ocupar el trono después de la muerte de Tut-Ankh-Amón. También sabemos, por la presencia del Cartouche, o figura oval con su nombre, en la cámara mortuoria de la recién hallada

tumba, que se hizo responsable de las ceremonias funerarias de Tut-Ankh-Amón, aunque no fue él personalmente quien construyó su tumba. Es algo sin precedente en el Valle encontrar el nombre de un rey sucesor en las paredes del monumento sepulcral de su antecesor. El hecho de que ocurriera así en este caso parece implicar una relación especial entre ellos, y probablemente podemos afirmar con bastante certeza que Eye fue responsable en gran medida de la subida al trono del rey niño. Es muy posible que ya se hubiera forjado sus propios planes para él, pero, no sintiéndose aún del todo seguro en aquel momento, prefirió esperar a mejor ocasión y utilizar todas las oportunidades que sin duda había de tener, como ministro de un soberano joven e inexperto, para consolidar su posición. Resulta interesante especular, y cuando recordamos que Eye a su vez fue sucedido por otro de los oficiales importantes del reinado de Ekhnatón, el general Hor-Em-Heb, y que ninguno de ellos tenía realmente derecho al trono, podemos sentimos casi seguros de que este desvío de la historia que va de 1375 a 1350 a.d.C., constituyó un escenario importante de acontecimientos dramáticos.

No obstante, como historiadores que se respetan a sí mismos, tendremos que dejar a un lado los tentadores «podría haber sido» y «probablemente», para adentramos en los hechos duros y fríos de la historia. ¿Qué sabemos en realidad de ese Tut-Ankh-Amón con el que estamos tan sorprendentemente familiarizados? Poquísimo, si nos detenemos a pensar en ello. En nuestro estado presente de conocimientos podríamos decir con verdad que el único rasgo sobresaliente de su vida fue que murió y le enterraron. Del hombre en sí —si es que llegó a la dignidad de hombre— y de su carácter como individuo no sabemos nada. Y de los acontecimientos de su reinado podemos entresacar un poco, muy poco, de sus monumentos. Sabemos, por ejemplo, que en algún momento de su gobierno abandonó la capital hereje de su suegro y volvió a trasladar la corte a Tebas. Que empezó como adorador de Atón y revertió a la religión antigua, lo atestigua el cambio de su nombre, Tut-Ankh-Atón, por el de Tut-Ankh-Amón, y también la introducción por su parte de pequeñas reformas y restauraciones en los templos de los antiguos dioses de Tebas. Hay una estela en el museo de El Cairo, que originariamente estaba en uno de los templos de Karnak, en la que él mismo se refiere a las restauraciones de los templos con lenguaje grandilocuente. «Encontré —dice— los templos caídos en la ruina, con los lugares sagrados desbaratados y los atrios cubiertos de maleza. Reconstruí los santuarios, doté de nuevo a los templos y les obsequié todo tipo de objetos preciosos. Erigí estatuas de los dioses en oro y electro, decoradas con lapislázuli y toda clase de piedras finas».[9] Ignoramos en qué período concreto de su reinado tuvo

lugar este cambio de religión, y si se debió a un sentimiento personal o bien le fue dictado por razones políticas. Sabemos, por la tumba de uno de sus oficiales, que había en Siria y en Sudán ciertas tribus que estaban sometidas a él y le rendían tributo; y en numerosos de los objetos de su propia tumba le vemos pisoteando con sumo placer a sus prisioneros de guerra, y abatiéndoles por centenares desde su carro; claro que no por eso debemos dar por sentado, ni mucho menos que acudiera nunca al campo de batalla. Los monarcas egipcios solían ser curiosamente tolerantes con estas ficciones halagadoras.

Y eso casi agota los hechos de su vida que hemos llegado a conocer a través de los monumentos. En lo que respecta a su tumba, hasta ahora, poco cabe añadir. Estamos logrando averiguar qué tenía, pero si queremos enterarnos también de qué era y qué hizo, lamentablemente tendremos que seguir buscando. Todavía no hay nada susceptible de indicarnos la duración exacta de su reinado. Ya antes sabíamos que el mínimo estaba en seis años; y no pudo ser mucho más. Sólo nos queda esperar que las cámaras interiores sean más comunicativas. Su cuerpo si, como esperamos y deseamos, yace todavía en el interior de las cajas doradas de su sepulcro, nos revelará por lo menos su edad al morir, y quizá nos dé alguna pista sobre las circunstancias del suceso.

Sólo dos palabras acerca de su esposa, Ankh-Es-En-Pa-Atón como se la conocía originariamente, y Ankh-Es-En-Amón después de la reversión a Tebas. Por ser la persona merced a la cual heredó al rey, debió poseer una importancia considerable, y él mismo manifiesta el debido reconocimiento de este hecho mediante la inclusión frecuente de su nombre y persona en el mobiliario de su tumba. Tenía una grácil figura, a no ser que sus retratos le hagan más que justicia, y sus relaciones amistosas con su esposo quedan recalcadas artísticamente en el auténtico estilo de Tell el Amarna. Hay dos representaciones suyas que son especialmente deliciosas. En una, en el respaldo del trono, aparece ungiendo a su esposo con perfume; en la otra acompañándole en una expedición de caza, en cuclillas a sus pies, alargándole una flecha con una mano, y señalándole con la otra un pato particularmente gordo que teme que le pase inadvertido. Encantadoras escenas, aunque también patéticas, cuando recordamos que a los diecisiete o dieciocho años la esposa enviudó. Bueno, quizá. Conociendo un poco Oriente, quizá no cabe pensar que fuera así; pues esa historia tiene una secuela que nos revela una serie de tablillas encontradas hace unos años en las ruinas de Boghozkeui y descifradas muy recientemente. Se perfila en ellas un interesante relato de intriga; en pocas palabras obtenemos un retrato más claro de la reina Ankh-Es-En-Amón que el que fue capaz de trazar Tut-Ankh-Amón en todo el aparato de sus muebles funerarios.

Según parece, era una mujer de carácter más bien fuerte. La idea de

relegarse a un segundo plano en favor de una nueva reina no le atrajo demasiado, y a partir de la muerte de su esposo empezó a maquinar. Tenía, suponemos, dos meses de plazo, pues ese era el tiempo que debía transcurrir entre la muerte y el entierro de Tut-Ankh-Amón, y hasta que el rey fallecido era inhumado es muy poco probable que pudiera tomar las riendas el siguiente. En los dos o tres reinados posteriores habían tenido lugar constantes bodas cruzadas entre las clases reales de Egipto y Asia. Una de las hermanas de Ankh-Es-En-Amón había sido enviada a una corte extranjera para contraer matrimonio y muchos egiptólogos creen que su propia madre era una princesa asiática. Así que no es sorprendente que en un momento crítico como aquel buscara ayuda en el exterior, y escribiese una carta al rey de los hititas en los términos siguientes: «Mi esposo ha muerto, y me dicen que tenéis hijos mayores. Enviadme a uno de ellos; lo haré mi esposo y se convertirá en rey de Egipto».

Fue un movimiento astuto por su parte, porque no existía en Egipto ningún heredero auténtico al trono, y el rápido despacho de un príncipe hitita, con un ejército razonable para respaldarle, habría supuesto probablemente el éxito del golpe. No obstante, la prontitud era el factor esencial, y en eso la reina no contó con el rey hitita. La prisa en cualquier cuestión estaba por completo fuera de sus cálculos. Todo saldría mal si se dejaba apremiar en un proyecto de aquel tipo sin la debida deliberación y, además, ¿cómo sabía que la carta no era una trampa? Así que mandó llamar a sus consejeros y discutieron largamente el asunto. Por fin se decidió enviar a Egipto un mensajero para investigar la veracidad de la historia. «¿Dónde —escribe en su contestación (y nosotros nos lo imaginamos dándose palmaditas en la espalda por su astucia)— está el hijo del difunto rey? ¿Qué ha sido de él?»

Un mensajero tardaba catorce días en ir de un país al otro, así que podemos suponer cómo se sentiría la reina cuando, después de un mes de espera, en respuesta a su petición, recibió, no un príncipe y un marido, sino una carta fútil y dilatoria. Desesperada, volvió a escribir: «¿Por qué había de engañaros? No tengo hijos, y mi esposo ha muerto. Enviadme a un hijo vuestro y lo hare rey». Esta vez el rey hitita decidió acceder a su demanda y enviarle a uno de sus hijos, pero evidentemente era demasiado tarde. Se había agotado el tiempo. El documento se interrumpe aquí, y queda para nuestra imaginación completar la historia.

¿Emprendió viaje a Egipto el príncipe hitita? ¿Hasta dónde llegó? ¿Se enteró Eye, el nuevo rey, de los planes de Enkh-Es-En-Amón y tomó medidas efectivas para desbaratarlos? Nunca lo sabremos. En cualquier caso la reina desaparece de escena y no tenemos más noticias suyas. Es

un relato fascinante. Si sus maquinaciones hubieran tenido éxito, nunca habría nacido Ramsés el Grande.

Capítulo II
EL VALLE Y LA TUMBA

El Valle de las Tumbas de los Reyes... el nombre mismo es de lo más evocador, y de todas las maravillas egipcias no hay ninguna, supongo, que apele de forma más instantánea a la imaginación. Aquí en esta solitaria cuenca, apartada de todo sonido vital, con el Horn, el más alto pico de los montes tebanos, erguido en centinela cual pirámide natural, yacen treinta reyes o más, entre ellos los más grandes que Egipto haya conocido nunca. Treinta fueron enterrados aquí. Ahora, probablemente, no quedan más que dos: Amenhotep II, cuya momia pueden ver los curiosos yaciendo en su sarcófago, y Tut-Ankh-Amón, que permanece intacto bajo su sepulcro de oro. Aquí, cuando las exigencias de la ciencia hayan sido satisfechas, esperamos dejar reposar a este último. No me propongo describir con palabras el Valle mismo, pues eso es algo que ya se ha hecho con demasiada frecuencia en los últimos meses. No obstante, sí me gustaría consagrar cierto tiempo a su historia, pues resulta esencial para la comprensión adecuada de la tumba que nos ocupa.

Aislada en un rincón del extremo del valle, medio oculta por un prominente bastión de roca, se encuentra la entrada de una tumba nada ostentosa. Es fácil pasarla por alto y rara vez se visita, pero posee un interés muy especial, por ser la primera construida en el Valle. Más que eso, es extraordinaria como experimento de una nueva teoría en la concepción de las tumbas. Para los egipcios era de vital importancia que el cuerpo pudiera descansar inviolado en el lugar construido para ello, y los primeros reyes creyeron asegurarse el reposo erigiendo sobre los suyos una montaña de piedra. También era esencial para el bienestar de la momia que estuviera bien equipada contra todas las necesidades y, tratándose de monarcas orientales amantes del boato, eso implicaba naturalmente la utilización exhaustiva del oro y demás tesoros. El resultado es obvio. La magnificencia del monumento era la causa de su violación, y al cabo de unas pocas generaciones, como mucho, la momia

era profanada y su tesoro robado. Se probaron diversos recursos: el pasillo de entrada —punto débil, naturalmente, de las pirámides— fue obstruido con monolitos de granito de varias toneladas de peso; se construyeron pasillos falsos; se crearon puertas secretas; se empleó todo cuanto podía sugerir el ingenio y comprar la riqueza. Todo ello tarea vana, porque con paciencia y perseverancia, los saqueadores de tumbas siempre salvaban las dificultades que les ponían para confundirles. Además, el éxito de estos ardides y por lo tanto la seguridad del monumento dependían en gran medida de la buena voluntad del mampostero que realizaba las obras y del arquitecto que lo diseñaba. Un trabajo descuidado podía dejar un punto flaco en las defensas mejor planeadas, y, en las tumbas particulares, en cualquier caso, sabemos que los empleados que planificaban las obras a menudo incluían ya en ellas una entrada para ladrones.

Los esfuerzos para guardar el monumento real fueron igualmente infructuosos. Ya podían los reyes dar enormes subvenciones —de hecho todos ellos lo hicieron— para el mantenimiento de cuerpos considerables de oficiales y guardianes de las pirámides; pasado un tiempo aquellos mismos oficiales estaban dispuestos a hacerse cómplices en el saqueo del monumento que les pagaban por guardar, mientras que por otra parte las citadas subvenciones acababan por ser empleadas por algún rey posterior, como muy tarde al término de la dinastía, para otros propósitos. Al principio de la XVIII dinastía no había apenas una tumba en todo Egipto que no hubiese sido pillada; un pensamiento bastante desmoralizador para el monarca que estaba entonces eligiendo el emplazamiento de su último lugar de descanso. Así se lo pareció evidentemente a Tutmosis I, y consagró largas horas de meditación al problema, y el resultado es la tumba pequeña y solitaria a la entrada del Valle. El secreto había de ser la solución del conflicto.

Ya habían sido tomadas medidas preliminares en esta dirección por su predecesor, Amenhotep I, que hizo su tumba a cierta distancia de su templo funerario, en la cima de las colinas Drab Abu'l Negga, y la ocultó debajo de una piedra; pero esto significaba llevarla bastante más lejos. Constituía una ruptura drástica con la tradición, y podemos estar seguros de que Tutmosis dudó mucho antes de tomar una decisión. En primer lugar su orgullo sufriría por ello, pues el amor a la ostentación estaba muy arraigado en todos los monarcas egipcios, y solían exhibirlo en sus tumbas más que en ninguna otra cosa. Además, la nueva disposición podía parecer propicia a causarle inconvenientes de cierta importancia a su momia. Los primeros monumentos funerarios tenían siempre, en la proximidad inmediata del emplazamiento real de la sepultura, un templo, en el cual se oficiaban las ceremonias de rigor en las diversas fiestas anuales y se hacían cada día las ofrendas. En este

caso no podía erigirse ningún monumento sobre la tumba, y el templo funerario donde se hacían las ofrendas tendría que ser ubicado a una milla o más de distancia, al otro lado de la montaña. Desde luego no era una disposición fácil de adoptar, pero era necesaria si se quería mantener la tumba en secreto, y el rey Tutmosis había decidido que esa era su única posibilidad de escapar al destino de sus predecesores.

La construcción de esta tumba oculta fue confiada por Tutmosis a Ineni, su primer arquitecto, y en la biografía que se inscribió en el muro del sepulcro funerario Ineni dejó constancia del secreto con que se llevó a cabo el trabajo. «Yo supervisé la excavación de la tumba de Su Majestad en lo escarpado —nos cuenta— solo, sin que nadie me viera ni me oyera.» Por desgracia omite todo comentario sobre los trabajadores que empleó. Es bastante obvio que no podía dejarse sin vigilancia a los cien mamposteros o más que estaban enterados del secreto más celosamente guardado del rey; y podemos estar bien seguros de que Ineni encontró algún medio efectivo para mantenerles la boca cerrada. Es muy posible que las obras fueran realizadas por prisioneros de guerra, y que estos fueran matados tras su conclusión.

Ignoramos cuanto tiempo duró el secreto de esta tumba en particular. Probablemente no mucho, porque ¿qué secreto ha podido guardarse nunca en Egipto? En el momento de su descubrimiento en 1899, poco quedaba en ella, salvo el sarcófago de piedra maciza; y el rey fue trasladado, como sabemos, primero a la tumba de su hija Hatshepsut, y posteriormente, con las demás momias reales, a Deir el Bahri. En cualquier caso, tanto si el ocultar la tumba sirvió para algo, ni que fuera temporalmente, como si no, se había implantado una nueva moda y los reyes restantes de aquella dinastía, así como los de la XIX y la XX, fueron todos enterrados en el Valle.

La idea del secreto no prevaleció mucho tiempo. No podía ser, dado el carácter de los reyes; y parece ser que los últimos de ellos aceptaron este hecho, y volvieron a adoptar la vieja costumbre de hacer sus tumbas conspicuas. Ahora que se había convertido en una norma establecida colocar todas las tumbas reales en una zona muy restringida, quizá pensaron que no podían tomar medidas seguras contra el pillaje, pues al monarca reinante le interesaba mucho velar por que el emplazamiento funerario estuviera protegido. Si fue así, se engañaron. Sabemos por los indicios hallados en su interior que la tumba de Tut-Ankh-Amón fue allanada por ladrones a los diez, o máximo quince, años de su muerte. También sabemos, por algunas impresiones esgrafiadas de la tumba de Tutmosis IV, que este monarca había caído asimismo en manos de los saqueadores muy pocos años después de ser enterrado, pues encontramos al rey Hor-Em-Heb en el octavo año de su reinado dictando instrucciones a cierto alto oficial llamado Maya para «renovar

la sepultura del rey Tutmosis IV, justificada, en la Habitación Preciosa al oeste de Tebas». Debieron ser personas valientes quienes emprendieron la arriesgada aventura del latrocinio; evidentemente tenían mucha prisa, y no nos faltan razones para creer que fueron atrapados *in fraganti.* Si fue así, podemos estar seguros de que sufrieron muertes lentas e ingeniosas.

Escenas harto extrañas debe haber presenciado el Valle, y desesperadas debieron ser las empresas que tuvieron lugar en él. Puede uno imaginarse las maquinaciones urdidas con varios días de antelación, las citas secretas en las rocas por la noche, los sobornos o narcotización de los centinelas del cementerio, y después las excavaciones desesperadas en la oscuridad, el avance a gatas por un agujero estrecho hasta la cámara funeraria, la búsqueda excitada de un tesoro transportable bajo una luz tenue, y el regreso a casa al amanecer cargados con su botín. Podemos imaginarnos estas cosas, y al mismo tiempo comprender lo inevitables que eran. Al proveer a su momia del equipo elaborado y costoso que creía esencial para su dignidad, el rey labraba su propia destrucción. La tentación era demasiado fuerte. Unas riquezas más abundantes que las que puede soñar la avaricia quedaban en las tumbas a disposición de quienquiera que supiera encontrar los medios de llegar hasta ellas, y antes o después el saqueador tenía que lograr su propósito.

Durante unas pocas generaciones, en el reinado de los poderosos monarcas de las dinastías XVIII y XIX, las tumbas del Valle debieron estar bastante vigiladas. El saqueo en gran escala era imposible sin la complicidad de los oficiales que las tenían a su cargo. La XX dinastía ya es otra historia. En ella ocuparon el trono seres débiles, un hecho del que las clases oficiales, como siempre, no dejaron de aprovecharse. Los guardianes del cementerio eran negligentes y blandos, así que según parece se celebraron orgías regulares de pillaje de tumbas. Ese es un hecho del que poseemos pruebas de primera mano, porque han llegado hasta nosotros una serie de papiros pertenecientes al reinado de Ramsés IX, en los que aparece tratado el tema, con informes sobre las investigaciones realizadas a raíz de unos cargos por robos de tumbas y las crónicas del juicio de los criminales implicados. Son documentos extraordinariamente interesantes. En ellos encontramos, además de información muy valiosa sobre las tumbas, algo de lo que como norma suelen carecer los documentos egipcios: una historia con un auténtico elemento humano, donde se nos permite ver lo que pasa por las mentes de un grupo de oficiales que vivieron en Tebas hace tres mil años.

Los personajes principales de la historia son tres: Chamwese, el visir, o gobernador del distrito, Peser, el alcalde de la parte de la ciudad situada en la margen oriental, y Pewero, el alcalde del lado occidental,

guardián exoficio de la necrópolis. Es evidente que estos dos últimos estaban, digamos que como era natural, en malas relaciones: tenían celos uno de otro. Por consiguiente, a Peser no le disgustó enterarse un buen día de que en la margen oeste se estaban perpetrando saqueos en gran escala. Había llegado su oportunidad de meter en complicaciones a su rival. Así que se apresuró a informar del asunto al visir, dándole, muy atolondradamente, el número exacto de tumbas que habían sido violadas: diez tumbas reales, cuatro de sacerdotisas de Amón, y una larga lista de particulares.

Al día siguiente Chamwese envió a un grupo de oficiales al otro lado del río para conferenciar con Pewero e investigar las acusaciones. Los resultados de sus investigaciones fueron los siguientes: de las diez tumbas reales, se descubrió que una había sido realmente violada y se habían hecho intentonas en dos de las otras. De las tumbas de las sacerdotisas, dos habían sido pilladas y las otras dos estaban intactas. Las tumbas particulares habían sido todas despojadas. Estos hechos fueron saludados por Pewero como una reivindicación completa de su administración, y aparentemente el visir le apoyó. El saqueo de las tumbas privadas fue cínicamente admitido, pero ¿qué más daba? «¿A gente de nuestra clase, que le importan las tumbas de los individuos particulares?» De las tumbas de las dos sacerdotisas dos habían sido pilladas y dos no. No había más que contrapesar unas con otras, y ¿qué motivo tenía nadie para enfadarse? De las diez tumbas reales mencionadas por Peser sólo una había sido violada; sólo una de diez, así que estaba claro que todo aquel asunto era una urdimbre de mentiras. De modo que Pewero, se salvó basándose en el principio de que, si le acusan a uno de diez asesinatos y sólo se le halla culpable de uno, puede uno abandonar los tribunales sin tacha en su carácter.

Para celebrar su triunfo Pewero reunió al día siguiente a «los inspectores, los administradores de la necrópolis, los trabajadores, la policía y todos los empleados de la necrópolis» y les envió en un solo cuerpo al lado este, con instrucciones de hacer un desfile triunfante por toda la ciudad en general, y especialmente en la vecindad de la casa de Peser. Podemos estar seguros de que estas últimas instrucciones fueron cumplidas con absoluta fidelidad. Peser lo soporto todo el tiempo que pudo, pero por fin se dejó dominar por sus sentimientos, y en un altercado con uno de los oficiales de la parte oeste anunció su intención, en presencia de testigos, de informar del asunto al mismísimo rey. Ese fue un error fatal, del que su rival no dudo en aprovecharse. En una carta al visir acusó al infortunado Peser, en primer lugar, de cuestionar la buena fe de una comisión nombrada por su superior directo, y en segundo de pasar por encima de ese superior y presentarle su caso directamente al rey, proceder este ante el cual el virtuoso Pewero se

llevaba las manos a la cabeza con horror, por ser contrario a la costumbre y subversivo de toda disciplina. Ese fue el final de Peser. El ofendido visir convocó a un tribunal —tribunal del que el desdichado, por ser juez, se vía obligado a formar parte—, le juzgó por perjuro, hallándole culpable.

Esa es, resumiendo, la historia; está narrada con todo detalle en el volumen IV, pág. 499 y s.s. de «Ancient Records of Egypt» (Crónicas antiguas de Egipto) de Breasted. Queda en ella bastante claro que tanto el alcalde como el visir estaban implicados en los robos en cuestión. La encuesta que hicieron fue evidentemente una tapadera, porque un año o dos después de estos sucesos los archivos cortesanos denuncian otros casos de saqueos, y al menos una de las tumbas mencionadas en ellos aparece ya en la lista original de Peser.

Los cabecillas de la banda de ladrones de cementerios parece que fueron un grupo de ocho hombres, cinco de cuyos nombres han llegado hasta nosotros: el picapedrero Hapi, el artesano Iramón, el campesino Amón-Em-Heb, el aguador Kemkese y el esclavo negro Ehenufer. Todos ellos fueron prendidos bajo la acusación de haber profanado la tumba real a la que se hacía referencia en la investigación, y sometidos a juicio cuyo proceso podemos seguir. Empezó, de acuerdo con la costumbre, con el apaleamiento de los prisioneros, «golpeándoles los pies y las manos con una ración doble», para activar sus memorias. Bajo este estímulo lo confesaron todo. Las frases iniciales de su confesión están mutiladas en el texto, pero evidentemente describen cómo cavaron un túnel en la roca hasta la cámara sepulcral, y encontraron al rey y la reina en sus sarcófagos: «Penetramos en todos, y a ella la encontramos también en reposo». El texto continúa:

> «Abrimos los féretros y los envoltorios que los cubrían. Encontramos la augusta momia del rey... Había una numerosa lista de amuletos y adornos de oro enroscada a su cuello; sobre su cabeza descansaba una máscara de oro; la augusta momia del rey estaba toda ella cubierta de oro. La envoltura estaba trabajada en oro y plata, por dentro y por fuera; y en ella había incrustadas las piedras más costosas. Arrancamos el oro que encontramos sobre la augusta momia del dios, y los amuletos y adornos que tenía en el cuello, así como el féretro donde descansaba. Encontramos asimismo a la esposa del rey; y también a ella la despojamos de cuanto tenía. Prendimos fuego a las envolturas. Les robamos sus muebles, que encontramos junto a ellos, consistentes en jarras de oro, plata y bronce. Dividimos, haciendo ocho partes del oro que encontramos en los dos dioses, sus momias, y sus amuletos, adornos y envolturas».[10]

Tras esta confesión fueron hallados culpables y trasladados a la casa de arresto, hasta que el rey en persona determinara el castigo.

A pesar de este juicio y de otros muchos de carácter similar, los asuntos del Valle pronto empezaron a ir de mal en peor. Las tumbas de

Amenhotep III, Seti I y Ramsés II, fueron mencionadas en los archivos cortesanos por haber sido profanadas, y en la dinastía siguiente parece ser que se abandonó todo intento de vigilar las tumbas, y las momias reales fueron llevadas de sepulcro en sepulcro, en un esfuerzo desesperado para salvaguardarlas. Ramsés III, por ejemplo, fue agredido y enterrado por lo menos tres veces en su dinastía, y se sabe que hubo que trasladar a otros varios reyes como Ahmes, Amenhotep I, Tutmosis II, e incluso al mismo Ramsés el Grande. En este último caso la «etiqueta» dice:

> «Año 17, tercer mes de la segunda estación, día 6, día de traer a Osiris, rey Usermare-Setepnere (Ramsés II) para enterrarle de nuevo, en la tumba de Osiris, rey Men-Ma-Re-Seti (I): por el Sumo Sacerdote de Amón, Paynezem».

Un reinado o dos después las inscripciones nos dicen que Seti I y Ramsés II fueron evacuados de esa tumba e inhumados de nuevo en la de la reina Inhapi; y del mismo reinado data una referencia a la tumba que hemos estado usando como laboratorio este año:

> «Día de sacar al rey Men-Pehti-Re (Ramsés II) de la tumba del rey Men-Ma-Re-Seti (U), para traerlo a la tumba de Inhapi, que está en la Gran Plaza, donde reposa el rey Amenhotep».

No menos de trece momias reales fueron transportadas, en una ocasión u otra, a la tumba de Amenhotep II, donde les fue permitido quedarse. Los demás reyes acabaron por ser recogidos de sus diversos escondites, sacados del Valle, y depositados en una tumba muy oculta en los riscos de Deir el Bahri. Este fue su traslado definitivo, porque debido a algún accidente se perdió la localización exacta de la tumba, y las momias descansaron en paz durante casi tres mil años.

En las épocas turbulentas de las dinastías XX y XXI no se menciona ni a Tut-Ankh-Amón ni a su tumba. No había escapado del todo —como ya hemos comentado, su tumba fue violada muy pocos años después de su muerte—, pero tuvo la fortuna de eludir el pillaje despiadado del último período. Por alguna razón desconocida, su tumba fue pasada por alto. Estaba situada en una parte muy honda del Valle, y una tormenta copiosa podría haber barrido toda huella de su entrada. O quizá también debió su salvaguarda al hecho de que se construyeran justo encima de ella cierto número de cabañas destinadas a los trabajadores empleados en la excavación de la tumba de un rey posterior.

Con el desplazamiento de las momias, la historia del Valle, tal y como la conocemos a partir de las antiguas fuentes egipcias, toca a su fin. Habían pasado quinientos años desde que Tutmosis I construyera su modesta tumba en el lugar y, seguramente, en toda la historia del mundo no ha habido otra porción de tierra cuyas crónicas nos cuenten

un relato romántico de tanta duración. A partir de entonces tenemos que imaginamos un Valle abandonado, sin duda encantado por los espíritus para los egipcios, con sus cavernosas galerías saqueadas y vacías, y las entradas de muchas de ellas abiertas y convertidas en hogar de zorros, lechuzas del desierto o colonias de murciélagos. Pero, a pesar de su saqueo, abandono y desolación, el romance de estas tumbas no se había extinguido del todo. Seguía siendo el sagrado Valle de los Reyes, y debieron ir a visitarlo multitud de sentimentales y curiosos. Algunas de sus tumbas volvieron a ser utilizadas en la época de Osorkon I (sobre el 900 a.d.C.), como sepulturas de las sacerdotisas.

En los autores clásicos son numerosas las referencias a estos pasadizos cavados en la roca, y es evidente que en su día muchos de ellos eran aún accesibles a los visitantes por la forma censurable en que estos últimos, al igual que John Smith en 1878, grabaron sus nombres en las paredes. Un cierto Philetairos, hijo de Ammonios, que inscribió su nombre varias veces en los muros de la tumba donde comíamos, me intrigó no poco durante el invierno; aunque quizá habría hecho mejor no mencionando el hecho, por miedo a que parezca que apruebo los salvajes hábitos de los John Smith.

Un último retrato antes de que las nieblas de la Edad Media se extiendan sobre el Valle y lo oculten a nuestros ojos. Hay algo en la atmósfera de Egipto —creo que casi todo el mundo lo experimenta— que invita a la mente a la soledad, y esa es probablemente una de las razones por las que, después de la conversión del país al cristianismo, tantos de sus habitantes se entregaron con entusiasmo a la vida ascética. Ya el país mismo, con su clima uniforme, su estrecha franja de tierra cultivable y sus montañas desiertas a ambos lados, horadadas por cavernas naturales y artificiales, estaba bien adaptado para un tal propósito. El refugio y el aislamiento eran fácilmente accesibles, sin por ello alejarse del mundo exterior ni de los medios corrientes de subsistencia. En los primeros siglos de la Era Cristiana debió haber millares de personas que abandonaron el mundo y adoptaron una vida contemplativa; en los sepulcros cortados en la roca de las montañas del desierto encontramos vestigios suyos por todas partes. Un lugar tan ideal como el Valle de los Reyes no podía pasar inadvertido, y entre los siglos II y IV d.d.C. había en plena posesión de él una colonia de anacoretas, que utilizaban las tumbas abiertas como celdas, habiendo transformado una de ellas en iglesia.

Esta es pues la última visión que tenemos, en la época antigua, del Valle; y a decir verdad presenta un cuadro extraño e incongruente. La magnificencia y el orgullo reales habían sido reemplazados por la humilde pobreza. La «preciosa habitación» del soberano se había ido estrechando hasta convertirse en una celda de ermitaño.

Capítulo III
EL VALLE EN LOS TIEMPOS MODERNOS

Si buscamos una primera descripción autentica del Valle en los tiempos modernos, tendremos que recurrir a las páginas de Richard Pococke, un viajero inglés que en 1743 publicó «A Description of the East» (Una descripción de Oriente) en varios volúmenes. Su relato es tremendamente interesante y, considerando lo precipitado de su visita, extraordinariamente completo. Leamos la descripción del acercamiento al Valle:

> «El jeque me proporcionó caballos, y nos pusimos en camino hacia Bibanel-Meluke. Avanzamos una milla hacia el norte por una especie de calle, a ambos lados de la cual el terreno rocoso, de unos diez pies de altura, tiene cavados habitáculos, algunos de ellos sostenidos por pilares; y, como no hay en todo el llano el menor indicio de edificios particulares, pensé que probablemente en tiempos muy primitivos esas estancias sirvieron como viviendas, constituyendo el primer invento después de las tiendas, y fueron construidas para mejor cobijarse del viento y el frío de las noches. La piedra es del tipo guijarroso y las puertas se abren generalmente a la calle.[11] Entonces doblamos hacia el noroeste, entramos en las altas montañas rocosas y avanzamos por un paso muy estrecho. Luego nos dirigimos al sur y a continuación al noroeste, recorriendo en total entre montañas una milla o una milla y media... Llegamos a una parte más ancha, que era una abertura redonda similar a un anfiteatro, y ascendimos a unos diez pies de altura por un paso estrecho y empinado que parecía como una gran fisura en la roca, partiendo probablemente el paso antiguo del *Memnonium* de debajo de las montañas, y quizá de las grutas donde me adentre al otro lado. Por ese paso llegamos a Biban-el-Meluke, o Bab-el-Meluke, es decir, puerta o patio de los reyes, pues era allí donde estaban los sepulcros de los reyes de Tebas».[12]

La tradición de un paso secreto, a través de las montañas, a ese lado —el de Deir el Bahri— de las rocas subsiste aún entre los nativos, incluso hay arqueólogos que la apoyan. Sin embargo existe poca base, cuando no ninguna, para esta teoría, y desde luego ni rastro de pruebas.

Pococke prosigue entonces con una descripción de las tumbas que eran accesibles en el momento de su visita. Menciona catorce en total y la mayoría de ellas son reconocibles por sus palabras. De cinco de ellas, las de Ramsés IV, Ramsés VI, Ramsés XII, Seti II, y la tumba iniciada por Tausert y terminada por Setnekht, da un plano completo. En el caso de otras cuatro —Me-en-Ptah, Ramsés III, Amón-Meses y Ramsés XI— sólo reproduce las galerías y cámaras exteriores, siendo las interiores evidentemente inaccesibles; y de las otras cuatro dice que están «taponadas».[13] Es evidente por la narración de Pococke que no pudo dedicar a su visita tanto tiempo como habría deseado. El Valle no era un lugar seguro para dilatarse en él, pues los piadosos anacoretas que hemos dejado en su posesión habían cedido su puesto a una horda de bandidos, que vivían en los montes de Kurna y tenían aterrorizada a toda la región. «El jeque también tenía prisa por irse —escribe—, ya que me imagino que pensaba que aquella gente tendría más oportunidad de reunirse si permanecíamos fuera mucho tiempo.»

Aquellos bandidos tebanos eran notorios, y encontramos menciones frecuentes a ellos en los relatos de viajeros del siglo XVIII. Norden, que visitó Tebas en 1737, pero que no pasó nunca del Rameseum, en su aproximación al Valle —parece que se sentía afortunado por haber llegado hasta allí—, los describe así:

> «En la actualidad, esa gente ocupa las grutas que se ven en gran número en las montañas vecinas. No obedecen a nadie; viven tan alto que descubren a distancia a cualquiera que vaya a atacarles. Entonces, si se creen lo bastante fuertes, descienden al llano para disputarse el terreno; si no, se quedan bajo cobijo en las grutas, o se adentran en las montañas, adónde no siente uno grandes deseos de seguirles».[14]

Bruce, que visitó el Valle en 1769, también lo pasó mal en manos de aquellos bandidos, y nos hace la crónica del intento drástico, pero infructuoso, de un gobernador autóctono para refrenar sus actividades:

> «Unos cuantos ladrones, que mucho se parecen a nuestros gitanos, vive en las cavidades de las montañas, encima de Tebas. Son proscritos, castigados con la muerte si les encuentran en otro lugar. El bey Osmán, antiguo gobernador de Girge, incapaz de soportar por más tiempo los desórdenes causados por esa gente, ordenó que se reuniera cierta cantidad de haces de ramas secas y, con sus soldados, tomó posesión de la cara delantera de la montaña, que era donde estaban la mayor parte de aquellos canallas; a continuación ordenó que sus cuevas fueran llenadas de maleza seca, y prendió fuego a esta última, para destruir el mayor número posible; pero desde entonces han vuelto a reclutar a los suyos sin cambiar sus costumbres».[15]

En el curso de su visita, Bruce hizo copias de las figuras de algunos arpistas en la tumba de Ramsés III, una tumba que aún hoy se asocia

con su nombre, pese a que sus trabajos en ella tuvieron una abrupta conclusión. Al descubrir que se proponía pasar la noche en la tumba, y continuar la investigación a la mañana siguiente, a sus guías les asaltó el terror: «con grandes clamores y signos de descontento arrojaron sus antorchas contra el arpa de mayor tamaño, y salieron desordenadamente de la cueva, dejándonos a mi gente y a mí en la oscuridad; y mientras avanzaban pronunciaron horribles denuncias de los sucesos trágicos que habían de producirse al salir ellos de allí». Bruce pronto descubrirá que su terror era auténtico y no infundado, porque cuando viajaba por el Valle en el crepúsculo, fue atacado por un grupo de bandidos, los cuales estaban ocultos esperándole y le arrojaron piedras desde las rocas. Con la ayuda de su arma y el trabuco de su criado consiguió rechazarles, pero, al llegar a su embarcación, le pareció más prudente marcharse en seguida sin tratar de repetir su visita.

Ni siquiera la magia del nombre de Napoleón bastó para poner freno a la arrogancia de aquellos bandidos tebanos, pues los miembros de su comisión científica que visitaron Tebas en los últimos días del siglo fueron molestados, e incluso agredidos con armas de fuego. No obstante, consiguieron realizar una inspección completa de todas las tumbas entonces abiertas, y también algunas excavaciones.

Saltemos ahora hasta 1815 y conozcamos a uno de los hombres más extraordinarios de toda la historia de la Egiptología. En los primeros años del siglo, un joven gigante italiano, llamado Belzoni, obtenía unos ingresos precarios en Inglaterra realizando hazañas de fuerza en las ferias y los circos. Nacido en Padua, de una familia respetable de extracción romana, estaba destinado al sacerdocio; pero su disposición vagabunda, unida a los disturbios internos de Italia en aquel período, le llevaron a buscar fortuna en el extranjero. Recientemente hemos encontrado una referencia a él en su época preegipcia en uno de los libros sobre reminiscencias de «Rainy Day» (día lluvioso) Smith, donde el autor describe cómo fue cargado y paseado por el escenario, con un grupo de personas, por Belzoni, el «hombre fuerte». Parece ser que en los intervalos de su trabajo en el circo Belzoni estudió ingeniería, y en 1815 creyó que había llegado su oportunidad de hacer fortuna introduciendo en Egipto una rueda hidráulica, de la que afirmaba que era cuatro veces más eficaz que los artefactos nativos corrientes. Con esa idea en perspectiva, viajó a Egipto, se las ingenió para ser presentado a Mohammed Ali «El Baja», e instaló su rueda en el mismísimo jardín de palacio. Según Belzoni habría de ser un gran éxito, pero los egipcios se negaron a tener nada que ver con ello, y se encontró solo y desamparado en este país.

A través del viajero Burckhardt consiguió ser presentado a Salt, el cónsul general británico en Egipto, y se comprometió a trasladar el

«busto colosal de Memnón» (Ramsés II, ahora en el Museo Británico de Londres) de Luxor a Alejandría. Eso fue en 1815, y los cinco años siguientes los pasó en Egipto, excavando y coleccionando antigüedades, primero para Salt y más tarde por su cuenta, y peleándose con los excavadores rivales, sobre todo con Drovetti, que representaba al cónsul francés. Eran los grandes días de las excavaciones. Todo, desde un escarabajo hasta un obelisco, era apropiado, si uno se encaprichaba de ello, y cuando surgía una diferencia de opiniones con un hermano excavador se zanjaba la cuestión a tiros.

El relato de Belzoni de sus experiencias en Egipto, publicado en 1820, es uno de los libros más fascinantes de toda la literatura egipcia, y me gustaría citarlo extensamente. Contar, por ejemplo, cómo se le cayó un obelisco al Nilo y volvió a pescarlo, o la historia completa de sus diversas pendencias. Pero tenemos que limitarnos a su trabajo en el Valle. Allí descubrió y vació cierto número de tumbas, incluidas las de Eye, Mentuher-Ekhepesh-Ef, Ramsés I y Seti I. En esta última encontró el magnífico sarcófago de alabastro que está ahora en el museo Soane, de Londres.

Esta fue la primera vez que se hicieron en el Valle excavaciones a gran escala, y debemos rendirle homenaje a Belzoni por la forma en que fueron llevadas a cabo. Hay episodios que no pueden por menos que chocar al excavador moderno, como por ejemplo cuando describe su método de abrir las puertas selladas —mediante un ariete—; pero en conjunto el trabajo fue extraordinariamente bueno. Creo que merece la pena dejar constancia del hecho que Belzoni, como todos los otros excavadores del Valle, estaba convencido de haber agotado por completo las posibilidades de este. «Tengo la firme opinión —afirma— de que en el Valle de Behan el Malook, no hay más (tumbas) que las que conocemos ahora, como resultado de mis recientes descubrimientos; porque, antes de abandonar ese lugar, empleé mis humildes habilidades en tratar de encontrar otra tumba, y no tuve éxito; y, para mayor prueba, independientemente de mi propia búsqueda, después de abandonar yo el lugar, el señor Salt, cónsul británico, residió allí cuatro meses y trabajó tan en vano como yo para encontrar otra.»

En 1820 Belzoni regreso a Inglaterra, y expuso sus tesoros, incluido el sarcófago de alabastro y una maqueta de la tumba de Seti, en un edificio que había sido erigido en Piccadilly en 1812, y que muchos de nosotros aún recordamos: el Egyptian Hall. No volvió nunca más a Egipto, pero murió pocos años después en una expedición a Tombuctú.

Durante los veinte años posteriores a la muerte de Belzoni el Valle fue explotado, y se publicaron una auténtica multitud de libros sobre el tema. No vamos a tener aquí espacio más que para mencionar a unos pocos de los nombres: Salt, Champollion, Burton, Hay, Head, Rosellini,

Wilkinson, que numeró las tumbas, Rawlinson, Rhind... En 1884 una gran expedición alemana, a las órdenes de Lepsius, inspeccionó meticulosamente el Valle, y vació la tumba de Ramsés II, así como parte de la tumba de Mer-en-Ptah. A continuación se produce un período de inactividad; se suponía que la expedición alemana había agotado las posibilidades, y no se hizo en el Valle nada más digno de mención hasta finales de siglo.

No obstante, en ese intervalo se produjo fuera del Valle uno de los eventos más importantes de toda su historia. En el capítulo anterior hemos relatado cómo las diferentes momias reales fueron recogidas de sus escondites y depositadas todas juntas en una grieta en la roca en Deir el Bahri. Allí reposaron durante casi tres mil años y, en el verano de 1875, fueron encontradas por los miembros de una familia de Kurna, los Abd-el-Rasul. Fue en el siglo XIII a.d.C. cuando los habitantes de aquel pueblo adoptaron por primera vez el comercio de los saqueos de tumbas, comercio al que han estado firmemente adheridos desde entonces. Sus actividades han sido reprimidas en la época actual, pero siguen buscando en secreto rincones apartados, y de vez en cuando tienen un golpe de suerte. En esta ocasión el hallazgo era demasiado importante para quedárselo sin más. Obviamente era imposible vaciar la tumba de su contenido, así que toda la familia juró guardar el secreto, y sus cabezas decidieron dejar su tesoro donde estaba, y recurrir a él de vez en cuando, a medida que fueran necesitando dinero. Por increíble que parezca, el secreto se mantuvo durante seis años, y la familia, con una cuenta bancaria de cuarenta faraones muertos para ir sacando fondos, se enriqueció.

Pronto se hizo manifiesto, por los objetos que salían al mercado, que se había producido en algún lugar un hallazgo de material real; pero hasta 1881 no se pudo seguir la pista de los objetos vendidos hasta la familia Abd-el-Rasul. E incluso entonces fue difícil probar nada. El cabeza de familia fue arrestado y sometido a examen por el mudir de Kena, el famoso bajá Daoud, cuyos métodos para administrar la justicia eran poco ortodoxos pero eficaces. Naturalmente negó el cargo, y el pueblo de Kurna se levantó como un solo hombre para protestar que, en una comunidad estrictamente honesta, la familia Abd-el-Rasul era la más honesta de todas. El acusado fue puesto en libertad provisional por falta de pruebas, pero su entrevista con Daoud pareció trastornarlo. Las entrevistas con Daoud solían producir ese efecto.

Uno de nuestros trabajadores más viejos nos contó en una ocasión una experiencia que había vivido en su juventud. Era ladrón de oficio, y en el ejercicio de sus funciones había sido prendido y llevado ante el mudir. Era un día caluroso y sus nervios se habían alterado ya de buen principio al encontrar al mudir refrescándose en una gran tina de barro

llena de agua. Desde su poco convencional sillón el juez Daoud le miró —sólo le miró—, «y al pasear él su mirada sobre mí sentí que mis huesos se diluían en mi interior. Entonces, muy tranquilamente, me dijo: "Esta es la primera vez que apareces ante mí. Quedas absuelto, pero guárdate mucho de volver a aparecer por segunda vez". Quede tan aterrorizado que cambie de oficio y no le vi nunca más».

Algún efecto de este tipo debió producirse en la familia Abd-el-Rasul, porque un mes después uno de sus miembros fue a ver al mudir y lo confesó todo. La noticia fue telegrafiada en el acto a El Cairo, y desde allí enviaron al bey Emile Brugsch, del Museo, para investigar y hacerse cargo del caso; el 5 de julio de 1881 le fue por fin revelado el secreto tanto tiempo guardado. Debió de ser una experiencia apabullante. Allí, amontonados uno sobre otro en una tumba superficial y mal cavada, yacían los monarcas más poderosos del antiguo Oriente, reyes cuyos nombres eran conocidos por todo el mundo, pero que nadie, ni en sus momentos más exaltados, había soñado con ver. Habían estado todo aquel tiempo donde los sacerdotes se habían apresurado a llevarles en secreto, en una noche oscura, hacía ya tres mil años; y sobre sus féretros y momias, cuidadosamente etiquetados, estaban registrados sus excursiones de un escondite a otro. A algunos les habían renovado las envolturas, y dos o tres, en el curso de sus numerosos peregrinajes, habían conseguido cambiar de féretro. En cuarenta y ocho horas —en la actualidad no hacemos las cosas tan deprisa— la tumba estaba vacía, y los reyes habían sido embarcados en la barcaza del museo tomando tierra en El Cairo y siendo depositados en el citado museo a los quince días de la llegada del bey Brugsch a Luxor.

Es historia conocida, pero que merece la pena repetir, que al ver pasar la barcaza navegando por el río, los hombres de los pueblos cercanos lanzaban disparos como si se tratase de un funeral, mientras las mujeres seguían a la nave por la ribera, mesándose los cabellos y emitiendo ese grito agudo y vibrante de duelo por los muertos que sin duda viene de los tiempos remotos de los faraones.

Volvamos a nuestro Valle. En 1898, actuando de acuerdo con la información que le habían facilitado los funcionarios locales, M. Loret, entonces director general del Servicio de Antigüedades, abrió varias tumbas reales, incluidas las de Tutmosis I, Tutmosis II y Amenhotep II. Esta última constituyó un descubrimiento muy importante. Ya hemos dicho que en la XXI dinastía trece momias reales hallaron cobijo y santuario en la tumba de Amenhotep, y en ella fueron encontradas en 1898. No quedaban más que sus momias. Las riquezas que en los días de gloria habían reservado para sus funerales se habían esfumado hacía mucho tiempo; pero por lo menos se habían salvado de la última indignidad. Cierto que habían profanado sus tumbas, las habían

saqueado, y la mayor parte de sus aparatos funerarios habían sido robados y rotos: pero habían escapado a la destrucción absoluta que habían sufrido las otras tumbas reales, y sus momias estaban intactas. El cuerpo de Amehotep yacía en su propio sarcófago, donde llevaba descansando más de tres mil años. Con mucho acierto el Gobierno, representado por sir William Garstin, decidió no trasladarlo. Se le puso a la tumba una verja con candado, y se apostó un guardián a su puerta, dejando así al rey reposar en paz.

Por desgracia esta historia tuvo una secuela. Al cabo de un año o dos de este descubrimiento la tumba fue asaltada por un grupo de saqueadores modernos, sin duda con la complicidad del guardián, y la momia fue sacada de su sarcófago y registrada en busca de tesoros. Los ladrones fueron perseguidos más tarde, y arrestados por el primer inspector de Antigüedades, el cual, sin embargo, fue incapaz de conseguir que el tribunal autóctono les condenase. Todo el proceso, tal como queda expuesto en el informe oficial, le recuerda a uno forzosamente las crónicas antiguas de saqueos de tumbas descritas en el capítulo precedente, y la única conclusión que nos cabe sacar es que en muchos aspectos el egipcio actual difiere muy poco de su antepasado de tiempos de Ramsés IX.

Esa es la moraleja que nos inspira este episodio, y que encomendamos a quienes nos llaman vándalos por llevarnos objetos de las tumbas. Al trasladar las antigüedades a los museos, lo que hacemos en realidad es garantizar su seguridad: dejadas *in situ* se convertirían, antes o después, inevitablemente, en presa de ladrones, y eso, a todo fin práctico, significaría su destrucción.

En 1902 se le concedió permiso para excavar en el Valle, bajo la supervisión del Gobierno, a un americano, Theodore Davis, que estuvo allí trabajando durante doce temporadas consecutivas. Sus principales hallazgos son de todos conocidos. Comprenden las tumbas de Tutmosis IV, Hatshepsut, Si-Ptah, Yua y Thua —tatarabuelo y abuela de la reina de Tut-Ankh-Amón—, Hor-em-Heb y una bóveda, no una tumba auténtica, creada con vistas al traslado de la sepultura de Ekhnatón desde su tumba original en Tell el Amarna. Ese lugar oculto contenía la momia y el sarcófago del rey hereje, una parte muy pequeña de su aparato funerario, y porciones del sepulcro de su madre Tiy. En 1914 la concesión del señor Davis revertió a nosotros, y fue entonces cuando empezó la verdadera historia de la tumba de Tut-Ankh-Amón.

Capítulo IV
NUESTRO TRABAJO INTRODUCTORIO EN TEBAS

Desde mi primera visita a Egipto en 1890 tenía la ambición de excavar en el Valle, y cuando, invitado por sir William Garstin y sir Gaston Maspero me puse a trabajar para lord Carnarvon en 1907, ambos concebimos la esperanza de llegar a obtener la concesión algún día. Lo cierto es que siendo inspector del Departamento de Antigüedades, había encontrado dos tumbas en el Valle y supervisado el traslado de su contenido por cuenta de Theodore Davis, y eso había aumentado mi ansia de trabajar allí con una concesión oficial. De momento eso era imposible, y durante siete años estuvimos cavando con desigual fortuna en otras zonas de la necrópolis tebana. Los resultados de los primeros cinco años han sido publicados en «Five Years' Explorations at Thebes» (Cinco años de exploraciones en Tebas), un volumen conjunto que sacamos lord Carnarvon y yo en 1912.

En 1914 nuestro descubrimiento de la tumba de Amenhotep I, en la cima de las colinas de Drah abu'l Negga, hizo que nuestra atención se volviese de nuevo hacia el Valle, y esperamos con impaciencia nuestra oportunidad. Theodore Davis, poseedor aún de la concesión, había hecho pública su opinión de que el Valle estaba agotado y no se encontrarían en él más tumbas, una afirmación corroborada por sus actos, pues en sus dos últimas temporadas trabajó muy poco en el Valle propiamente dicho, pasándose la mayor parte del tiempo excavando en sus proximidades: en el vecino valle que había al norte, donde esperaba encontrar las tumbas de los reyes sacerdotes y las reinas de la XVIII dinastía, y en los montículos que rodeaban el templo de Medinet Habu. No obstante, se mostraba adverso a abandonar el lugar, y hasta junio de 1914 no recibimos la tan codiciada concesión. Sir Gaston Maspero, director del Departamento de Antigüedades, que fue quien la firmó, estaba de acuerdo con el señor Davis en que las posibilidades de la zona estaban agotadas y nos dijo francamente que no creía que ninguna

investigación futura hallase compensación. Pero nosotros, recordamos que casi cien años antes Belzoni había hecho una afirmación parecida, y no nos dejamos convencer. Habíamos realizado una exploración meticulosa del lugar y estábamos seguros de que había zonas que al estar cubiertas por escombros de excavaciones anteriores no habían sido nunca debidamente examinadas.

Veíamos con mucha claridad que nos aguardaba un trabajo extenuante, y que tendríamos que desalojar muchos miles de toneladas de desechos de la superficie antes de poder abrigar la esperanza de encontrar algo; pero siempre existía la posibilidad de que al fin nos recompensara la aparición de una tumba y, aunque no quedase ya nada más por descubrir, queríamos agotar esa posibilidad. De hecho teníamos algo más y, aún a riesgo de ser acusados de presciencia *post actum,* declararé que teníamos esperanzas concretas de encontrar la tumba de un rey en particular, y ese rey era Tut-Ankh-Amón.

Para explicar las razones de esta creencia tengo que referirme a las páginas publicadas por Davis sobre sus excavaciones. Cuando tocaba a su fin su trabajo en el Valle encontró, escondida debajo de una roca, una copa de loza en la que estaba inscrito el nombre de Tut-Ankh-Amón. En la misma zona dio con una pequeña concavidad-tumba, en la que fueron halladas una estatuilla de alabastro sin nombre, posiblemente de Eye, y una caja de madera rota, en cuyo interior había fragmentos de una hoja de oro con las efigies y los nombres de Tut-Ankh-Amón y su reina. Basándose en los fragmentos de oro, declaró haber encontrado la auténtica sepultura de Tut-Ankh-Amón. Esa teoría era insostenible, porque la concavidad-tumba en cuestión era pequeña e insignificante, del tipo que podía pertenecer a un miembro de la servidumbre real en época de los Kamseses, pero ridículamente insuficiente como sepulcro de un rey de la XVIII dinastía. Obviamente, el material real encontrado en ella había sido colocado allí en una época posterior, y no tenía nada que ver con la tumba auténtica.

A cierta distancia al este de esta concavidad había encontrado también años antes (1907-1908), enterrado en un agujero irregular cavado en un lado de la roca, un lote oculto de grandes tinajas de cerámica, con las bocas taponadas e inscripciones en los hombros de escritura hierática. Se realizó un examen superficial de su contenido, y como parecía consistir tan sólo en piezas de cerámica rotas, atados de tela fina y otras baratijas, el señor Davis se negó a interesarse por ellas, dejándolas de lado y arrinconándolas en el almacén de su casa del Valle. Allí, tiempo después, reparó en ellas el señor Winlock, y comprendió de inmediato su importancia. Con el consentimiento del señor Davis, la colección completa de tinajas fue embalada y enviada al Metropolitan Museum of Art, de Nueva York, donde el señor Winlock llevó a cabo un

minucioso examen de su contenido, que resultó ser extraordinariamente interesante. Había sellos de arcilla, algunos con el nombre de Tut-Ankh-Amón y otros con la impresión del sello de la necrópolis real, fragmentos de jarrones de cerámica pintados con magnificencia, tocados de lino —uno de ellos llevaba inscrita la última fecha conocida del reinado de TutAnkh-Amón—, collares florales, del tipo de los que aparecen representados adornando a las plañideras en las escenas fúnebres, y toda una masa de objetos misceláneos; todo lo cual, en su conjunto, parecía constituir el material utilizado en las ceremonias funerarias de Tut-Ankh-Amón, y luego reunido y hacinado en el interior de las tinajas.

Así que teníamos tres indicios inequívocos: la copa de loza, la lámina de oro de la pequeña concavidad-tumba, y aquel importante lote de material funerario; y todos ellos parecían relacionar decididamente a Tut-Ankh-Amón con aquella parte específica del Valle. Y a estos había que añadir un cuarto. Fue en la proximidad inmediata de estos hallazgos donde el señor Davis descubrió la famosa reserva secreta de Ekhnatón. Esta reserva contenía los restos funerarios de personas reales herejes traídos precipitadamente de Tell el Amarna y escondidos para su salvaguarda; y podemos estar bastante seguros de que Tut-Ankh-Amón fue el responsable directo de su traslado y sepultura, porque fueron encontrados allí algunos de sus sellos de arcilla.

Con todos estos indicios a la vista, quedamos plenamente convencidos de que la tumba de Tut-Ankh-Amón estaba por encontrar, y además tenía que estar situada no muy lejos del centro del Valle. En cualquier caso, tanto si hallábamos a Tut-Ankh-Amón como si no, creíamos que una exploración sistemática y exhaustiva de la parte interior del valle nos ofrecía posibilidades razonables de éxito, y estábamos en el proceso de ultimar nuestros preparativos para una elaborada campaña en la temporada 1914-1915, cuando estalló la guerra, y tuvimos que dejar en suspenso todos nuestros planes, al menos de momento.

Los trabajos de guerra absorbieron la mayor parte de mi tiempo en los años siguientes; pero se produjeron intervalos ocasionales en los que pude realizar pequeñas excavaciones. Por ejemplo, en febrero de 1915 procedí al vaciamiento completo del interior de la tumba de Amenhotep III, parcialmente excavada en 1799 por M. D. Villiers, uno de los miembros de la «Comisión de Egipto» de Napoleón, y reexcavada más tarde por Theodore Davis. En el curso de este trabajo hicimos, gracias a la evidencia de los depósitos de fundación intactos del exterior de la entrada y a otro material que encontramos dentro de la tumba, el interesante descubrimiento de que esta había sido diseñada originariamente por Tutmosis IV, y la reina Tiy había sido enterrada en

ella.

Al año siguiente, durante unas breves vacaciones en Luxor, me encontré metido de forma inesperada en otro tipo de trabajo. La ausencia de funcionarios motivada por la guerra, y sobre todo la desmoralización provocada por la guerra misma, habían originado, como es natural, un resurgimiento de actividad entre los saqueadores de tumbas locales; así que salían grupos de búsqueda en todas direcciones. Una tarde llegaron noticias al pueblo de que se había realizado un hallazgo en una zona solitaria y poco frecuentada, en la vertiente oeste de la montaña que se eleva por encima del Valle de los Reyes. Inmediatamente un grupo de excavadores rivales tomó las armas y se puso en marcha hacia el lugar; en el violento altercado que se produjo entre ellos el grupo original fue derrotado y rechazado, jurando venganza.

Para prevenir más complicaciones, los notables del pueblo recurrieron a mí, pidiéndome que entrara en acción. Era ya última hora de la tarde, así que me apresuré a reunir a los pocos trabajadores que habían escapado al reclutamiento obrero (Army Labour Levies), y con el material necesario nos pusimos en ruta hacia el escenario de la acción, expedición esta que entrañaba un ascenso de más de 1.800 pies por las montañas de Kurna a la luz de la luna. Era medianoche cuando llegamos al lugar, y el guía me señaló con el dedo el extremo de una cuerda que colgaba de una de las caras del risco. Prestando atención, pudimos oír a los ladrones en plena tarea, así que primero sesgué su cuerda, cortándoles así la retirada, y a continuación, afianzando bien otra cuerda resistente de mi propiedad, bajé por la escarpada pared. Deslizarse por una cuerda a medianoche hasta un nido de industriosos saqueadores de tumbas es un pasatiempo al que por lo menos no le falta aliciente. Había ocho trabajando, y cuando llegué se produjeron un par de momentos difíciles. Les di la doble alternativa de salir de allí usando mi cuerda, o por el contrario quedarse donde estaban sin ninguna; por fin entraron en razón y se fueron. Pasé el resto de la noche en aquel lugar, y tan pronto como hubo luz suficiente, volví a bajar a la tumba para realizar una investigación a fondo.

La tumba estaba en una situación extraordinaria. Su entrada había sido estrictamente cavada en la parte inferior de una grieta natural erosionada, a 130 pies de la cúspide del risco y 22 por encima del lecho del valle; y quedaba tan escondida, que ni desde arriba ni desde abajo podía verse la menor traza de su existencia. Un pasillo lateral recto se adentraba en la cara del risco hasta una distancia de unos *55* pies, donde formaba unos ángulos rectos, comunicaba con otro pasillo más corto, cavado en una abrupta pendiente, que conducía a una cámara de más o menos 18 pies cuadrados. Todo el lugar estaba lleno de

inmundicias de arriba a abajo, y a través de esa inmundicia los ladrones habían abierto un túnel de más de 90 pies de largo, del tamaño justo para dar cabida a un hombre arrastrándose.

Era un descubrimiento importante a primera vista, y podía resultarlo más aún; así que decidí vaciarlo por completo. Tardé veinte días, trabajando día y noche con turnos de trabajadores; fue un trabajo extraordinariamente difícil. El método consistente en acceder a la tumba descolgándose desde arriba era insatisfactorio, ya que no resultaba demasiado seguro, y además requería previamente un ascenso vertical desde el valle. Era obvio que cualquier medida de acceso desde el fondo del valle sería preferible a aquel, y nos inventamos uno consistente en erigir un simple armazón de pozo con poleas rodantes en la entrada de la tumba, de suerte que para subir tirábamos y para arriarnos nos dejábamos caer suavemente. Incluso así no era una operación demasiado cómoda, y yo siempre hacía el descenso en una red.

La excitación entre los obreros fue aumentando a medida que progresaba el trabajo, porque lo más 1ógico era que un lugar tan escondido albergara un tesoro maravilloso; grande fue su desengaño cuando descubrimos que la tumba no había sido, ni terminada, ni ocupada. Los únicos objetos de valor que había en ella eran un gran sarcófago de piedra arenisca cristalina, y una tumba inacabada, con inscripciones que demostraban que había estado destinada a la reina Hatshepsut. Probablemente esta mujer dominante se hizo construir la tumba siendo esposa del rey Tutmosis II. Más tarde, cuando se apoderó del trono y gobernó prácticamente como un rey, se vio en la necesidad de tener una tumba en el Valle, como todos los demás monarcas —a decir verdad fui yo quien la encontró en 1903—, y esta primera tumba quedó abandonada. Habría sido más prudente por su parte seguir con el plan original. En ese lugar secreto su momia habría tenido bastantes probabilidades de evitar la profanación; en el Valle no tenía ninguna. Quería ser un rey, y compartió el destino de los reyes.

En agosto de 1917 iniciamos nuestra auténtica campaña en el Valle. La dificultad estribaba en decidir por dónde empezar, pues las montañas de escombros levantadas por los excavadores anteriores obstaculizaban el terreno en todas direcciones, y nunca se había efectuado una relación escrita de las zonas que habían sido debidamente excavadas y las que no. Estaba claro que lo único satisfactorio que podíamos hacer era trabajar sistemáticamente hacia la cama o el fondo de la roca, y le sugerí a lord Carnarvon que tomásemos como punto de partida el triángulo de tierra delimitado por las tumbas de Ramsés II, Mer-en-Ptah y Ramsés VI, zona esta donde esperábamos que estuviese emplazada la tumba de Tut-Ankh-Amón.

Era una empresa casi desesperada, pues el lugar estaba atestado de

montones enormes de escombros y desechos; pero yo tenía, además de razones para creer que allí el suelo no había sido nunca tocado, la fuerte convicción de que encontraríamos una tumba. En el curso del trabajo de la temporada rebajamos una parte considerable de las capas superiores de la zona y avanzamos en nuestras excavaciones hasta el pie de la tumba de Ramsés VI. Allí dimos con una serie de cabañas de trabajadores construidas sobre masas de rocas de pedernal; y eso solía indicar en el Valle la proximidad inmediata de una tumba. Nuestro impulso natural fue intensificar las obras en esa dirección, pero de hacerlo cortaríamos el acceso a la tumba de Ramsés, que para los visitantes era una de las más populares de todo el Valle. Así que decidimos esperar una oportunidad más conveniente. Hasta entonces los únicos frutos de nuestro trabajo habían sido algunos *ostraca,*[16] interesantes pero no excitantes.

Reanudarnos nuestro trabajo en la temporada 1919-1920. Nuestra primera necesidad consistía en levantar tierra fresca para hacer un basurero, y en el curso de esta tarea preliminar dimos con algunos depósitos pequeños de Ramsés IV, cerca de la entrada de su tumba. Nuestra idea para aquel año era vaciar toda la parte restante del triángulo ya mencionado, así que nos pusimos manos a la obra, con un abundante grupo de trabajadores. Cuando llegaron lord y lady Carnarvon en marzo todos los escombros superiores habían sido despejados, y nos disponíamos a trabajar de la superficie hacia abajo, en lo creíamos terreno virgen. Pronto tuvimos pruebas de que estábamos en lo cierto, pues no tardamos en descubrir una pequeña reserva secreta que contenía trece jarras de alabastro con los nombres de Ramsés II y Mer-en-Ptah, probablemente procedentes de la tumba de este último. Como aquello supuso la mayor aproximación a un hallazgo auténtico que habíamos hecho hasta entonces en el Valle, lógicamente nos excitamos un poco, y recuerdo que lady Carnarvon insistió en desenterrar las jarras —que eran bonitos especímenes— con sus propias manos.

Con la excepción del terreno cubierto por las cabañas de los trabajadores, habíamos agotado toda la zona triangular, sin encontrar ninguna tumba. Yo seguía lleno de esperanzas, pero decidimos dejar aquella sección hasta que, iniciando las obras muy a principios de otoño, pudiéramos terminarlas sin causar inconvenientes a los visitantes.

Para nuestro siguiente intento elegimos el pequeño valle lateral donde estaba emplazada la tumba de Tutmosis III. Eso nos ocupó dos temporadas completas y, pese a que no encontramos nada valioso propiamente dicho, descubrimos un hecho arqueológico interesante. La tumba real en la que fue enterrado Tutmosis III había sido encontrada por Loret en 1898, oculta en una grieta de la cara del risco a cierta

altura, en un lugar inaccesible. Excavando en el valle, dimos con una tumba sin acabar destinada en un principio, según sus depósitos de fundación, a este mismo rey. Probablemente durante el desarrollo de las obras en la planicie a Tutmosis o a su arquitecto se les ocurrió que la roca, más alta, constituía un mejor emplazamiento. Desde luego ofrecía más posibilidades de ocultación, si esa fue la razón del cambio; aunque quizá la explicación más plausible sea que uno de los aguaceros torrenciales que visitan Luxor de vez en cuando inundó la tumba de abajo, sugiriéndole a Tutmosis que su momia hallaría un lugar de reposo más confortable en un nivel más elevado.

Cerca, a la entrada de otra tumba abandonada, dimos con los depósitos de fundación de su esposa Meryt-Re-Hatshep-sut, hermana de la gran reina de ese nombre. Inferir que fue enterrada allí sería una cuestión delicada, pues es contrario a la costumbre encontrar a una reina en el Valle. En cualquier caso más tarde se apropió la tumba el funcionario tebano Sen-nefer.

Llevábamos ya varias temporadas excavando en el Valle con frutos de lo más escasos, así que discutimos ampliamente sobre si debíamos continuar los trabajos o buscar otro sitio más aprovechable. Después de tantos años estériles, ¿qué justificaba seguir adelante? Mi opinión era que mientras quedase una sola zona de terreno intocado valía la pena correr el riesgo. Es cierto que se encuentra menos en más tiempo en el Valle que en ningún otro sitio de Egipto, pero, por otra parte, si tiene uno un golpe de suerte, queda vastamente recompensado por sus numerosos años de trabajo monótono improductivo.

Además, quedaba aún por investigar la combinación de camas de pedernal y cabañas de trabajadores al pie de la tumba de Ramsés VI, y yo siempre había tenido una especie de sentimiento supersticioso de que en aquel preciso rincón del Valle podíamos encontrar a uno de los reyes desaparecidos, posiblemente a Tut-Ankh-Amón. Desde luego la estratificación de los escombros parecía indicar una tumba. Por fin decidimos consagrar una última temporada al Valle y, empezando tempranamente, cortar el acceso a la tumba de Ramsés VI, si era necesario, en la época en que menos inconvenientes causase a los visitantes. Eso nos lleva a la temporada que nos ocupa y a los resultados que todos conocen.

Capítulo V
EL HALLAZGO DE LA TUMBA

A la historia del Valle, como me he esforzado por demostrar en los capítulos precedentes, nunca le ha faltado el elemento dramático, y en este su más reciente episodio se ha mantenido fiel a sus tradiciones. Consideremos las circunstancias. Aquella tenía que ser nuestra última temporada en el Valle. Habíamos estado excavando en él seis temporadas enteras, una tras otra, y no habíamos extraído más que aire; habíamos trabajado durante meses en una franja de tierra sin encontrar nada, y sólo un excavador sabe lo desesperantemente deprimente que eso puede resultar; habíamos llegado casi a la conclusión de que habíamos sido derrotados, y nos estábamos preparando para dejar el Valle y probar suerte en otro lugar; y entonces, apenas hundimos la azada en un último esfuerzo desesperado, hicimos un descubrimiento que sobrepasaba con mucho nuestros sueños más audaces. Creo que nunca antes en toda la historia de la excavación se había comprimido una temporada en el espacio de cinco días.

Permítaseme contar la historia completa. No será fácil, porque la dramática sorpresa del descubrimiento inicial me dejó como anonadado, y los meses siguientes han estado tan llenos de incidentes que apenas me ha quedado tiempo para pensar. Expresarlo sobre el papel quizá me dé la oportunidad de comprender lo ocurrido y lo que todo esto significa.

Llegué a Luxor el 28 de octubre, y el 1 de noviembre había contratado a mis trabajadores y estaba a punto para empezar. Nuestras excavaciones anteriores habían quedado detenidas abruptamente en el ángulo nordeste de la tumba de Ramsés VI, y empecé a cavar una trinchera hacia el sur a partir de ese punto. Se recordará que en esa zona había cierto número de cabañas de trabajadores burdamente construidas, suponemos que usadas por los mamposteros de la tumba de Ramsés. Esas cabañas, realizadas a unos tres pies por encima del lecho de roca, cubrían toda la parte delantera de la tumba del citado Ramsés, y se extendían en dirección sur hasta unirse a un grupo similar de

cabañas en el lado opuesto del Valle, descubiertas por Davis cuando trabajaba en la cámara secreta de Ekhnatón. El 3 de noviembre por la tarde habíamos puesto ya al desnudo un número suficiente de cabañas con propósitos experimentales, así que, después de hacer los planos y anotaciones correspondientes, las quitamos y lo dejamos todo listo para excavar los tres pies de suelo que tenían debajo.

Cuando llegué al trabajo a la mañana siguiente (4 de noviembre), el inusual silencio, debido a la detención de las obras, me hizo comprender que había ocurrido algo fuera de lo normal; y fui saludado con el anuncio de que se había descubierto un pronunciado corte en la roca debajo de la primera cabaña atacada. Parecía demasiado bueno para ser cierto, pero unos golpes de azada más nos revelaron que estábamos en efecto en la entrada de un pronunciado corte en la roca, a unos trece pies al sur de la tumba de Ramsés VI, y a una profundidad similar respecto al lecho de roca actual del Valle. La forma de esa hendedura era igual que la de las escalinatas de entrada hundidas tan frecuentes en el Valle, y casi me atreví a creer que por fin habíamos hallado nuestra tumba. Continuamos febrilmente las obras el resto de aquel día y la mañana del siguiente, pero hasta la tarde del *5* de noviembre no logramos despejar las masas de escombros que cubrían el corte, ni demarcar los límites superiores de la escalinata en sus cuatro lados.

Ahora estaba claro más allá de toda duda que teníamos delante la entrada de una tumba, pero ciertas vacilaciones, nacidas de desengaños anteriores, empezaron a surgir persistentemente. Existía siempre la horrible posibilidad, sugerida por nuestra experiencia en el valle de Tutmosis III, de que la tumba estuviera inacabada y no hubiera sido nunca ni completada ni utilizada; y si había sido terminada, quedaba la deprimente posibilidad de que hubiese sido saqueada en la época antigua. Por otra parte, podía darse el caso de que aquella fuera una tumba intocada o saqueada sólo parcialmente; y no fue sino una emoción mal contenida como contemplé los escalones descendentes de la entrada, a medida que fueron saliendo a la luz uno tras otro. El corte estaba cavado en un lado de un montecillo y, a medida que fue progresando el trabajo, su borde occidental fue retrocediendo debajo de la pendiente de la roca hasta quedar, primero en parte y luego completamente, bajo techado, convirtiéndose en un pasillo de 10 pies de altura por 6 de anchura. Las obras empezaron a avanzar más deprisa; un escalón sucedía a otro y al nivel del duodécimo, hacia poniente, quedó al descubierto la parte superior de una puerta, cegada, enyesada y sellada.

Una puerta sellada; ¡entonces, era cierto! Después de todo nuestros años de paciente tarea iban a ser recompensados, y creo que mi primer sentimiento fue de congratulación porque mi fe en el Valle no había sido

injustificada. Con una excitación tendente al apasionamiento febril inspeccioné las improntas del sello de la puerta, buscando indicios de la identidad de su dueño, pero no encontré ningún nombre; los únicos símbolos descifrables eran los del conocido sello real de la necrópolis, el chacal y nueve cautivos. No obstante había dos hechos claros; primero, que la utilización de este sello real constituía una evidencia infalible de que la tumba había sido construida para una persona de muy alta calidad; y segundo, que la puerta sellada había quedado enteramente oculta bajo las cabañas de trabajadores de la XX dinastía, y eso era una prueba muy clara de que por lo menos desde aquella fecha no había sido allanada. De momento tenía que contentarme con eso.

Mientras examinaba los sellos vi, en un lugar de la parte superior de la puerta, del que se había desprendido un poco de yeso, un pesado dintel de madera. Debajo de este, para asegurarme del método utilizado para bloquear la puerta, abrí una pequeña mirilla, lo bastante grande para insertar una linterna eléctrica, y descubrí que el pasillo que se extendía detrás de aquella puerta estaba totalmente lleno, de arriba a abajo, de piedras y grava, una prueba más del celo con el que se había protegido la tumba.

Era un momento excitante para un excavador. Me encontraba solo, exceptuando a mis trabajadores nativos, después de años de trabajo casi improductivos, en el umbral de lo que podía revelarse como un descubrimiento magnífico. Cualquier cosa, sí, literalmente cualquier cosa podía ocultarse detrás de aquel pasillo, y necesité todo mi autocontrol para retenerme y no echar abajo la puerta y ponerme a investigar en el acto.

Una cosa más me inquietaba: la pequeñez de la abertura en comparación con las de las tumbas ordinarias del Valle. El diseño era desde luego de la XVIII dinastía. ¿Podía tratarse de la tumba de un noble enterrado allí con consentimiento real? ¿Era una cámara secreta real, un escondite al que habían sido trasladados una momia y su equipo para su salvaguarda? ¿O era de verdad la tumba del rey cuya búsqueda había dedicado tantos años?

Una vez más examine las improntas del sello, tratando de encontrar una clave, pero en la parte de la puerta que habíamos dejado al descubierto sólo estaban claras y podían leerse las de la necrópolis real ya mencionadas. De haber sabido que unas pulgadas más abajo había una impresión perfectamente clara e indefectible del sello de Tut-Ankh-Amón, el rey que más deseaba encontrar, habría seguido cavando, habría descansado mucho mejor las noches siguientes, y me habría ahorrado casi tres semanas de incertidumbre. Pero era tarde, y la oscuridad se cernía ya sobre nosotros. Con cierta renuencia volví a cerrar el agujerito que había practicado, llené nuestra excavación para

que quedara protegida durante la noche, elegí a los trabajadores de más confianza —ellos estaban casi tan excitados como yo— para montar guardia toda la noche en la tumba, y volví a casa a la luz de la luna, cabalgando por el Valle.

Naturalmente mi deseo era seguir adelante con las obras sin dilación para averiguar la auténtica envergadura del descubrimiento, pero lord Carnarvon estaba en Inglaterra, y por lealtad con él tenía que aplazarlo todo para cuando él llegase. Así que la mañana del 6 de noviembre le envié el siguiente telegrama: «Por fin hemos hecho un descubrimiento maravilloso en el Valle; una tumba magnífica con los sellos intactos; he vuelto a cubrir estos hasta su llegada; felicitaciones».

Mi siguiente tarea debía consistir en asegurar la entrada contra toda interferencia, hasta que pudiera ser definitivamente abierta. Así que lo que hicimos fue llevar otra vez el terreno excavado hasta la superficie, y arrastrar hasta su parte superior las grandes piedras de pedernal que componían las cabañas de los trabajadores. El trabajo quedó concluido por la tarde de aquel mismo día, exactamente veinticuatro horas después de descubrir el primer escalón de la entrada. En lo concerniente al aspecto del terreno, allí no había habido nunca ninguna tumba, y en ocasiones me resultaba difícil convencerme a mí mismo de que todo aquel episodio no había sido un sueño.

Pronto había de tranquilizarme en este punto. Las noticias corren deprisa en Egipto, y al cabo de dos días del descubrimiento llovieron a torrentes sobre mí felicitaciones, preguntas y ofertas de ayuda procedentes de todas partes. Estaba claro, incluso en aquella etapa inicial, que la tarea que iba a emprender no podía abordarse sin ayuda, así que envié un telegrama a Callender, que ya había trabajado a mi lado en ocasiones anteriores, pidiéndole que si le era posible se reuniera conmigo sin dilación; y para alivio mío llegó al día siguiente. El día 8 tenía ya dos mensajes de lord Carnarvon en respuesta a mi telegrama, de los cuales el primero decía: «Posiblemente vendré pronto», y el segundo, que recibí un poco después: «Me propongo llegar a Alejandría el 20».

Así pues, teníamos casi un par de semanas de plazo, y las consagramos a hacer preparativos de índole diversa, para que cuando llegara el momento de volver a abrir, pudiéramos, con la menor tardanza posible, controlar cualquier situación que se produjera. La noche del 18 me fui a El Cairo para tres días, con la intención de dar la bienvenida a lord Carnarvon y realizar cierto número de compras necesarias, volviendo a Luxor el 21. El 23 lord Carnarvon llegó a Luxor con su hija, lady Evelyn Harbert, su fiel compañera en todo su trabajo egipcio; todo estaba dispuesto para el inicio del segundo capítulo del descubrimiento de la tumba. Callender había estado ocupado todo el día en la extracción de la capa superior de escombros, para que por la

mañana pudiéramos destapar la escalera sin demora.

La tarde del 24 toda la escalinata estaba al descubierto, dieciséis escalones en total, y pudimos realizar un examen adecuado de la puerta sellada. En la parte inferior las improntas del sello eran mucho más claras, y nos fue posible distinguir en algunas de ellas el nombre de Tut-Ankh-Amón. Eso añadió un enorme interés al descubrimiento. Si habíamos encontrado, como parecía casi seguro, la tumba de este enigmático monarca, cuya tenencia del trono coincidía con uno de los períodos más interesantes de toda la historia egipcia, desde luego teníamos buenos motivos para felicitarnos.

Con el interés aún más exacerbado, si cabía, reanudamos nuestra investigación de la puerta, y por vez primera hizo su aparición un elemento inquietante. Ahora que toda la puerta había quedado expuesta a la luz podíamos discernir un hecho que hasta entonces había escapado a nuestra observación: habían abierto y cerrado dos veces consecutivas una parte de su superficie; además, el sello descubierto en un principio, el del chacal y los nueve cautivos, había sido aplicado a las porciones cerradas por segunda y tercera vez, mientras que los sellos de Tut-Ankh-Amón cubrían la parte intocada de la puerta y eran por lo tanto aquellos con los que se había clausurado originariamente la tumba. De modo que la tumba no estaba del todo intacta, como esperábamos. Habían entrado en ella, y más de una vez, los saqueadores —según los indicios de las cabañas de encima, habían sido saqueadores de una fecha posterior al reinado de Ramsés VI—; pero era evidente que no la habían desvalijado del todo, pues la habían vuelto a sellar.[17]

Y luego surgió otro rompecabezas. En los estratos inferiores de escombros que llenaban la escalinata encontramos masas de fragmentos de objetos de cerámica y cajas rotas, estas últimas con los nombres de Ekhnatón, Smenkh-ka-Re y Tut-Ankh-Amón, y, lo que era mucho más desconcertante, un escarabajo de Tutmosis III y un fragmento con el nombre de Amenhotep III. ¿Por qué aquella mescolanza? El resto de los indicios que ya teníamos parecía apuntar más a una cámara secreta que a una tumba, y en esta etapa de nuestro trabajo empezamos a pensar que quizá estábamos a punto de dar con una colección miscelánea de objetos de reyes de la XVIII dinastía, trasladados desde Tell el Amarna por Tut-Ankh-Amón y depositados allí para su salvaguarda.

Así estaban las cosas la noche del 24. Al día siguiente íbamos a quitar la puerta sellada, así que Callender puso a los carpinteros manos a la obra en la confección de una pesada reja de madera, que debía ser colocada en aquel lugar. El señor Engelbach, primer inspector del Departamento de Antigüedades, nos hizo una visita por la tarde, y presenció una parte de la última retirada de escombros de la puerta.

La mañana del 25 las impresiones del sello de la puerta fueron

cuidadosamente anotadas y fotografiadas, y acto seguido deshicimos el auténtico bloqueo de la entrada, consistente en piedras en bruto montadas una sobre otra desde el suelo hasta el dintel, y abundantemente enyesadas en las caras exteriores para grabar en ellas las improntas del sello.

El desbloqueo nos descubrió el principio de un pasillo descendente (no una escalera), de la misma anchura que la escalinata de la entrada, y casi siete pies de altura. Como ya había visto por mi agujero de la puerta, estaba completamente lleno de piedra y grava, probablemente desportilladuras de su propia excavación. En esta amalgama de desechos, al igual que en la puerta, había señales patentes de que la tumba había sido abierta y cerrada más de una vez: la parte intocada consistía en desportilladuras limpias y blancas mezcladas con polvo, mientras que la que había sido violada se componía sobre todo de pedernal oscuro. Estaba claro que se había cavado un túnel irregular a través del llenado originario, en el rincón superior del lado izquierdo, túnel este que se correspondía en su trazado con el del agujero de la entrada.

Durante la limpieza del pasillo encontramos, mezclados con la grava del nivel inferior, piezas de cerámica rotas, sellos de jarras, jarras de alabastro, tanto enteras como rotas, jarrones de loza pintada, numerosos fragmentos de artículos pequeños, y odres, que obviamente habían sido usados para traer el agua con la que se procedió al enyesado de las puertas. Todo ello constituía una evidencia inequívoca de saqueo, y lo contemplamos con gran desconfianza. Por la noche habíamos limpiado un tramo considerable de pasillo, pero seguíamos sin ver ni rastro de una segunda puerta ni de una cámara.

El día siguiente (26 de noviembre) fue el gran día, el más maravilloso que he vivido nunca; y desde luego no espero volver a ver otro igual. Durante toda la mañana continuamos con el trabajo del vaciado, necesariamente lento, debido a los objetos delicados que había mezclados con los desechos. Y a media tarde, a unos treinta pies de la puerta exterior, nos topamos con una segunda entrada sellada, casi réplica exacta de la primera. En este caso las inscripciones de los sellos eran menos claras, pero reconocibles como pertenecientes a Tut-Ankh-Amón y la necrópolis real. También aquí las huellas de la profanación y cierre posterior estaban marcadas en el yeso de forma inequívoca. Para entonces ya estábamos firmemente convencidos de que era una cámara secreta, y no una tumba, lo que nos disponíamos a abrir. La situación relativa de la escalera, el pasillo de entrada y las puertas no podían por menos que recordarnos la reserva secreta de material de Ekhnatón y Tiy encontrada por Davis en la estrecha proximidad de nuestra excavación; además, el hecho de que los sellos de Tut-Ankh-Amón estuvieran

también reproducidos allí parecía constituir una prueba casi irrefutable de que nuestra conjetura era cierta. Pronto lo sabríamos. Allí estaba la puerta sellada, y detrás la respuesta a la incógnita.

Despacio, desesperantemente despacio para nosotros que observábamos, los restos de escombros del pasillo que obstruían la parte inferior de la puerta fueron siendo quitados, hasta quedar ante nosotros la puerta al desnudo. Había llegado el momento decisivo. Con manos temblorosas, abrí una pequeñísima brecha en el rincón superior izquierdo. La oscuridad y el espacio hueco hasta donde podía alcanzar mi vara de hierro de pruebas, demostraban que lo que había detrás, fuere lo que fuere, estaba vacío, y no lleno de desechos como el pasillo que acabábamos de limpiar. Se aplicaron pruebas de llamas como precaución contra posibles gases viciados y acto seguido, ensanchando un poco el agujero, introduje mi vela y me asomé al interior, con lord Carnarvon, lady Evelyn y Callender rodeándome ansiosos, prestos para oír el veredicto. Al principio no vi nada, pues el aire caliente que se escapaba de la cámara hacia oscilar la llama; pero luego, cuando mis ojos se acostumbraron a su tenue luz, los detalles del interior de la estancia fueron emergiendo poco a poco de la bruma: animales extraños, estatuas y oro, por todas partes la refulgencia del oro. Por un momento —a los demás, que estaban expectantes junto a mí, debió parecerles una eternidad— me quede mudo de estupor, y cuando lord Carnarvon, incapaz ya de soportar la espera, me preguntó anhelante:

—¿Ve usted algo?

No salieron de mis labios más que estas palabras:

—Sí, cosas maravillosas.

Entonces, tras ensanchar un poco más el agujero, para que pudiéramos mirar los dos, introdujimos una linterna eléctrica.

Capítulo VI
INVESTIGACIÓN PRELIMINAR

Supongo que la mayoría de los excavadores confesarán su sensación de sobrecogimiento —casi de turbación— al irrumpir en una cámara cerrada y sellada por manos piadosas hace tantos siglos. Por un momento el tiempo como factor de la vida humana pierde su sentido. Han pasado tres o quizá cuatro mil años desde que un pie humano pisó por última vez el suelo donde uno está y, no obstante, al reparar en los signos de vida reciente a su alrededor —el cuenco de argamasa a medio llenar para la puerta, la lamparilla ennegrecida, las huellas de dedos en la superficie recién pintada, la guirnalda de despedida caída en el umbral— recibe uno la impresión de que apenas fue ayer. Hasta el aire que se respira, y que no se ha renovado a través de los siglos, se comparte con quienes llevaron a la momia a su último descanso. El tiempo se desintegra con los pequeños detalles íntimos como estos, y se siente uno como un intruso.

Esa es quizá la sensación primera y dominante, pero le siguen otras en seguida: el regocijo por el descubrimiento, la fiebre de la espera, el impulso casi irrefrenable, nacido de la curiosidad, de romper los sellos y levantar las tapas de las cajas, el pensamiento —puro júbilo para el investigador— de estar a punto de escribir una nueva página de la historia o de resolver algún problema científico, y la tensa expectación —¿por qué no confesarlo?— del buscador de tesoros. ¿Cruzaron de verdad por nuestras mentes esos pensamientos, o me lo he imaginado yo después? No sabría decirlo. Ha sido el descubrimiento de que mi memoria estaba en blanco, y uno el mero deseo de coronar un capítulo con dramatismo, lo que ha ocasionado esta digresión.

Probablemente nunca antes en toda la historia de la Arqueología había presenciado nadie una visión tan prodigiosa como la que nos revelaba ahora la luz de nuestra linterna. El lector puede hacerse a una idea consultando las fotografías; pero todas ellas fueron tomadas después, cuando se había abierto la tumba y se había instalado en ella la

luz eléctrica. Imagínese al atisbarlos desde nuestra mirilla de la puerta bloqueada, proyectando el haz de luz de nuestra linterna —la primera luz que penetraba en la oscuridad de la cámara desde hacía tres mil años— de un grupo de artículos a otro, en un vano intento de interpretar el tesoro que se extendía delante de nosotros. El efecto era fascinante, abrumador. Supongo que nunca nos habíamos formulado exactamente en nuestro pensamiento que era lo que esperábamos ni lo que creíamos que íbamos a ver, pero desde luego no habíamos ni soñado que pudiera ser nada similar a aquello: una habitación —casi un museo — repleta de objetos, algunos conocidos, y muchos diferentes de todo cuanto habíamos encontrado hasta entonces, apilados uno sobre otro en una profusión aparentemente infinita.

Poco a poco la escena se fue acelerando y pudimos distinguir objetos individuales. Destacándose, justo enfrente de nosotros —habíamos estado conscientes de su presencia todo el rato, pero nos habíamos negado a creer en ellos— tres grandes lechos funerarios dorados, con los armazones laterales trabajados en forma de animales monstruosos, curiosamente estilizados de cuerpo, como debían ser para cumplir su propósito, pero con cabezas de pasmoso realismo. Eran estos seres que daba reparo mirar en cualquier ocasión; y tal como los veíamos nosotros, con sus superficies doradas y brillantes dibujándose en la oscuridad a la luz de nuestra linterna eléctrica, que más parecía un foco de escenario, y con sus cabezas proyectando sombras grotescas y distorsionadas en la pared de detrás, resultaban casi terroríficos. Luego llamaron y retuvieron nuestra atención dos estatuas que había a la derecha: dos figuras en tamaño natural de un mismo rey en negro, cara a cara, cual centinelas, con atavío y sandalias de oro, maza y vara a guisa de armas, la protectora cobra sagrada sobre sus frentes.

Esos fueron los objetos dominantes que primero atrajeron nuestra mirada. Entre ellos, a su alrededor y apilados encima suyo, había multitud de otros: cofres con pinturas e incrustaciones exquisitas; jarrones de alabastro, algunos maravillosamente trabajados con diseños calados; extraños relicarios negros, a la puerta de uno de los cuales se asomaba una gran serpiente dorada; ramos de flores u hojas; camas; sillas bellamente labradas; un trono dorado con incrustaciones; bastones de todas las formas y dibujos; debajo de nuestros ojos, en el umbral de la cámara, una bonita copa de alabastro translúcido en forma de loto; a la izquierda un confuso apilamiento de carros volcados, refulgentes con su oro e incrustaciones; y, asomándose por detrás de ellos, otra efigie de rey.

Esos eran algunos de los objetos que yacían amontonados delante nuestro. No puedo decir con certeza si reparamos en todos ellos en aquel momento, porque nuestras mentes estaban demasiado excitadas y

confusas para registrar nada con exactitud. Al rato cruzó por nuestras alteradas cabezas la idea de que en todo aquel revoltijo de objetos no había ni sarcófago ni rastro de momia, y la tan traída y llevada cuestión de si estábamos en una tumba o una cámara secreta empezó a intrigarnos de nuevo. Con este enigma en el pensamiento, volvimos a examinar la escena que teníamos delante, y observamos por primera vez que entre las dos estatuas de centinelas de la derecha había otra puerta sellada. Poco a poco fuimos cayendo en la cuenta de la explicación. No estábamos más que en el umbral de nuestro descubrimiento. Lo que teníamos a la vista era una simple antecámara. Detrás de la puerta vigilada había otras cámaras, posiblemente una sucesión de ellas, y en una habíamos de encontrar, sin sombra de duda, en medio de su magnífica panoplia mortuoria, al faraón yaciente.

Ya habíamos visto bastante. La cabeza nos empezó a dar vueltas al pensar en la tarea que se nos venía encima. Cerramos el agujero, echamos el candado a la reja de madera que había sido colocada en la primera puerta, dejamos montando guardia a nuestro personal nativo, subimos a lomos de nuestros burros y volvimos a casa por el Valle, extrañamente silenciosos y cabizbajos.

Fue curioso descubrir, al comentar el asunto por la noche, lo opuestas que eran entre sí nuestras ideas acerca de lo que habíamos visto. Cada uno de nosotros había reparado en algo que a los demás les había pasado desapercibido, y al día siguiente nos sorprendió comprobar cuantos y cuan obvios eran los objetos cuya presencia no habíamos advertido. Naturalmente, era la puerta sellada entre las estatuas lo que más nos intrigaba, y estuvimos repasando hasta muy entrada la noche las distintas posibilidades respecto a lo que podía ocultarse tras ella. ¿Una simple cámara con el sarcófago del rey? Eso era lo mínimo que cabía esperar. ¿Pero por qué sólo una cámara? ¿Por qué no una sucesión de pasillos y estancias llevando, en el más auténtico estilo del Valle, al sepulcro más escondido de todos, la cámara funeraria? Podía ser, pero en su planificación la tumba era bastante distinta de las otras. Las visiones de una cámara tras otra, todas ellas atestadas de objetos como los que habíamos visto, cruzaron por nuestras mentes y nos dejaron sin aliento. Entonces surgió de nuevo el pensamiento de que habían estado saqueadores. ¿Habían conseguido traspasar la tercera puerta —mirada a distancia parecía absolutamente intocada—? y, de ser así, ¿cuáles eran nuestras probabilidades de encontrar intacta la momia del rey? Creo que aquella noche ninguno de nosotros consiguió pegar ojo.

A la mañana siguiente (27 de noviembre) estábamos temprano en el campo, porque había mucho que hacer. Era esencial, antes de seguir adelante con nuestro examen, que encontrásemos medios más eficaces de iluminación; así que Callender tendió cables para conectarnos con el

sistema eléctrico principal del Valle. Mientras él hacía los preparativos, nosotros tomamos buena nota de los sellos grabados en la puerta interior y a continuación deshicimos su bloqueo. A mediodía todo estaba a punto y lord Carnarvon, lady Evelyn, Callender y yo entramos en la tumba y realizamos una inspección meticulosa de la primera cámara (llamada después la antecámara). La víspera por la tarde yo había escrito al señor Englebach, primer inspector del Departamento de Antigüedades, informándole de los progresos de nuestros trabajos, y pidiéndole que viniera a hacer una inspección oficial. Por desgracia en aquel momento estaba en Kena en viaje oficial, así que vino en su lugar el inspector local de Antigüedades, Ibrahim Effendi.

Con la ayuda de nuestras potentes lámparas eléctricas salieron a la luz muchos objetos que habían quedado en penumbra el día anterior, y de ese modo pudimos hacer una valoración más exacta del alcance de nuestro descubrimiento. Nuestro primer objetivo era, naturalmente, la puerta sellada que había entre las estatuas; pero nos esperaba un desencanto. Vista desde cierta distancia ofrecía todo el aspecto de un bloqueo absolutamente intacto, pero un examen más riguroso nos reveló que se había abierto una pequeña brecha en su parte inferior, justo lo bastante ancha para admitir a un niño o a un hombre de constitución pequeña, y que el agujero así practicado había sido llenado y sellado de nuevo. De modo que no íbamos a ser los primeros. También aquí los ladrones se nos habían adelantado, y sólo quedaba por ver cuantos daños habían tenido oportunidad o tiempo de causar.

Nuestro impulso natural fue echar la puerta abajo y llegar de inmediato al fondo del asunto, pero hacerlo habría entrañado un grave riesgo para la indemnidad de muchos de los objetos de la antecámara, riesgo que no estábamos en lo más mínimo dispuestos a correr. Tampoco podíamos apartar los objetos en cuestión, porque era indispensable hacer un plano y un estudio fotográfico completo antes de tocar nada, y ese trabajo requería bastante tiempo, incluso teniendo a mano —que no lo teníamos— el material suficiente para realizarlo de inmediato. No sin renuencia, decidimos abandonar la apertura de la puerta interior sellada hasta vaciar la antecámara de todo su contenido. Haciendo esto no sólo garantizaríamos la clasificación completa y científica de los objetos de la cámara exterior, cosa que teníamos el deber de hacer, sino que además nos quedaría campo libre para deshacer el bloqueo de la puerta, una operación espinosa, cuando no algo peor.

Habiendo satisfecho hasta cierto punto nuestra curiosidad en lo relativo a la puerta sellada, ya podíamos volver nuestra atención hacia el resto de la cámara y realizar un examen más detallado de los objetos contenidos en ella. Fue desde luego una experiencia asombrosa. Apiñados en estrecha profusión dentro de la estancia había docenas de

objetos, cualquiera de los cuales nos habría llenado de emoción en circunstancias normales por parecernos una amplia recompensa del trabajo de toda una temporada. Algunos pertenecían a tipos que conocíamos bien; otros en cambio eran nuevos y extraños, y en algunos casos constituían ejemplos perfectos y completos de artículos cuyo aspecto no habíamos hecho sino imaginar hasta entonces, a partir de los indicios que nos proporcionaban los diminutos fragmentos rotos hallados en otras tumbas reales.

Y no sólo desde el punto de vista cuantitativo resultaba impresionante el hallazgo. El período al que pertenece la tumba es en muchos aspectos el más interesante de toda la historia del arte egipcio, y estábamos preparados para las cosas bonitas. Para lo que no estábamos ya tan preparados era para la asombrosa vitalidad y animación que caracterizaban a algunos de los objetos. Todo aquello era para nosotros una revelación de las posibilidades insospechadas del arte egipcio, y comprendimos, incluso en esta apresurada inspección preliminar, que el estudio del material entrañaría la modificación, cuando no la absoluta revolución, de nuestras viejas ideas. Esa es, no obstante, una cuestión que concierne al futuro. Nuestra estimación de los valores artísticos exactos será más clara cuando hayamos vaciado toda la tumba y tengamos ante nosotros su contenido completo.

Una de las primeras cosas que observamos en nuestra inspección fue que todos los objetos grandes, y la mayoría de los pequeños, tenían inscrito el nombre de Tut-Ankh-Amón. También eran suyos los sellos de la puerta interior y por lo tanto suya había de ser asimismo, sin sombra de duda, la momia que yacía en la cámara interior. Mientras estábamos aún llamando excitadamente cada cual la atención de los otros sobre los diversos objetos, hicimos un nuevo descubrimiento. Escudriñando la parte inferior del gran lecho situado en la pared sur, vimos un pequeño agujero en esta última. Allí había otra puerta sellada y un agujero de ladrón que, a diferencia de los demás, no había sido tapado. Con mucho cuidado avanzamos a gatas por debajo del lecho, introdujimos nuestra linterna de mano, y nuestros ojos se toparon con otra cámara, más pequeña que la primera, pero aún más atestada de objetos.

El estado de este cuartito interior (llamado después el anexo) desafía a cualquier descripción. En la antecámara se había hecho una especie de intento de ordenar los objetos tras la visita de los saqueadores, pero aquí todo estaba hecho un revoltijo, tal como estos lo habían dejado. No se necesitaba mucha imaginación para adivinar su método de trabajo. Uno de ellos —probablemente no había espacio para más— había entrado arrastrándose en la cámara, y a continuación había registrado rápida pero sistemáticamente su contenido, vaciando cajas, tirando las cosas o amontonándolas una sobre otra, y de vez en cuando pasando objetos por

el agujero a sus compañeros para que los examinaran mejor en la cámara exterior. Había realizado su trabajo con casi tanta meticulosidad como un terremoto. No queda ni una sola pulgada de suelo vacía, y va a ser una cuestión de considerable dificultad, cuando llegue el momento del vaciado, decidir por dónde empezar. Hasta ahora no hemos intentado aún entrar en la cámara, contentándonos con coger material desde el exterior. Contiene también objetos bonitos, más pequeños en su mayoría que los de la antecámara, pero muchos de ellos de un trabajo artesanal exquisito. Tengo grabados en la memoria algunos de ellos en particular: una caja pintada, aparentemente tan delicada como la de la antecámara; una preciosa silla de marfil, oro, madera y piel curtida; jarrones de alabastro y cerámica de bonitas formas; y un tablero de juego de colores, en marfil labrado.

Creo que el descubrimiento de esta segunda cámara, con su profuso contenido, produjo en nosotros un efecto desembriagador. La emoción nos había embargado hasta entonces, sin concedernos una pausa para pensar, pero ahora por primera vez empezamos a tomar conciencia de la tremenda tarea que teníamos por delante, y de la responsabilidad que esta entrañaba. El nuestro no era un hallazgo normal, que podía dejarse liquidado en una temporada de trabajo corriente; ni tampoco existía un precedente que pudiera mostrarnos cómo manejarlo. Estaba fuera de toda experiencia conocida, era apabullante, y teníamos la sensación de hallarnos ante un quehacer superior al que éramos meramente capaces de realizar.

Además, el alcance de nuestro descubrimiento nos había pillado por sorpresa, y no estábamos en absoluto preparados para manipular debidamente la multitud de objetos que teníamos delante, muchos de los cuales estaban en condiciones precarias y necesitaban un exhaustivo tratamiento de conservación antes de ser tocados. Había un sinfín de cosas que hacer antes de iniciar el traslado de todo aquello. Había que conseguir grandes cantidades de conservantes y material de embalaje; pedir consejo a los expertos sobre el mejor método de manejar ciertos objetos; instalar un laboratorio en un lugar resguardado y seguro donde pudiera tratarse, catalogarse y embalar los diferentes artículos; realizar un plano fiel a escala y un estudio fotográfico completo mientras todo permaneciera en su sitio; e improvisar un cuarto de revelado.

Esos eran unos pocos de los problemas con los que nos enfrentábamos. Evidentemente lo primero que había que hacer era tomar medidas de seguridad contra los ladrones; entonces podríamos elaborar tranquilos nuestros planes, unos planes cuya ejecución preveíamos que duraría no una temporada, sino por lo menos dos, y posiblemente tres o cuatro. Teníamos la reja de madera en la entrada del pasillo, pero no era suficiente, así que medí la puerta interior para hacer

otra de gruesas barras de acero. Hasta que nos la confeccionaran —y para esta y otras diligencias se imponía una visita a El Cairo— teníamos que contentarnos con realizar el trabajo de llenar la tumba una vez más.

Mientras tanto la noticia del descubrimiento había corrido como la pólvora, y circulaban sobre él todo tipo de versiones extraordinarias y fantásticas; según una historia que encontró un crédito considerable entre los nativos, tres aviones habían aterrizado en el Valle, y partido con destino desconocido cargados de tesoros. Para atajar en lo posible estos rumores, decidimos dos cosas: primero, invitar a lord Allenby y a las distintas cabezas de los departamentos implicados a visitar la tumba, y segundo, enviar un informe autorizado del descubrimiento al *Times*. Así que el 29 inauguramos oficialmente la tumba, en presencia de lady Allenby —lord Allenby no pudo desgraciadamente abandonar El Cairo —, Abd el Aziz Bey Yehia, gobernador de la provincia, Mohamed Bey Fahrny, mamour del distrito, y cierto número de personalidades y funcionarios egipcios; y el 30 el señor Tottenham, consejero del Ministerio de Obras Públicas, y Pierre Lacau, director general del Servicio de Antigüedades, que no habían podido asistir la víspera, realizaron una inspección oficial. El señor Merton, corresponsal del *Times,* también estuvo presente en la inauguración, y envió a su periódico el despacho que tanto revuelo armaría luego en Inglaterra.

El 3 de diciembre, después de cerrar la puerta de entrada con el grueso enrejado de madera, la tumba fue llenada hasta el nivel de la superficie. Lord Carnarvon y lady Evelyn se marcharon el 4, camino de Inglaterra, para ultimar ciertos asuntos y poder así volver antes del final de la temporada; y el 6, dejando a Callender como centinela de la tumba durante mi ausencia, les seguí hasta El Cairo para hacer mis compras. Mi principal preocupación era la reja de acero, así que la encargué la mañana misma de mi llegada y se me prometió que sería entregada al cabo de seis días. Las demás adquisiciones me las tomé con más calma; formaban una colección miscelánea, compuesta por material fotográfico, productos químicos, un automóvil, cajas de embalaje de todo tipo, incluidas treinta y dos balas de calicó, más de una milla de guata, y la misma cantidad de vendas quirúrgicas. De estos dos importantes artículos no quería hacer corto.

Estando en El Cairo tuve tiempo para pasar revista mentalmente a la situación, y vi cada vez más claro que necesitábamos asistencia —y en gran escala— si queríamos realizar los trabajos en la tumba de modo satisfactorio. La cuestión era a quien recurrir. La necesidad más urgente y apremiante era la toma de fotografías, pues no se podía tocar nada hasta que se hubiera realizado un estudio fotográfico completo, tarea esta que requería una pericia técnica del más alto nivel. Un día o dos después de mi llegada a El Cairo recibí un telegrama de felicitación del

señor Lythgoe, conservador del Departamento Egipcio del Metropolitan Museum of Art, de Nueva York, cuya concesión en Tebas se hallaba en estrecha proximidad con la nuestra, pues sólo las separaba la pared de montaña natural; en mi respuesta le pregunté tímidamente si me sería posible —por supuesto, sólo en caso de emergencia inmediata— contar con la asistencia de Harry Burton, su experto en fotografía. Él se apresuró a darme contestación mediante otro telegrama, que debería figurar en los libros como ejemplo de colaboración científica desinteresada: «Encantadísimos de ayudarle en todo lo que necesite. Ruego diríjase a Burton y cualquier otro miembro de nuestro personal».

Esta oferta fue después generosamente confirmada por los fiduciarios y el director del Metropolitan Museum, y a mi vuelta a Luxor acordamos con mi amigo el señor Winlock, director de las excavaciones de Nueva York en aquella concesión y único perjudicado en el acuerdo, que no sólo me sería traspasado el señor Burton, sino que además el señor Hall y el señor Hauser, dibujantes de su expedición, consagrarían todo el tiempo necesario a confeccionar un plano a escala de la antecámara y su contenido. Otro miembro del personal neoyorquino, el señor Mace, director de las excavaciones en el campo de pirámides de Lisht, se encontraba también disponible y, obedeciendo a la sugerencia del señor Lythgoe, me mandó un telegrama ofreciéndome ayuda. De ese modo, nada menos que cuatro miembros del personal de Nueva York se unieron, de forma total o parcial, a nosotros, en los trabajos de aquella temporada. Sin esa generosa asistencia habría sido imposible abordar la enorme tarea que se nos venía encima.

En El Cairo tuve, además, otro golpe de suerte. El señor Lucas, director del Departamento Químico del Gobierno egipcio, se estaba tomando tres meses de vacaciones antes de retirarse del servicio definitivamente y durante estos tres meses se ofreció generosamente a poner a nuestra disposición sus conocimientos de química, oferta que, no hace falta decirlo, me apresuré a aceptar. Eso completaba nuestro personal regular. Y para colmo de venturas, el doctor Alan Gardiner tuvo la amabilidad de comprometerse a tomar a su cargo el material inscripcional que encontrásemos, y el profesor Breadsted, en un par de visitas, nos proporcionó su ayuda en la difícil tarea de descifrar la significación histórica de los sellos grabados en las puertas.

El 13 de diciembre la reja de acero está terminada y yo había concluido mis compras. Volví a Luxor, y el 15 ya estaba todo en el Valle sano y salvo; la entrega de los paquetes había sido expedida a gran velocidad por cortesía de los funcionarios del ferrocarril estatal egipcio, que habían permitido que el material viajase en el expreso en vez de despacharlo por el lento tren de carga. El 16 abrimos la tumba una vez más y el 17 se instaló la reja de acero en la entrada de la cámara y nos

aprestamos a iniciar los trabajos. El 18 empezamos por fin; Burton hizo sus primeras pruebas en la antecámara, y Hall y Hauser se pusieron manos a la obra con su plano. Dos días después llegó Lucas y realizó unos experimentos preliminares con conservantes para los distintos tipos de objetos.

El 22, a consecuencia de los abundantes clamores, se concedió autorización para ver la tumba a la prensa, tanto a la europea como a la nativa, y se facilitó también esa oportunidad a cierto número de personalidades de Luxor, que se habían disgustado al no recibir una invitación para la inauguración oficial. En aquella ocasión sólo había sido posible invitar a un número reducido de personas, debido a la imposibilidad de garantizar la seguridad de los objetos en el poco espacio disponible. El 25 llegó Mace, y dos días después, como las fotografías y los planos estaban suficientemente adelantados, sacamos el primer objeto de la tumba.

Capítulo VII
INSPECCIÓN DE LA ANTECÁMARA

En este capítulo nos proponemos hacer un inventario completo de los objetos de la antecámara; y para que este le dé al lector una idea aproximada de las cosas, tenemos que hacerlo sistemáticamente, y no irnos de atrás para adelante y de una punta a otra, como hicimos en la excitación inicial del descubrimiento. Era una estancia pequeña, de unos 26 pies por 12, y teníamos que pisar con cautela porque, aunque los funcionarios nos habían limpiado el centro, formando un pequeño pasillo, un simple paso en falso o movimiento precipitado habrían infligido daños irreparables a algunos de los delicados objetos que nos rodeaban.

Delante nuestro, en la puerta —teníamos que salvar un escalón para entrar en la cámara— había una hermosa copa votiva. Era de alabastro semitransparente, con asas en forma de flores de loto a ambos lados que servían de soporte a unas figuras arrodilladas, símbolos de la Eternidad. Girándonos hacia la derecha al entrar, reparamos, primero, en una gran jarra cilíndrica de alabastro; luego, en dos ramilletes de hojas funerarios, uno apoyado contra la pared, y el otro caído; y, delante de ellos, destacándose en el interior de la cámara, un cofre de madera pintado. Este último figurará probablemente como uno de los mayores tesoros artísticos de la tumba, y en nuestra primera visita se nos hizo difícil apartarnos de él. Su cara exterior estaba completamente cubierta de yeso; en la superficie preparada había una serie de diseños brillantemente coloreados y pintados con gran exquisitez: escenas de caza en los paneles pintados de la tapa, batallas en los lados, y en las esquinas representaciones del rey con forma de león pisoteando a sus enemigos. Las ilustraciones que podemos ver en los libros dan una idea muy vaga de la delicadeza de las pinturas, que sobrepasa con mucho a todas las demás del mismo estilo que ha producido Egipto hasta la fecha. Ninguna fotografía podría hacerles justicia, porque incluso para el original resulta esencial una lupa si se quieren apreciar debidamente los

detalles menores, como el punteado de la piel de los leones, o la decoración de los jaeces de los caballos.

Hay otra cosa extraordinaria en las escenas pintadas de esa caja. Los motivos son egipcios y el tratamiento también, y sin embargo le dejan a uno en la memoria una impresión de algo extrañamente no egipcio, sin que pueda uno de ninguna manera explicar exactamente dónde está la diferencia. Recuerdan a otras cosas, como por ejemplo a las finísimas miniaturas persas, y queda flotando en el aire la sensación de encontrarse ante un Benozzo Gozzoli, debido, quizá, a los alegres ramilletes de flores que llenan los espacios vacíos. El contenido de la caja era un extraño revoltillo. En la parte superior había un par de sandalias de junco y papiro, y un manto real, completamente cubierto por una decoración de cuentas y cequís de oro. Debajo había otros mantos muy adornados, uno de los cuales había tenido prendidas más de tres mil escarapelas de oro, tres pares de sandalias cortesanas con un elaborado trabajo en oro, un apoyacabezas dorado, y otros objetos variopintos. Esta fue la primera caja que abrimos, y la profusión desordenada de su contenido —por no hablar de cómo los objetos estaban aplastados y amontonados unos sobre otros— provocó en nosotros un considerable desconcierto. La razón se hizo patente más tarde, como ya explicaremos en el siguiente capítulo.

A continuación, omitiendo algunos objetos sin importancia, llegamos a la pared más alejada (la norte) de la cámara. Allí estaba la tentadora puerta sellada y a cada lado de ella, montando guardia en su entrada, se erguían las estatuas de madera del rey. en tamaño natural anteriormente descritas. Eran estas figuras extrañas e imponentes, ya incluso la primera vez que las vimos, pese a que las rodeaban y ocultaban otros objetos; y tal vez y como están ahora en la cámara vacía, con nada delante que desvíe la mirada y con el sepulcro de oro detrás, apenas visible a través de la puerta abierta, presentan un aspecto que resulta casi dolorosamente impresionante. En su origen estaban veladas por chales de lino, y eso debía incrementar aún más el efecto. Veamos otro punto, muy interesante, relativo a esta parte norte. A diferencia de las de las otras paredes de la cámara, estaba cubierta de yeso, y un examen de cerca nos reveló que no era sino una pantalla, un simple muro divisorio.

Volviendo de nuevo a la pared larga (oeste) de la cámara, encontramos todo su espacio ocupado por tres grandes lechos cuyos armazones tenían formas de animales; muebles curiosos que conocíamos por las ilustraciones de las pinturas de las tumbas, pero de los que no habíamos visto nunca ningún ejemplar. En el primero había sendas cabezas de leones, en el segundo de vacas, y en el tercero de un animal compuesto, mitad hipopótamo y mitad cocodrilo. Cada uno de estos lechos constaba de cuatro piezas, para facilitar su traslado; el armazón

central de la cama se ajustaba mediante un gancho y grapa a los lados en forma de animales y las pezuñas de estos últimos se encajaban a su vez en un pedestal abierto. Como suele ocurrir con las camas egipcias, las tres tenían un panel para los pies, pero nada en la cabecera. Encima, debajo y alrededor de estos lechos, apretujados unos contra otros, y en algunos casos apoyados precariamente unos sobre otros, había una miscelánea de objetos pequeños, de los cuales aquí sólo tenemos espacio para mencionar los más importantes.

Descansando en el lecho del norte —el de las cabezas de leones— había una cama de ébano y cuerda trenzada, con un panel de dioses domésticos deliciosamente labrado; y, reposando a su vez sobre este, una colección de bastones elaboradamente decorados, una aljaba llena de flechas y cierto número de arcos compuestos. Uno de estos últimos estaba revestido de oro y decorado con franjas de inscripciones y motivos de animales, cuyo trabajo granulado era de una delicadeza casi inconcebible: una auténtica obra maestra de orfebrería. Otro de ellos, un arco doble compuesto, se terminaba a ambos lados en sendas figuras labradas de cautivos, diseñados de suerte que sus cuellos servían como muesca para la cuerda, con el agradable fin de que cada vez que usara el arco, el rey sintiese que estrangulaba a la pareja de cautivos. Entre la cama y el lecho funerario había cuatro porta antorchas de bronce y oro, absolutamente nuevos en su estilo, uno con la antorcha de lino retorcido aún en posición en la lamparilla de aceite; un jarro de libaciones de alabastro bellamente trabajado; y con la tapa bajada, pero oblicua, un cofre con paneles decorativos de cerámica brillante azul turquesa y oro. Este cofrecillo, como descubrimos después en el laboratorio, contenía cierto número de objetos interesantes y valiosos, entre los que destacaba un manto sacerdotal que era una piel de leopardo, con la cabeza del animal dorada, incrustaciones de cristal de color y adornos consistentes en estrellas de oro y plata en el cuerpo; un enorme escarabajo primorosamente labrado en oro y cristal azul de lapislázuli; una hebilla formada por una lámina de oro, cuya decoración representando escenas de caza, estaba aplicada en gránulos infinitesimales; un cetro de oro macizo y cristal de lapislázuli; collarines y pectorales de cerámica bellamente coloreados; y un puñado de anillos de oro macizo, insertados, la mayoría de ellos dos veces, en un paño largo de lino.

Debajo del lecho, apoyada en el suelo, había un área grande, hecha con una deliciosa combinación de ébano, marfil y madera roja, que contenía varios jarrones pequeños de alabastro y cristal; dos relicarios negros de madera, que guardaban sendas figuras de serpientes, emblemas y estandartes del décimo nomo del Alto Egipto (Afroditópolis); una deliciosa silla, con paneles decorativos de ébano, marfil y oro, demasiado pequeña para ser usada por nadie, salvo un

niño; dos taburetes plegables con incrustaciones de marfil; y una caja de alabastro con ornamentación a base de grabados llenados con pigmento.

Libre, sobre el suelo, delante del lecho, se erguía una caja larga de ébano y madera blanca pintada, con soporte enrejado y tapa de bisagras. Su contenido era una curiosa mezcla. Encima de todo, apelotonadas y embutidas como embalaje, había camisas y varias prendas interiores del rey, mientras que debajo, colocados con más o menos orden en el fondo de la caja, había bastones, arcos y multitud de flechas, cuyas puntas habían sido todas arrancadas para robar su metal. Al ser depositada por vez primera, la caja no contenía probablemente más que bastones, arcos y flechas, incluidos no sólo los de encima de la cama ya descritos, sino también otros varios que habían sido esparcidos por varios lugares de la estancia. Algunos de los bastones tenían una hechura muy notable. Uno se terminaba en una curva, en la que estaban moldeadas las figuras de un par de cautivos, con los brazos atados y los pies entrelazados; uno era africano, y el otro asiático, así que sus caras estaban labradas respectivamente en ébano y marfil; y el rostro del segundo constituye una obra casi dolorosamente realista. En otro de los bastones se había logrado una decoración muy efectista a base de ordenar diminutas escamas iridiscentes de alas de escarabajo, de suerte que formasen un dibujo determinado, y en unos terceros habían aplicado diseños de embarcaciones diversas. Con los bastones había un látigo de marfil y cuatro medidas en codos. A la izquierda del lecho, entre él y el siguiente, había una mesa de tocador y un grupo de preciosas jarras de perfume en alabastro trabajado.

Eso era todo en el primer lecho. El segundo, que era el de las cabezas de vacas, situado justo enfrente según se entraba en la cámara, estaba aún más atestado de objetos. Precariamente apoyada en su parte superior había otra cama de madera, pintada de blanco y, haciendo equilibrios encima de esta, una silla de junco, extraordinariamente moderna en su aspecto y diseño, y un taburete de ébano y madera roja. Debajo de la cama y descansando literalmente sobre el armazón del lecho había entre otras cosas, un taburete ornamental blanco, una curiosa caja redonda de marfil y revestimiento de ébano y un par de *sistra* dorados —instrumentos musicales que suelen asociarse con Hathor, la diosa de la alegría y la danza—.[18] Debajo, el espacio central estaba ocupado por una pila de cajas de madera oviformes que contenían patos embroquetados y una gran variedad de ofrendas alimenticias.

En el suelo, delante del lecho, había dos cajas de madera, una de ellas con un collarín y una almohadilla de anillos colocados sueltos encima de su tapa, y un gran taburete de junco trabajado y otro más pequeño de madera y caña. La mayor de las cajas tenía un contenido interesante y

variado. Una etiqueta, escrita en hierática sobre la tapa, mencionaba diecisiete objetos de azul lapislázuli, y en efecto en el interior había dieciséis jarras de libaciones de cerámica azul, siendo hallada la número diecisiete más adelante en otro lugar de la cámara. Además, tirados descuidadamente dentro de esa misma caja, encontramos varias copas y recipientes de cerámica; un par de bumerangs de electro, con monturas de cerámica azul en los extremos; un bonito cofrecillo de marfil trabajado; un tamiz de vino de calcita; una prenda de vestir, tejida a guisa de tapiz, muy elaborada; y la mayor parte de un pectoral. Este último —tendremos ocasión de describirlo en detalle en el capítulo X— estaba compuesto por varios miles de piezas de oro, cristal y cerámica, y no cabe duda de que cuando haya sido limpiado y sus distintas partes ensambladas será el objeto más impresionante en su género que Egipto haya producido jamás. Entre este lecho y el tercero, inclinada sin ningún cuidado sobre uno de sus lados, había una silla magnífica de madera de cedro, elaborada y delicadamente labrada, y embellecida con oro.

Llegamos ya al tercer lecho, flanqueado por un par de animales extraños y compuestos, con las bocas abiertas, y los dientes y la lengua de marfil. Descansando sobre él, en solitario, había una gran área redonda en la parte superior, con armazón de ébano y los paneles pintados de blanco. Esta área estuvo destinada en un principio a prendas interiores de lino. Y aún contenía unas cuantas —taparrabos, etc.—, la mayoría de ellas dobladas y arrolladas en pulcros paquetitos.[19] Debajo del lecho encontramos otro de los grandes tesoros artísticos de la tumba —quizá el mayor que hayamos sacado de ella hasta ahora—: un trono, revestido de oro de arriba a abajo y ricamente adornado con incrustaciones de cristal, cerámica y piedra. Sus patas, modeladas con la forma de las de un felino, estaban rematadas con cabezas de león, fascinantes en su fuerza y simplicidad. Serpientes magníficas, coronadas y aladas, formaban los brazos, y entre las barras que sostenían el respaldo había seis cobras protectoras, de madera labrada, doradas e incrustadas. No obstante, el esplendor del trono estaba en el panel del respaldo y no vacilo en reclamar para él el título de más bello objeto hallado en Egipto hasta la fecha. Nuestras fotografías, por ser en blanco y negro, no dan sino una idea muy precaria de su belleza.

La escena es uno de los salones del palacio, decorado con pilares rodeados de guirnaldas de flores, frisos de *uraei* (cobras reales) y revestimientos de paneles convencionales «con cavidades». A través de un agujero en el techo el sol proyecta sus rayos protectores y dadores de vida. El rey está sentado en una postura anticonvencional en un trono con cojín, con el brazo pasado descuidadamente por encima del respaldo. Delante de él aparece la juvenil figura de la reina, dando aparentemente los últimos toques a su aseo; en una mano sostiene una

jarrita de perfume o ungüento, y con la otra le unge suavemente el hombro o añade un toque de fragancia a su pectoral. Una simple composición doméstica, ¡pero que imbuida esta de vida y sensación, y con qué sentido del movimiento!

El colorido del panel es extraordinariamente vivo y efectista. Los rostros y demás partes del cuerpo expuestas, tanto del rey como de la reina, son de cristal rojo, y los tocados de la cabeza de cerámica brillante en tonos turquesa. Las vestiduras son de plata, empañadas por el tiempo hasta quedar en una florescencia exquisita. Las coronas, los pectorales, tocados y otros detalles ornamentales del panel están creados a base de incrustaciones de cristal de color y cerámica, cornalina, y una composición hasta ahora desconocida: calcita fibrosa transparente, incrustada con una pasta coloreada de una apariencia similar en todo al cristal *millefiori.* Como fondo, tenemos la lámina de oro que cubría todo el trono. En su estado original, con el oro y la plata nuevos y relucientes, el trono debía constituir una visión deslumbradora, probablemente demasiado para un occidental, acostumbrado a los cielos grises y las tonalidades neutras; ahora, un poco rebajados por el deslustre de la aleación, presenta un espectro de colores extraordinariamente atractivo y armonioso.

Dejando aparte su mérito artístico, el trono es un documento histórico importante, pues las escenas que hay en él son auténticas ilustraciones de las vacilaciones político-religiosas del reinado. En su concepción original —obsérvese los brazos humanos en el disco solar del panel del respaldo— hay signos de la pura adoración a Atón, como se practicaba en Tell el Amarna. Los *cartouches,* no obstante, están curiosamente entremezclados. En algunos de ellos el elemento Atón ha sido borrado y sustituido por la forma Amón, mientras que en otros permanece incólume. Es curioso, por no decir otra cosa, que un objeto con unos signos tan manifiestos de herejía fuera públicamente enterrado en la fortaleza misma de la fe de Amón, y probablemente no deja de tener su significación que en esa parte del trono hubiera restos de una envoltura de lino. Parece como si la reversión de Tut-Ankh-Amón al antiguo credo no fuera completamente un asunto de convicción. Quizá pensara que el trono era una posesión demasiado valiosa para destruirla y lo conservara en los apartamentos más privados de palacio; o también es posible que la alteración en los nombres de Atón bastaran para apaciguar a los sectarios y no fuera necesario guardarlo en secreto.

En el asiento del trono descansaba el taburete para los pies que originariamente estaba delante de él, taburete este de madera dorada y cerámica azul oscuro, con paneles en la parte superior y los lados, en los que había representados cautivos, ligados y postrados. Esa era una convicción muy corriente en Oriente —«hasta que haga de tus enemigos

tu taburete», canta el salmista—, y podemos estar seguros de que en ciertas ocasiones las convenciones se convertían en hechos reales.

Delante del lecho funerario había dos taburetes, uno de madera lisa pintada de blanco, y otro de ébano, marfil y oro, con las patas labradas en forma de cabezas de pato y la parte superior hecha a semejanza de la piel de un leopardo, con manchas y garras de marfil; el más fino ejemplo que conocemos en su estilo. Detrás, descansando contra la pared sur de la cámara, había cierto número de objetos importantes. Primero vimos una caja en forma de capilla con doble puerta, cerrada por pestillos de ébano. Estaba totalmente revestida con una gruesa lámina de oro y encima del oro, en un delicado bajorrelieve, había una serie de paneles pequeños donde estaban representados, en un estilo deliciosamente ingenuo, varios episodios de la vida diaria del rey y la reina. En todas esas escenas la nota dominante es la relación amistosa entre el marido y la esposa, esa amistad sin inhibiciones que caracteriza a la escuela de Tell el Amarna; y no le sorprendería a uno descubrir que también aquí se cambiaron los *cartouches* de Atón por los de Amón. En el interior de la capilla había un pedestal, lo que demuestra que originariamente contenía una estatuilla; pero es más que probable que esta última fuera de oro, constituyendo así, por desgracia, un objeto demasiado conspicuo para que los saqueadores lo pasaran por alto. También había en ella un collar de enormes cuentas, oro, cornalina, feldespato verde y cristal azul, del que había prendido un gran colgante de oro en forma de extraña diosa serpiente; y porciones considerables del pectoral ya mencionado en nuestra descripción de otra caja.

Al lado de la capilla había una gran estatuilla *shawabti* del rey, labrada, dorada y pintada, y un poco más apartada, asomándose por detrás del cuerpo volcado de un carro, una estatua de forma peculiar, acabada bruscamente en codos y cintura. Era de tamaño natural, y su cuerpo estaba pintado de blanco en evidente imitación de una camisa; poca duda puede caber de que representaba un maniquí, al que podían ponerse las vestiduras y posiblemente los pectorales del rey. En ese mismo rincón de la cámara había otra caja de aseo y las piezas esparcidas de un palio o sepulcro dorado. Estas últimas eran de construcción extremadamente ligera, y estaban hechas para encajar fácilmente unas en otras. El palio era con toda probabilidad de viaje, para transportar el tren del rey dondequiera que fuera, y debía montarse al primer aviso como protección contra el sol.

El resto de la pared sur y toda la este, hasta la puerta de entrada, estaban ocupadas por las distintas partes de no menos de cuatro carros. Como muestran las fotografías tomadas por nosotros, estaban amontonados en una confusión terrible, evidentemente porque los saqueadores los habían revuelto y desordenado en un intento de no

perderse las porciones más valiosas de la decoración de oro que los cubría. De todos modos, no era suya toda la responsabilidad. El paso de entrada era demasiado estrecho para admitir el ingreso de carros enteros, así que, para poder entrarlos en la cámara, se habían aserrado los ejes deliberadamente, las ruedas se habían desmontado y apilado, y los cuerpos así desmembrados se habían colocado sueltos.

El reensamblaje y restauración de estos carros supondrá una labor impresionante, pero los resultados serán lo bastante brillantes para justificar cualquier cantidad de tiempo que se les consagre. De arriba a abajo están recubiertos de oro, cada pulgada del cual está decorada, sea con diseños y escenas repujadas sobre el oro, o con dibujos de madera, de cristal de color y piedra. El armazón de madera de los carros está en buenas condiciones y necesita poco tratamiento, pero con los jaeces de los caballos y otras partes de piel la cosa cambia, pues la piel sin curtir se ha estropeado con la humedad, convirtiéndose en una sustancia viscosa negra y desagradable a los ojos. Por suerte estas partes de piel estaban, en casi todos los casos, laminadas en oro, y a partir de ese oro, que se ha conservado bien, esperamos poder reconstruir los jaeces. Entremezclados con las distintas partes de los carros había multitud de pequeños objetos misceláneos, incluidos jarrones de alabastro, más varas y arcos, sandalias de cuentas, cestas y un juego de cuatro matamoscas de tela de crin, con mangos de madera dorada con cabezas de leones.

Ya hemos dado la vuelta completa a la antecámara —a nosotros nos pareció bastante meticulosa—, y sin embargo al repasar nuestras anotaciones nos encontramos con que de los seis o setecientos objetos que contenía sólo hemos mencionado un centenar escaso. Únicamente un catálogo completo, transcrito a partir de nuestras fichas de registro, daría una idea adecuada del alcance del descubrimiento, y en el volumen que nos ocupa eso estaría por supuesto fuera de lugar. Tenemos que contentarnos con una descripción más o menos sumaria de los hallazgos principales, y reservar el estudio detallado de los objetos para publicaciones posteriores. Sería imposible, en cualquier caso, tratar de hacer una relación completa en este momento, porque tenemos por delante meses, y quizá años, de trabajo de reconstrucción, si queremos tratar el material como se merece. Y recordemos también que hasta ahora sólo hemos inspeccionado una cámara. Hay otras interiores que aún están intocadas, y esperamos encontrar entre su contenido tesoros muy superiores a los que describimos en el volumen presente.

Capítulo VIII
TRASLADO DE LOS OBJETOS DE LA ANTECÁMARA

Trasladar los objetos de la antecámara era como jugar a pajitas, pero a lo grande. Estaban tan apelotonados unos sobre otros que era extremadamente difícil mover uno sin correr un grave riesgo de dañar al de abajo, y en algunos casos estaban tan intrincadamente entrelazados que hubo que ingeniarse un elaborado sistema de puntales y soportes para sujetar un objeto o grupo de objetos mientras se sacaba otro. En tales ocasiones la vida era una pesadilla. Tenía uno miedo de moverse y dar una patada a un puntal, echando así abajo todo el montaje. Y en muchos casos, no se podía saber, sin experimentarlo antes, si un objeto en particular estaba lo bastante fuerte para aguantar su propio peso. Algunas de aquellas cosas se hallaban en un estado perfecto, tan fuertes como cuando las hicieron, pero otras estaban en condiciones precarias, y surgía constantemente la duda de si sería mejor aplicar el tratamiento de conservación *in situ* o esperar a poder manipular la pieza con un entorno más adecuado en el laboratorio. Este último procedimiento era el que se adoptaba siempre que resultaba posible, pero había casos en los que el traslado de un objeto sin tratarlo habría significado su destrucción.

Había sandalias, con cuentas formando dibujo, cuyos hilos se habían podrido casi por completo. En el suelo de la cámara parecían mantenerse en perfectas condiciones pero, si tratábamos de coger una se desintegraba al tacto, quedándose uno con un puñado de cuentas sueltas y sin sentido en las manos, como pago a sus desvelos. Este era un caso típico que necesitaba tratamiento *in situ:* un infiernillo de alcohol, cera de parafina, una hora o dos para endurecerse, y la sandalia podía ser trasladada intacta y manejada con absoluta libertad. Los ramos funerarios sufrían un proceso parecido; sin tratamiento, tal y como estaban, habrían dejado de existir, pero sometidos a tres o cuatro rociadas de una solución de celuloide resistían bien el traslado y podían ser luego embalados sin sufrir apenas desperfectos. A veces, sobre todo

con los objetos grandes, nos parecía preferible aplicar un tratamiento local en la tumba, justo el suficiente para garantizar el traslado a salvo hasta el laboratorio, donde luego podríamos adoptar medidas más drásticas. Cada objeto ofrecía su problema particular y, como he dicho antes, había casos en los que sólo la experimentación podía mostrarnos cual había de ser el tratamiento idóneo.

Fue un trabajo lento, dolorosamente lento; y además crispante para los nervios, pues sentía uno todo el tiempo el peso de la responsabilidad. Todo excavador debe sentirlo, si tiene conciencia arqueológica. Las cosas que encuentra no son pertenencias suyas que pueda tratar como mejor le parezca o dejar a un lado si le apetece. Constituyen un legado directo del pasado a la era actual, y él es el intermediario privilegiado a través de cuyas manos nos llegan; de modo que si, por descuido, inercia o ignorancia disminuye la suma de conocimientos que podría haberse obtenido de ellos, se sabe culpable de un crimen arqueológico de primera magnitud. ¡La destrucción de indicios es por desgracia tan fácil, y a la vez tan desesperadamente irreparable! Cansado o apremiado por la falta de tiempo, rehúye uno la limpieza de un objeto engorroso, o la lleva a cabo con poco afán y de un modo mecánico; quizá esté echando por la borda la única oportunidad que le ha sido dada de adquirir un conocimiento determinado.

Demasiadas personas —lamentablemente muchas de ellas se llaman a sí mismas arqueólogos— parecen tener la impresión de que la pieza comprada en la tienda posee el mismo valor que otra hallada en una auténtica excavación, y que hasta que la pieza en cuestión ha sido limpiada, anotada en los libros, marcada con un número de catálogo y colocada en una pulcra urna de museo, no debe constituir en absoluto objeto de estudio. Nunca se cometió un error mayor. El trabajo en el campo es de lo más importante, y es un hecho cierto y seguro que, si todas las excavaciones se hubieran realizado adecuada, sistemática y concienzudamente, nuestros conocimientos en arqueología egipcia serían por lo menos un 50 por 100 superiores a lo que son. Hay innumerables objetos arrinconados en los almacenes de nuestros museos que nos facilitarían valiosa información si pudieran contarnos de dónde provienen, y montones de cajas llenas de fragmentos que unas pocas notas en el momento del hallazgo habrían hecho susceptibles de reconstrucción.

Una vez admitido el peso de la responsabilidad que recae siempre sobre el excavador, no será difícil comprender cómo nos sentíamos en esta ocasión. Habíamos tenido el privilegio de encontrar la colección más importante de antigüedades egipcias que habían visto la luz, y estábamos obligados a demostrar que nos merecíamos la confianza depositada en nosotros. ¡Había tantas cosas que podían arruinarlo todo!

El peligro de robo, por ejemplo, era una ansiedad siempre presente. Toda la zona rebosaba excitación y curiosidad por la tumba; eran frecuentes los relatos extravagantes de todo tipo acerca del oro y las demás joyas que esta contenía; y, como había demostrado la experiencia pasada, era más que posible que se hiciera una seria intentona de allanar la tumba durante la noche. Esta posibilidad de saqueo en gran escala se neutralizaba, dentro de lo humanamente posible, mediante un complicado sistema de vigilancia: había en el Valle, día y noche, tres grupos independientes de centinelas, cada uno de los cuales debía responder ante una autoridad distinta, a saber guardas de Antigüedades del Gobierno, un escuadrón de soldados enviados por el mudir de Kena, y un grupo seleccionado de los miembros más fiables de nuestro personal. Además, contábamos con la pesada reja de madera en la entrada del pasillo, y otra de acero macizo en la puerta interior, ambas aseguradas por cuatro cadenas con candado; y, para que no hubiera errores con estos últimos, las llaves estaban permanentemente a cargo de un único miembro del personal europeo, que no se separaba de ellas ni un momento, ni siquiera para prestárselas a un colega. El robo pequeño o causal se prevenía manejando nosotros mismos todos los objetos.

Otra causa de ansiedad, quizá incluso mayor que la expuesta, era el estado de muchos de los objetos. Resultaba obvio, por la apariencia de algunos de ellos, que su existencia dependía de una manipulación cuidadosa y un tratamiento correcto de conservación, y hubo momentos en los que el corazón se nos subía a la boca. También teníamos otras preocupaciones —por ejemplo, los visitantes, pero ya me referiré a ellos más adelante—, y yo me temía que cuando termináramos con la antecámara nuestros nervios y, como no, nuestro humor, estarían en un estado de absoluta alteración. Pero estoy hablando de terminar antes siquiera de empezar. Tenemos que ponernos en marcha. No ha llegado aún el momento de perder el buen humor.

Obviamente, nuestra necesidad más urgente era la fotografía. Antes de hacer ni mover nada, teníamos que sacar una serie de vistas preliminares, en panorámica, que dejasen constancia del aspecto de la cámara. Para iluminarnos, disponíamos de dos focos eléctricos con soporte transportable de una potencia de tres mil bujías, y con ellos se hizo todo el trabajo fotográfico de la tumba. Naturalmente las exposiciones eran bastante lentas, pero la luz quedaba bellamente uniforme, mucho más que con el *flash* —proceso peligroso en una estancia tan atestada de objetos— o el reflejo del sol, las otras dos alternativas posibles. Por suerte para nosotros, teníamos muy cerca una tumba vacía y sin inscripciones: la reserva secreta de Ekhnatón hallada por Davis. Obtuvimos el permiso del Gobierno para usarla como cuarto

oscuro y Burton se instaló en ella. En algunos aspectos no era lo más adecuado, pero valía la pena soportar ciertos inconvenientes a cambio de tener un cuarto oscuro tan cerca, pues en el caso de exposiciones experimentales Burton podía llegar en una escapada y revelar sin mover la cámara de posición. Además, aquellas carreras periódicas de tumba a tumba debían ser una bendición del cielo para la multitud de visitantes curiosos que montaban guardia a la entrada de la tumba, ya que hubo muchos días durante el invierno en que esa fue su única diversión.

Después de tomar aquellas fotografías preliminares, nuestro siguiente paso consistió en ingeniarnos un método eficiente para registrar el contenido de la cámara, pues más adelante nos sería esencial tener a mano un medio de comprobar el lugar exacto de la tumba de dónde provenía un objeto determinado. Naturalmente, a cada objeto, o grupo de objetos estrechamente relacionados, se le dotaría de un numero de catálogo, que se le aplicaría de forma segura al sacarlo de la estancia; pero eso no bastaba, pues el número no indicaría su posición. Dentro de lo posible, estos números se sucederían por orden, empezando por la puerta de entrada y dando sistemáticamente la vuelta a la cámara; pero era más que seguro que numerosos objetos, ahora escondidos, aparecerían en el transcurso del traslado, y tendrían que ser numerados aparte. Salvamos esa dificultad colocando números impresos en cada uno de los objetos y fotografiándolos por grupos reducidos. Cada número figuraba por lo menos en una de las fotografías, de suerte que, duplicando las copias pudimos colocar en nuestros archivos, junto a las anotaciones de cada objeto, una ilustración que nos revelaba con una mirada rápida su posición relativa en la tumba.

Hasta ahora todo iba bien en lo concerniente al trabajo interior de la tumba. En el exterior teníamos un problema más difícil de resolver: encontrar un sitio adecuado para trabajar y almacenar los objetos a medida que los fuéramos trasladando. Había tres puntos esenciales. En primer lugar, necesitábamos mucho espacio. Habría que desembalar cajas, tomar notas y medidas, restaurar, y hacer experimentos con diversos materiales conservantes; y obviamente todo ello requeriría, además de un espacio normal para el almacenaje, otro con cabida suficiente para la instalación de mesas. En segundo lugar, necesitábamos un lugar que pudiéramos poner a prueba de ladrones, porque, una vez trasladadas las cosas, el laboratorio se convertiría en una fuente de peligro tan grande casi como la tumba misma. Y para terminar, necesitábamos también aislamiento. Esta última necesidad puede parecer menos obvia que las otras, pero preveíamos, y los acontecimientos del invierno vinieron a darnos la razón, que a menos que estuviéramos alejados de la vista y la ronda ordinaria de los visitantes, seríamos tratados como un espectáculo y no podríamos

realizar nuestro trabajo. Resolvimos el problema consiguiendo autorización del Gobierno para ocupar la tumba de Seti II (n.° 15 en el catálogo del Valle). Eso desde luego satisfacía nuestro tercer requisito. Se trata de una tumba que no suele ser visitada por los turistas, y su situación, escondida en un rincón en el extremo del Valle, resultaba idónea para nuestros fines. No había ninguna otra tumba pasada esta, de modo que, sin causar inconveniente a nadie, podíamos cerrar al tráfico ordinario el camino que llevaba a ella, y así garantizar nuestra intimidad.

También tenía otras ventajas. Para empezar, quedaba tan bien protegida por los riscos que en ningún momento del día penetraba en ella el sol, permaneciendo relativamente fresca incluso en la época más calurosa del verano. Además había una cantidad considerable de campo abierto en su parte delantera, que utilizamos más tarde como estudio fotográfico al aire libre y taller de carpintería. Cierto que estábamos algo restringidos en lo relativo al espacio, porque la tumba era tan larga y estrecha que nos veíamos obligados a realizar todo el trabajo en su extremo superior, dejando la parte baja para almacén únicamente; y que tenía también el inconveniente de quedar bastante lejos de nuestro campo de operaciones. No obstante, todo eso eran pequeñeces, comparadas con las decisivas ventajas que ofrecía la tumba. Contábamos con una cantidad razonable de espacio e intimidad; y la seguridad la garantizamos instalando una reja de acero de una tonelada y media de peso, que se cerraba con varios candados.

Existe otro punto relativo al trabajo de laboratorio que el lector debe tener presente. Estábamos a quinientas millas de todas partes, y si nos quedábamos sin materiales de conservación, transcurría un tiempo considerable antes de que recibiésemos una nueva provisión. Las tiendas de El Cairo nos abastecían de casi todo cuanto necesitábamos, pero de algunos productos químicos agotamos todas las reservas antes de que acabase aquel invierno, y había cosas que ya de buen principio sólo podíamos procurarnos en Inglaterra. De modo que se hacían imprescindibles un celo y una previsión constantes para evitar la merma y consiguiente detención de los trabajos.

El 27 de diciembre habíamos concluido los preparativos, y estábamos listos para iniciar el traslado de los objetos propiamente dicho. Trabajábamos de acuerdo con un sistema regular de división de tareas. Burton era el primero, con sus fotografías de los grupos numerados de objetos; le seguían Hall y Hauser con su plano a escala de la cámara y cada objeto dibujado en él en proyección; Callender y yo nos encargábamos acto seguido de la evacuación y anotaciones preliminares, supervisando el traslado posterior de los objetos al laboratorio; y allí los recibían Mace y Lucas, que eran los responsables de anotar los detalles,

restaurarlos y conservarlos.

El primer objeto a trasladar era el cofre de madera pintada. Luego, trabajando de norte a sur y posponiendo así el día maldito en el que tendríamos que abordar la complicada maraña de carros, fuimos desembarazando gradualmente a los grandes lechos de animales de los objetos que los rodeaban. Cada objeto, al sacarlo, era colocado en unas parihuelas de madera acolchadas y atado firmemente con vendas. Se necesitaron multitud de parihuelas pues, para evitar la doble manipulación, en casi todos los casos se dejaron permanentemente con el objeto y no volvían a usarse. De vez en cuando, cuando se había acumulado un número suficiente de piezas —una vez al día, como promedio— se organizaba un convoy y se despachaba todo, bien guardado, al laboratorio. Ese era el momento más esperado por el enjambre de mirones que rodeaba la tumba. Los informadores sacaban sus cuadernos de anotaciones y disparaban sus cámaras *tic, tic, tic,* en todas direcciones; y había que abrirle paso a la procesión. Supongo que se gastaron más películas en el Valle durante el invierno pasado que en ningún otro período de tiempo similar desde que se inventó la fotografía. Una vez, en el laboratorio solicitamos un retazo inservible de envoltura de momia con fines experimentales; nos fue enviado en parihuelas, ¡y fue fotografiado ocho veces antes de llegar a nosotros!

La evacuación y transporte de los objetos pequeños fue relativamente fácil, pero cuando les tocó el turno a los lechos funerarios y los carros, la cosa cambió. Los lechos estaban todos ellos construidos en cuatro piezas: los dos lados en forma de animal, la cama propiamente dicha, y la base, en la que estaban insertadas las pezuñas de ambos animales. Eran evidentemente demasiado grandes para salvar el estrecho paso de la entrada, y por fuerza tenían que haber sido bajados a la tumba por secciones y ensamblados una vez en el interior. A decir verdad, las tiras de oro más nuevo alrededor de las junturas mostraban dónde se había reparado, después de su colocación, el daño sufrido en el trasiego. Era evidente que para sacar los lechos de la tumba no quedaba más remedio que desmembrarlos de nuevo; tarea nada fácil, porque después de tres mil años los ganchos de bronce se habían afianzado en las grapas y no querían moverse. Por fin separamos las piezas casi sin causar ninguna rozadura, pero fueron necesarias cinco personas para hacerlo. Dos sujetaban la parte central del lecho, dos se responsabilizaban del buen estado de los animales, y el quinto, trabajando por debajo, iba aflojando los ganchos, uno tras otro, con una palanca.

Incluso después de desmontados, no sobraba espacio en el pasillo para los animales, que tuvieron que ser transportados con mucha cautela. No obstante, los sacamos sin incidentes y los embalamos en seguida en unas cajas que habíamos dispuesto a la salida de la tumba.

Lo más difícil de mover fueron los carros, que habían quedado considerablemente dañados por el trato al que habían sido sometidos. Ya de buen principio no había sido posible meterlos enteros en la tumba porque eran demasiado anchos para el pasillo de la entrada, así que les habían quitado las ruedas y aserrado los ejes en un extremo. Evidentemente habían sido cambiados de posición y vueltos al revés por los saqueadores, y en el ordenamiento posterior sus partes habían sido hacinadas de cualquier manera, una encima de otra. Los carros egipcios tienen una construcción muy ligera, y los malos tratos que habían sufrido estos hicieron muy difícil su traslado. Había además otra complicación: las distintas partes de los jaeces estaban hechas de piel sin curtir. Esta materia, al quedar expuesta a la humedad, se disuelve en una materia viscosa, y eso era lo que había ocurrido en este caso: la negra masa glutinosa que representaba los arreos se había ido deshaciendo y vertiendo, no sólo encima de otras partes de los carros, sino también en objetos que nada tenían que ver con ellos. De modo que la piel ha fenecido casi por completo, pero por fortuna, como ya he dicho anteriormente tenemos para su reconstrucción la ornamentación de oro que la cubría.

Tardamos en total siete semanas en vaciar la antecámara; y todos volvimos a respirar cuando terminamos el trabajo, sin que por otra parte nos hubiera sucedido ningún desastre. Un susto sí nos llevamos. Durante dos o tres días el cielo se puso muy negro, y parecía que se nos venía encima una de esas tormentas que a veces visitan Tebas. En tales ocasiones la lluvia cae a torrentes, y si la tempestad persiste durante un período un poco largo todo el lecho del Valle se convierte en un remolino de aguas enfurecidas. Ninguna fuerza sobre la tierra podría haber evitado que nuestra tumba se inundara en tales condiciones; pero, por fortuna, aunque debieron caer lluvias torrenciales en la zona, nosotros escapamos con cuatro gotas. Hubo corresponsales que se dejaron llevar por una imaginación desbordada al tratar en sus escritos el tema de la amenaza de tormenta. Como resultado de esta y otras noticias distorsionadas, recibimos un telegrama algo enigmático, enviado sin duda por un celoso estudiante de lo oculto. Rezaba así: «En caso de más complicaciones, viertan leche, vino y miel en el umbral». Por desgracia no teníamos ni vino, ni miel, así que no pudimos seguir las instrucciones. No obstante, a pesar de nuestra negligencia, escapamos a toda complicación. Quizá hicieron el sortilegio por nosotros en algún lugar lejano.

Naturalmente, en el curso del vaciamiento acumulamos evidencia muy completa respecto a las actividades de los saqueadores originales, y este es un lugar tan apropiado como cualquier otro para relatarles a que conclusiones llegamos.

En primer lugar, sabemos por los sellos de la puerta exterior que el pillaje se hizo muy pocos años después del entierro del rey. Sabemos también que los saqueadores profanaron la tumba por lo menos dos veces. Había objetos rotos y esparcidos por el suelo del pasillo y la escalera de entrada, lo cual demuestra que, cuando se hizo la primera intentona, el pasillo que se extiende entre la puerta sellada interior y la exterior estaba vacío. Supongo que existe la posibilidad de que el saqueo preliminar se perpetrara inmediatamente después que las ceremonias funerarias. Más adelante el pasillo fue llenado por entero con piedras y escombros, y las siguientes intentonas se hicieron ya a través de un túnel cavado en la esquina superior izquierda del llenado. En la última intentona los ladrones penetraron en todas las cámaras de la tumba, pero su túnel era estrecho, y es evidente que no pudieron llevarse más que los objetos pequeños.

Demos ahora un repaso a la evidencia interna de los daños que causaron. Para empezar, existía una extraña diferencia entre los estados respectivos de la antecámara y el anexo. En este último, como ya hemos descrito en el capítulo anterior, reinaba una gran confusión y no había una pulgada de suelo vacía. Era obvio que los saqueadores lo habían vuelto todo del revés, y que la cámara estaba exactamente como la habían dejado. El caso de la antecámara era distinto. Existía un cierto grado de confusión, cierto, pero era una confusión ordenada, y de no ser porque el túnel y la reposición de los sellos de las puertas constituyen claros indicios de que hubo saqueo, a primera vista podría imaginarse que este no tuvo nunca lugar, y que la promiscuidad se debe a la desidia oriental en la época del funeral.

Sin embargo, en cuanto iniciamos el traslado se hizo manifiesto que aquel orden relativo se debía a un proceso de colocación precipitada, y que los saqueadores habían estado tan atareados allí como en el anexo. Se encontraron partes de un mismo objeto en distintos lugares de la cámara; algunos objetos que deberían haber estado en sus cajas yacían en el suelo o en los lechos; encima de la tapa de una de las cajas había un collar, ileso pero estrujado; detrás de los carros, en un sitio totalmente inaccesible, estaba la tapa de otra caja, la cual se hallaba junto a la puerta más interior. Saltaba pues a la vista que los saqueadores habían esparcido las cosas tanto allí como en el anexo, y que alguien había venido después y había reordenado la cámara.

Más adelante, cuando desembalamos las cajas, encontramos aún más evidencia circunstancial. Por ejemplo, la caja larga y blanca del extremo norte de la estancia estaba medio llena de bastones, arcos y flechas, y encima de estos, apretadamente amontonadas una sobre otra, había una miscelánea colección de prendas íntimas del rey; pero las puntas de metal de las flechas habían sido arrancadas y sólo se encontraron unas

pocas sueltas en el suelo. También vimos, esparcidos por la cámara, otros bastones y arcos que obviamente pertenecían a la misma caja. En una segunda caja descubrimos cierto número de mantos muy adornados, tirados de cualquier manera en un rebujo y, mezclados con ellos, varios pares de sandalias. Tan apretadamente embutido en la caja estaba su contenido, que la tira metálica de sujeción del dedo de una de las sandalias había traspasado su propia suela de piel y penetrado en la de otra que tenía debajo. Y en una tercera caja había apiñadas joyas y pequeñas estatuillas encima de unos jarros de libaciones de cerámica. Otros recipientes estaban medio vacíos o contenían un puro revoltillo de retazos de tela.

Teníamos además, una prueba segura de que aquella confusión se debía a un reordenamiento apresurado, y nada tenía que ver con la distribución original de las cajas, en el hecho que en las tapas de algunas de estas, había etiquetas en las que figuraba con total claridad cual debería haber sido su contenido, y sólo en un caso esta etiqueta guardaba alguna relación con el contenido actual. En ella se hablaba de «17 (objetos desconocidos) de color lapislázuli». En el interior de la caja había dieciséis jarras de libaciones de cerámica azul oscuro, encontrándose la decimoséptima en el suelo de la cámara, a cierta distancia. En el estudio definitivo del material estas etiquetas tendrán un gran valor. Podremos, en un gran número de casos, seleccionar los objetos de acuerdo con las cajas que los contenían en un principio, y saber así con exactitud qué es lo que falta.

La mejor evidencia de todas nos la proporcionó una prenda de adorno muy elaborada de cerámica, oro e incrustaciones, que comprendía en una sola pieza peto, collar y pectoral. La porción más grande se encontró en la caja que contenía las jarras de cerámica recién mencionadas; el pectoral y casi todo el collar estaban medio ocultos en la capilla pequeña de oro; y había otras piezas aisladas perdidas en varias otras cajas o esparcidas por el suelo. De momento no hay nada que pueda indicarnos a cuál de las cajas pertenecía originariamente, ni si pertenecía a alguna de ellas. Es muy posible que los saqueadores lo trajeran de la cámara interior para verlo a la luz de la antecámara, y que lo hicieran pedazos deliberadamente.

Con los hechos que tenemos a nuestra disposición, podemos reconstruir los acontecimientos en orden. En primer lugar abrieron una brecha en el extremo superior izquierdo de la primera puerta sellada, lo bastante grande para admitir a un hombre, y acto seguido empezaron la excavación del túnel, trabajando en cadena y pasándose de uno a otro las piedras en cestas de tierra. Siete u ocho horas de trabajo bastaron probablemente para llevar a los ladrones a la segunda puerta sellada; un boquete, y ya estaban dentro. Entonces, en la semioscuridad, empezó la

búsqueda desenfrenada del botín. El oro era su presa favorita, pero tenía que ser transportable; y debió enloquecerles verlo refulgir a su alrededor en objetos laminados que no podían mover sin tener tiempo para arrancarlo. Ni tampoco, en la luz tenue en la que trabajaban, podían distinguir siempre lo auténtico de lo falso; más de un objeto que tomaron por oro macizo resultó ser, tras un examen más detenido, de madera dorada, quedando desdeñosamente desechado. Las cajas fueron tratadas de un modo muy drástico. Fueron arrastradas sin excepción al centro de la estancia y desvalijadas, de su contenido, que fue esparcido por el suelo. Quizá no sepamos nunca que piezas valiosas encontraron en ellas y pudieron llevarse, pero su búsqueda tuvo que ser precipitada y superficial, pues pasaron por alto numerosos objetos de oro macizo. Sabemos que se quedaron una pieza muy valiosa. En el interior de la capilla de oro había un pedestal de madera dorada, hecho para una estatuilla, con la impronta de los pies de esta última marcados en él. Dicha estatuilla había desaparecido y poca duda puede cabernos de que era de oro macizo, probablemente muy similar a la estatuilla de oro de Tutmosis III, a imagen de Amón, que se conserva en la colección Carnarvon.

Acto seguido, después de trabajar a fondo en la antecámara, los ladrones desviaron su atención hacia el anexo, y practicaron en su puerta un boquete de tamaño suficiente para permitirles el paso desmontando y desvalijando de su contenido esta estancia con igual celo que lo habían hecho en la anterior.

Sólo entonces, y aparentemente no antes, se dirigieron a la cámara funeraria, y abrieron un agujerito muy pequeño en la puerta sellada que la separaba de la antecámara. A su debido tiempo sabremos cuantos destrozos causaron, pero, para lo que podemos colegir de momento, fueron menores que en las cámaras anteriores. Es más que probable que fueran sorprendidos en esa precisa fase de su empresa, y hay un indicio pequeño pero interesante que parece apoyar esta teoría.

Quizá recuerde el lector que en nuestra descripción de los objetos de la antecámara (capítulo VII), mencionamos que una de las cajas contenía un puñado de anillos de oro macizo prendidos de una tira de tela. Eran justo los objetos idóneos para atraer a un ladrón, pues su valor intrínseco era considerable y al mismo tiempo podía uno llevarlos ocultos. Todo visitante de Egipto recordará que, si en alguna ocasión le dio dinero a un *fulah,*[20] el proceder de este último fue, probablemente, deslizarse una parte de su *kefieh,*[21] poner las monedas en un pliegue, darle a este dos o tres vueltas para afianzar firmemente las monedas, y por fin asegurarlo retorciendo de nuevo la bolsa así creada y formando un nudo. Los anillos habían sido dispuestos de la misma forma: el mismo pliegue suelto de la tela, las mismas vueltas para formar la balsa, y el

mismo nudo. El artífice de tal operación fue sin duda uno de los ladrones. No fue un *kefieh* lo que utilizó —los *fulah* de la época no conocían esta prenda—, sino uno de los echarpes del rey recogidos en la tumba, al que afianzó los anillos de esta guisa para facilitar su traslado. ¿Cómo es entonces que el precioso paquetito de anillos se quedó en la tumba, en vez de desaparecer con los ladrones? Es realmente lo último que se olvidaría un saqueador, e incluso en un caso de alarma repentina, no era tan pesado como para entorpecer su huida, por mucha prisa que tuviera. Es pues casi obligado concluir que los ladrones, o fueron acorralados en la tumba, o alcanzados durante su fuga —cuando menos encontrados con parte de su botín encima—. Si fue así, se explica la presencia de otras piezas de joyería u orfebrería, demasiado valiosas para dejarlas y demasiado grandes para pasarlas por alto.

En cualquier caso, el hecho de que se había cometido un robo llegó a oídos de los funcionarios encargados de la tumba, que entraron en esta para investigar y reparar los daños. Por alguna razón desconocida tenían tanta prisa como los saqueadores, y su trabajo de enmienda quedó convertido en una triste chapuza. El anexo lo omitieron por entero, sin tomarse ni siquiera la molestia de llenar el agujero de la puerta. En la antecámara, los objetos pequeños que cubrían el suelo fueron barridos, amontonados sin celo y embutidos —no existe otra expresión— en las cajas, sin que se intentara seleccionar el material ni guardar los objetos en los recipientes a los que originariamente estaban destinados. Algunas de las cajas fueron atestadas, otras dejadas casi vacías, y en uno de los lechos había depositados dos grandes hatillos de tela, en los cuales se había envuelto una colección miscelánea de piezas. Ni siquiera recogieron todo el material pequeño. Los bastones, los arcos y las flechas estaban esparcidos en grupos por la estancia; sobre la tapa de una caja había tirados un arrugado collar con colgantes y una almohadilla de anillos de cerámica; y en el suelo, una en un lado de la cámara y otra en el otro, había un par de delicadas sandalias de cuentas. Los objetos grandes fueron apretujados sin ningún cuidado contra los muros, o apilados uno sobre otro. Desde luego no dieron muestras de respeto, ni a los objetos ni al rey al que pertenecían; y uno se pregunta por qué, si habían de ordenarlo tan mal, se tomaron la molestia de venir a hacerlo. Digamos algo en su favor. No sisaron nada por su cuenta como podrían haber hecho fácilmente. Podemos estar bastante seguros de ello por los valiosos objetos, pequeños y sencillos de ocultar, que guardaron en las cajas.

Terminada la antecámara —por lo menos hasta donde tenían la intención de terminarla— rellenaron y enyesaron el agujero de la puerta interior, estampando en esta última el sello de la necrópolis real. Luego, volviendo sobre sus pasos, cerraron y sellaron la puerta de la

antecámara, llenaron el túnel de los saqueadores bloqueando el pasillo, y repararon la puerta exterior. Ignoramos que medidas tomaron para evitar que se repitiera el crimen, pero probablemente enterraron la entrada de la tumba para que nadie pudiera verla. Unas mejores condiciones políticas en el país quizá habrían impedido otros intentos inmediatos, pero a la larga sólo la ignorancia de su paradero podría salvar el sepulcro de otros saqueos; y es más que seguro que entre el instante de su cierre y el de nuestro descubrimiento, ninguna mano humana ha tocado los sellos de la puerta.

Capítulo IX
VISITANTES Y LA PRENSA

La arqueología bajo los focos es para la mayoría de nosotros una experiencia nueva y desconcertante. En el pasado realizábamos nuestro trabajo muy felices, con gran interés personal, pero nunca esperando de los demás que fueran sino tibiamente correctos respecto a él. Y ahora, de pronto, nos encontramos con que el mundo se toma por nosotros un interés tan intenso y tan ávido de detalles, que hay que enviar a corresponsales especiales con sueldos importantes para que nos entrevisten, informen de todos nuestros movimientos, y se escondan en las esquinas para sorprender los secretos que podamos tener. Eso es, como ya he dicho, un tanto desconcertante, por no decir embarazoso, y a veces nos preguntamos cómo y por qué ha pasado. Nosotros quizá nos lo preguntemos, pero creo que cualquiera se vería en un aprieto si tuviera que responder con exactitud a esa pregunta. Tengo que suponer que en la época del descubrimiento el público en general se hallaba en un estado de profundo hastío a causa de las continuas noticias de reparaciones, conferencias y mandatos, y ardía en deseos de encontrar otro tema de conversación. La idea de un tesoro escondido suele atraer a la mayoría de las personas. Sea cual fuere la razón, o la combinación de razones, es evidente que, en cuanto se hubo publicado el despacho inicial del *Times,* no hubo fuerza sobre la tierra capaz de ocultarnos a la luz de la publicidad que se proyectó sobre nosotros. Estábamos desvalidos, y teníamos que sacar el mejor partido posible.

El aspecto embarazoso de la cuestión pronto se nos hizo patente de forma que no admitía dudas. Nos llovieron telegramas de todos los rincones del globo. Al cabo de una semana o dos empezaron a seguirles las cartas, un diluvio de correspondencia que ha persistido desde entonces. Apabullante literatura la de buena parte de ella. Después de las cartas de felicitación vinieron las ofertas de ayuda a todos los niveles, desde el de planificación general hasta el de servicio personal; solicitudes de recuerdos —incluso unos pocos granos de arena de la

zona de la tumba serían recibidos con agradecimiento—; fantásticas ofertas de dinero, a cambio de derechos cinematográficos o de desfiles de moda; consejos para la conservación de antigüedades, y el mejor método para apaciguar a los malos espíritus y los aparecidos; recortes de prensa; tratos; comunicados pseudochistosos; severas denuncias de sacrilegio; protestas de consanguinidad (tú debes ser el primo que vivía en Camberwell en 1893, y del que no hemos tenido noticias desde entonces); y así sucesivamente. Estos y otros comunicados fantasiosos de la misma índole se abatían sobre nosotros a un ritmo de diez o quince diarios, y se podría realizar un interesante estudio sicológico de ellos si nos queda tiempo suficiente para dedicarles. ¿Qué habría que pensar, por ejemplo, de una persona que pregunta solemnemente si el descubrimiento de la tumba echará alguna luz sobre las supuestas atrocidades de los belgas en el Congo? Luego vinieron nuestros amigos los corresponsales de prensa, que acudieron al Valle en grandes manadas y consagraron sus dotes sociales —que eran considerables— a disipar todo resto superviviente de soledad y aburrimiento desértico que hubiera podido quedarnos. Desde luego hicieron su trabajo con bastante celo, pues se debían a sí mismos y también a sus periódicos obtener información diaria; pero nosotros en Egipto estuvimos encantados cuando nos enteramos de la decisión de lord Carnarvon de poner toda la cuestión de la publicidad en manos del *Times*.

Otro inconveniente, quizá el más grave, que nos acarreó la fama, fue la fatal atracción que tuvo la tumba para los visitantes. No es que quisiéramos guardar nada en secreto, ni que tuviéramos objeciones contra la presencia de visitantes como tales —a decir verdad, no había nada más agradable que mostrar nuestro trabajo a la gente que sabía apreciarlo—; pero tal como evolucionó la situación se hizo patente que, si no hacíamos nada para desanimarles, nos pasaríamos toda la temporada haciendo exhibiciones y no adelantaríamos los trabajos. Aquel era desde luego un nuevo capítulo en la historia del Valle. Siempre había recibido visitas de turistas, pero hasta entonces estos habían hecho recorridos «industriales», y no fiestas campestres. Armados con guías, habían visitado concienzudamente todas las tumbas que les permitía su tiempo, o su dragomán, habían devorado su almuerzo y se habían ido apresuradamente a otra parte a proseguir su orgía de monumentos.

Aquel invierno tanto las planificaciones de tiempo como las de los dragomanes fueron totalmente ignoradas, y muchos de los monumentos dejados de visitar. La tumba les atraía como un imán. El peregrinaje empezaba a primera hora de la mañana. Los visitantes llegaban en burro, carros de arena y coches de dos caballos, y se acomodaban para pasar el día en el Valle. Alrededor de la parte de arriba del nivel

superior de la tumba había una pared baja, y allí asentaban sus reales y se instalaban, esperando que ocurriera algo. A veces ocurría, pero la mayoría de las veces no; a pesar de eso, su paciencia permanecía imperturbable. Se pasaban allí sentados toda la mañana, leyendo, charlando, tejiendo, y fotografiando la tumba y a sus compañeros, sintiéndose muy satisfechos si al final conseguían ni que fuera avistar algo. Siempre se producía una gran agitación cuando corría la voz de que íbamos a sacar algo de la tumba. Todos tiraban los libros y la labor, y la batería de cámaras era desenfundada para la acción y dirigida hacia el pasillo de entrada. En ocasiones incluso nos alarmaba pensar que la pared podía ceder y que si eso ocurría una multitud de visitantes se precipitaría en la boca de la tumba. Desde arriba debía ser un espectáculo realmente impresionante ver emerger, poco a poco, de la oscuridad a la luz del día, extraños objetos como por ejemplo los grandes animales dorados. Quienes los subíamos estábamos demasiado inquietos por el daño que podían sufrir en el angosto pasillo para pensar en tales cosas, pero un suspiro de asombro preliminar seguido de un rápido susurro de exclamaciones nos indicaban el efecto que producía en los curiosos.

Contra los visitantes casuales que se conformaban con mirar desde arriba no oponíamos ninguna objeción, e, incluso siempre que era posible, sacábamos objetos sin cubrir de la tumba para darles gusto. Quienes de verdad nos trastornaban eran las numerosas personas a las que, por una razón u otra, había que enseñarles la tumba. Esta fue una dificultad que nos sobrevino de un modo tan gradual e insidioso que, durante mucho tiempo, ninguno de nosotros se dio cuenta de sus consecuencias; pero acabó por provocar la detención casi total de los trabajos. Al principio tuvimos, como era natural, las inspecciones formales de los funcionarios competentes de los distintos departamentos. A ellos, lógicamente, les dispensamos una buena acogida. Del mismo modo, siempre nos produjo satisfacción recibir a otros arqueólogos. Tenían derecho a visitar la tumba, y nos encantaba mostrarles todo lo que había que ver. Hasta ahí no había ninguna dificultad, ni la habría nunca. El problema empezó con las cartas de presentación. Las escribían, literalmente por centenares; nuestros amigos —¿quién iba a decir que teníamos tantos?—, los amigos de nuestros amigos, gente que podía jactarse de ser familia nuestra, y gente que no; por razones diplomáticas, ministros o funcionarios de departamentos de El Cairo; y no hablemos de las presentaciones escritas por la misma persona presentada, que o bien exigía directamente su admisión, o bien nos demostraba clara e ingeniosamente lo poco razonable que sería por nuestra parte negársela. Hubo una persona astuta que incluso interceptó al empleado de telégrafos, y trató de hacer de la entrega de un mensaje

una excusa para entrar. El deseo de visitar la tumba se convirtió en una obsesión para los turistas, y en los hoteles de Luxor el cómo y el por qué medios conseguirlo acabó siendo un tema habitual de conversación. Quienes habían visto la tumba presumían de ello abiertamente, y para muchos de los que no la habían visto se convirtió en una cuestión de orgullo personal ingeniarse una forma de lograrlo. A tal extremo llegaron las cosas, que algunas agencias turísticas americanas anunciaban viajes a Egipto sólo para ver la tumba.

Todo eso, como se imaginarán, nos colocó en una posición difícil. Había ciertos visitantes que teníamos que admitir por razones diplomáticas, y otros que no podíamos rechazar sin causar grave ofensa, no sólo a ellos, sino a la tercera persona cuya presentación nos traían. ¿Dónde trazar la línea divisoria? Obviamente había que hacer algo porque, como ya he dicho, todos los trabajos de la tumba se estaban paralizando a pasos agigantados. Por fin resolvimos el problema huyendo. Diez días después de abrir la puerta sellada llenamos la tumba, cerramos y barramos el laboratorio, y desaparecimos durante una semana. Eso marcó un cambio total. Cuando reanudamos nuestro trabajo la tumba quedo irrevocablemente clausurada y convertimos en norma fija la prohibición de visitar el laboratorio.

Pero toda esta cuestión de las visitas a la tumba es bastante delicada. Nos hemos metido en complicaciones por su causa, pues se nos ha acusado de falta de consideración, malos modales, egoísmo, grosería y muchas otras cosas; así que quizá sea conveniente explicar claramente las dificultades que entraña la presencia de visitantes. Son dos. En primer lugar, crea un serio peligro para los objetos, peligro al que nosotros, que somos responsables de ellos, no tenemos ningún derecho a someterlos. ¿Cómo podría ser de otra manera? La tumba es pequeña y está atestada; y antes o después —el año pasado ocurrió más de una vez — un paso en falso o un movimiento precipitado por parte de un visitante provocará daños totalmente irreparables. No es culpa de ese visitante, pues no conoce ni puede conocer la posición ni estado exacto de cada objeto. Es culpa nuestra, por dejarle entrar. Y lo más lamentable del asunto es que cuanto más interesado y emocionado esté, más probabilidades tiene de ser causa de estropicios; se excita, y en su entusiasmo por un objeto es muy fácil que retroceda y pise o golpee otro. E incluso aunque no se provoque un daño directo, el paso de grandes grupos de visitantes levanta polvo, y eso ya de por sí es perjudicial para las piezas delicadas.

Ese es el primer peligro, y el más obvio. El segundo, originado por la pérdida de horas de trabajo por culpa de los visitantes, no es aparente de forma tan inmediata, pero en ciertos aspectos es aún más grave. Esta afirmación le parecerá terriblemente exagerada al visitante individual,

que se preguntará en que puede afectar la media hora que ha consumido a un trabajo de toda una temporada. Absolutamente cierto, en lo conveniente a *su* media hora particular; pero ¿qué me dice de los otros nueve visitantes, o grupos de visitantes, que vienen ese mismo día? Según la estricta aritmética entre él y los demás han ocupado cinco horas de nuestra jornada; y según los hechos, han sido bastantes más, porque en los cortos intervalos entre un visitante y otro es imposible emprender ningún trabajo serio. A todos los efectos y propósitos se ha perdido un día entero. Durante la temporada pasada hubo muchos días en los que tuvimos diez grupos de visitantes, y si hubiéramos cedido a las exigencias de todos ellos, evitando así cualquier posibilidad de ofender a nadie no habría habido un solo día en el que no se hubiese sobrepasado con mucho, esa cifra. En otras palabras, habría habido semanas enteras e ininterrumpidas en las que no habríamos trabajado en absoluto. Tal como funcionaron las cosas el invierno pasado, dedicamos a visitantes una cuarta parte de nuestra temporada. La consecuencia fue que tuvimos que prolongar nuestros trabajos, con tiempo caluroso, un mes más de lo previsto, y el calor en el Valle en pleno mayo no es algo que pueda esperarse con ecuanimidad ni que estimule precisamente a la actividad.

No obstante, había en juego mucho más que nuestros inconvenientes personales: los objetos corrían grave peligro. Las antigüedades delicadas son muy sensibles a cualquier cambio de temperatura, y tienen que ser atendidas con mucho celo. En el caso presente el cambio de la atmósfera cerrada de la antecámara a la temperatura variable del exterior y de ahí al fresco seco de la tumba que utilizábamos como laboratorio era sumamente apreciable, y algunas de las piezas se vieron afectadas por él. Era extremadamente importante que los conservantes se aplicasen en el primer momento posible, y en algunos casos se hizo necesario un tratamiento experimental que había que realizar bajo estrecha vigilancia. El peligro de las constantes interrupciones resulta obvio, así que no necesito extenderme sobre ese punto. ¿Qué pensaría un químico si le pidiéramos que abandonara un experimento delicado para enseñarnos su laboratorio? ¿Cuáles serían los sentimientos de un cirujano si le interrumpiéramos en plena operación? ¿Y los de su paciente? Y por idénticas razones, ¿qué diría —o no diría— un hombre de negocios si tuviera una sucesión de diez grupos de visitantes en una sola mañana, todos ellos con la pretensión de ver sus oficinas?

Pueden estar seguros de que el derecho a la consideración de la arqueología es tan respetable como el de cualquier otra forma de investigación científica, e incluso —¿me atreveré a decirlo?— como el de la sagrada ciencia de hacer dinero. ¿Qué razón hay, sólo porque hacemos nuestro trabajo en zonas poco frecuentadas en vez de en las

populosas ciudades, para tacharnos de groseros cuando nos negamos a ser molestados constantemente? Supongo que la respuesta es que en la opinión de la mayoría la arqueología no es en absoluto un trabajo. La excavación es una especie de diversión para superturistas, que se realiza con el dinero del excavador si es rico, o con el de otro si se consigue convencerle para que lo invierta, y todo lo que hay que hacer es disfrutar de la vida en un magnífico clima invernal y pagar a una serie de nativos para que le encuentren cosas a uno. Básicamente el responsable de esta opinión es el arqueólogo diletante, que rara vez hace ningún trabajo con sus propias manos y casi siempre está ausente cuando se realiza el auténtico descubrimiento. La vida del excavador serio es con frecuencia monótona y, como espero demostrar en el siguiente capítulo, tan dura como la de cualquier otro miembro de la sociedad.

He escrito más de lo que tenía previsto sobre este tema, pero lo cierto es que es muy importante para nosotros.

Por estas y muchas otras razones que podríamos mencionar es de lo más importante estar siempre encima del trabajo; e incluso aunque no se encuentre nada de momento, no le queda a uno mucho tiempo para el ocio. Para empezar, la presencia de toda tumba, toda edificación, e incluso toda pared derruida debe ser anotada; y si tiene uno que vérselas con tumbas tipo pozo, eso puede entrañar un considerable ejercicio gimnástico. Las fosas pueden oscilar entre diez y ciento veinte pies de profundidad, y en una ocasión calculé que en el curso de una sola temporada había trepado, mano sobre mano, media milla de cuerda. Y está la fotografía. Todo objeto, sea cual fuere su valor arqueológico, debe ser fotografiado antes de ser movido, y en numerosos casos hay que hacer una serie de exposiciones para registrar las diferentes etapas del traslado. Muchas de las fotografías así tomadas no serán nunca utilizadas, pero nunca se sabe que puede surgir, y hacer que un negativo aparentemente inútil se convierta en un documento de un valor importantísimo. La fotografía es absolutamente esencial se mire como se mire, y constituye quizá el deber más exigente con el que tiene que enfrentarse un excavador. En un trabajo en concreto he llegado a tomar y revelar hasta cincuenta negativos en un solo día.

Siempre que sea posible, esas actividades concretas dentro de los trabajos —la supervisión y la fotografías— estarán en manos de los expertos correspondientes. De ese modo la persona que asume esa responsabilidad tendrá tiempo para consagrarse a lo que podríamos llamar los aspectos más refinados de la excavación. Podrá jugar con su trabajo, como dijo un hermano de oficio. En cada excavación se presentan constantemente enigmas y problemas, y sólo estando en todo momento en el terreno, examinando estos problemas desde todos los

puntos de vista y escudriñando su enigma desde los prismas más diversos se puede hallar una solución a los mismos. La significación de un complejo de paredes, los indicios de la reconstrucción de un edificio o de los cambios de plano por parte del arquitecto original, la importancia auténtica de un cambio de nivel, allí donde los restos de un período posterior han sido superpuestos a los de uno más temprano, el alcance de alguna peculiaridad en los escombros de la superficie o en la estratificación de un montículo... estas y docenas de otras son preguntas que un excavador tiene que afrontar, y de su habilidad para contestarlas depende que triunfe o fracase como arqueólogo.

Y, claro, si queda libre de las tareas de supervisión y toma de fotografías, podrá consagrar más tiempo y esfuerzo a la organización general de los trabajos, y por ese medio realizar economías considerables tanto de tiempo como de dinero. Se han despilfarrado muchos centenares de libras por falta de sistema, y numerosos excavadores han tenido que quitar de en medio su propia basura porque en un principio no han sabido ejercitar su capacidad de previsión. La cuestión de la distribución del trabajo es una de las que necesitan más atención, pues puede evitarse el desperdicio de muchas horas de faena haciendo que los hombres se muevan cuándo y dónde son necesarios, y no dejando en una sección particular más que los imprescindibles para que las obras avancen con continuidad. El número de asalariados que cada excavador en particular debe contratar dependerá naturalmente de las condiciones del trabajo. Para una empresa grande y más o menos improductiva, como la de desenterrar pirámides, tendrá que buscar a un número casi indefinido. Para tumbas cortadas en la roca saldrá adelante con unos cincuenta; mientras que para tumbas superficiales —un cementerio predinástico, por ejemplo—, diez le mantendrán cómodamente atareado. El número de hombres a emplear dependerá también en gran medida del tipo de emplazamiento y la formación del suelo en el enclave de la excavación.

Dejemos ya los deberes extremos, y la dirección de la excavación propiamente dicha. Hay un montón más de quehaceres a los que atender, y las tardes y horas libres tendrán que ser sacrificadas si no quiere uno que se retrasen los trabajos. Las anotaciones, la planificación de avance y el registro de los objetos tienen que estar siempre al día. Hay que revelar fotografías, realizar planos, y mantener un registro tanto de los negativos como de todo cuanto se plasme en el papel. Habrá objetos rotos que recomponer, otros en estado delicado que tratar, restauraciones que considerar, y cuentas que volver a ensartar. A continuación viene la fotografía en interiores, pues cada objeto individual debe ser fotografiado a escala, y en algunos casos desde varios ángulos distintos. Podría alargarse la lista casi indefinidamente, y

en ella estarían incluidas cierto número de tareas que en principio parecen estar muy poco relacionadas con la arqueología, tales como llevar la contabilidad, curar a los hombres y zanjar sus disputas. Naturalmente los trabajadores tienen un día libre a la semana, quizá el excavador empiece la temporada con la idea de tomarse también una fiesta semanal. Lo más probable es que tenga que abandonar esa idea a la segunda semana, porque encontrará en su día de descanso una oportunidad, demasiado buena para perderla, de ponerse al día con las mil y una pequeñas tareas que se han ido acumulando.

Esa es, a grandes rasgos, la vida del excavador. Hay ciertos detalles de su función, sobre todo los que están relacionados con la toma de anotaciones y los primeros cuidados de conservación de las distintas clases de objetos, en los que le gustaría dilatarse un poco más que en los otros. Probablemente el lector medio estará poco familiarizado con estas cuestiones; pero van a quedar bien ilustradas en nuestra descripción del trabajo de laboratorio de la temporada pasada.

La madera, por ejemplo, rara vez se encuentra en buen estado, y ofrece numerosos problemas. La humedad y la hormiga blanca son sus principales enemigos, y en condiciones desfavorables no quedará de ella más que un montoncito de polvo negro o un caparazón que se desintegrará con sólo tocarlo. En el primer caso, tomar unas anotaciones estableciendo la presencia de madera es lo mejor que puede uno hacer, pero en el segundo generalmente habrá cierta información que entresacar. Desde luego pueden obtenerse medidas; y los restos pintados de una inscripción, que pueden darle a uno el nombre del propietario del objeto, y que una simple ráfaga de viento o el tacto bastarían para borrar, pueden copiarse si se pone uno a ello sin dilación. También habrá casos en los que la estructura o el alma de madera de un objeto se habrá podrido, dejando restos esparcidos de la decoración —marfil, oro, cerámica u otro material— que originariamente cubría su superficie. Mediante la celosa anotación de las exactas posiciones relativas de esa decoración caída, complementada con el subsiguiente reajuste y ensamblaje, con frecuencia se hace posible calcular el tamaño y forma del objeto. Entonces, aplicando la decoración original a un nuevo armazón de madera, se obtendrá, en vez de una colección miscelánea de fragmentos de marfil, oro y cerámica, inútiles a cualquier efecto, un objeto que para todo fin práctico es tan idóneo como nuevo. La conservación de la madera, a no ser que esta se encuentre en su última etapa de descomposición, siempre es posible mediante la aplicación de cera de parafina fundida; así un objeto, que de otro modo se habría hecho pedazos, puede recuperar su solidez y ser transportado sin peligro.

Naturalmente el estado de la madera varía según el enclave y, por

fortuna para nosotros, Luxor es en ese aspecto el más favorable de todo Egipto. Tuvimos problemas con la madera de la tumba que nos ocupa, pero estos surgieron, no por el estado en que la encontramos en un principio, sino por su encogimiento posterior debido al cambio de atmósfera. Eso en objetos de madera lisa no plantea complicaciones graves, pero los egipcios eran muy aficionados a aplicarles a sus muebles una fina capa de yeso, sobre cuya superficie preparada pintaban escenas o adosaban una cobertura consistente en una lámina de oro. Como es natural, al encogerse la madera el yeso empezaba a soltarse y a abombarse, y existía un riesgo considerable de que se perdieran partes importantes de la superficie. Ese problema es difícil de resolver. Resulta de lo más sencillo fijar la pintura o la lámina de oro al yeso, pero ningún conservante corriente es capaz de fijar el yeso a la madera. También en estos casos, como explicaremos más adelante, acabábamos siempre por recurrir a la cera de parafina.

Tenemos con esta tumba una oportunidad como no tuvo nunca ningún arqueólogo, y si queremos sacar de ella todo el partido posible —si fracasamos en este empeño nos ganaremos, justamente, la abominación de las generaciones futuras de arqueólogos— es absolutamente esencial que se nos deje realizar nuestro trabajo sin interferencias de ningún tipo. Y además, nuestros visitantes no suelen ser precisamente fanáticos de la arqueología, ya que ni siquiera sienten por ella un tibio interés. Demasiados entre ellos vienen atraídos por simple curiosidad, o aún peor, por el deseo de visitar la tumba porque está de moda. Quieren poder hablarles de ella a sus amigos de casa, o gallear con turistas menos afortunados que no han podido conseguirse una recomendación para verla. ¿Puede uno imaginarse nada más desquiciante, cuando está uno absorbido en un problema difícil, que tener que dedicar media hora de su precioso tiempo a un visitante que ha tirado de todos los hilos para obtener la admisión, y oírle decir de forma audible cuando sale: «Bueno, después de todo no había gran cosa que ver»? Eso ocurrió el año pasado, y más de una vez.

La temporada que viene, en cualquier caso, los visitantes tendrán muchas menos cosas que ver. Será enteramente imposible entrar en la cámara funeraria, porque cada pulgada de espacio disponible estará ocupada por andamios, y el traslado del sepulcro, sección por sección, será una operación demasiado espinosa para admitir interrupciones. En el laboratorio nos proponemos tratar los objetos uno por uno, embalarlos y despacharlos a medida que vayamos terminando con ellos. Ya hay seis cajas de objetos de la tumba en exposición en el museo de El Cairo, y rogamos encarecidamente a los apasionados de Egipto que se contenten con eso y con lo que pueden ver desde el exterior de la tumba, en vez de poner todo su empeño en entrar en esta última. Las

personas que estén auténticamente interesadas en la arqueología *per se,* serán las primeras en comprender que mi petición no puede ser más razonable. Los demás, diletantes y curiosos, que ven en la tumba un espectáculo y en Tut-Ankh-Amón un simple tema de conversación, no tienen ningún derecho a ser atendidos y no merecen nuestra consideración. Sean cuales fueren nuestros descubrimientos de la próxima temporada, confiamos en que se nos permitirá ocuparnos de ellos de una manera adecuada y digna.

Capítulo X
EL TRABAJO EN EL LABORATORIO

Este capítulo está dedicado a las personas —que hay muchas— que creen que un excavador se pasa el tiempo tomando el sol, contemplando en divertido solaz como los demás trabajan para él, y de otro modo ahuyentando el aburrimiento haciéndose traer de vez en cuando cestos llenos de hermosas antigüedades de las entrañas de la tierra para su inspección. Su vida real es muy distinta y, como sólo hay unos pocos que la conocen en detalle, merece la pena trazar aquí un croquis general antes de adentrarse en la cuestión del trabajo de laboratorio durante la temporada pasada. Además, ayudará a explicar por qué se hizo necesario nuestro esmerado trabajo de laboratorio.

En primer lugar, hay que entender claramente que nunca ocurre eso de que le traigan al excavador cestos llenos de objetos para su inspección: la regla primera y más importante de la excavación es que el arqueólogo tiene que desenterrar o trasladar todas las antigüedades con sus propias manos. Dependen muchas cosas de que así sea. Aparte de la cuestión del daño que puedan causar unos dedos torpes, es esencial ver el objeto *in situ,* para obtener toda la evidencia posible de la posición en la que se encuentra y su relación con los objetos que le rodean. Por ejemplo, existen numerosas probabilidades de que nuestro hallazgo nos dé indicios que nos permitan datarlo. ¿Cuántas piezas hay en los museos con etiquetas que rezan «probablemente Imperio Medio», piezas que, compulsándolas con los objetos junto a los que fueran descubiertas, podrían ser asignadas con gran precisión a la dinastía a la cual pertenecieron, o incluso al reinado de un rey en concreto? También hay que garantizar la evidencia de su disposición, que quizá nos muestre a que uso estaba destinado, o nos proporcione detalles para su reconstrucción definitiva.

Tomemos, por ejemplo, los pequeños fragmentos de pedernal aserrado que se encuentran en enormes cantidades en el emplazamiento de algunas ciudades del Imperio Medio. Podemos imaginarnos su uso, y

con la etiqueta de «hoces de pedernal» constituyen un material de museo nada desdeñable. Supongamos que se encuentra, como me ha ocurrido a mí, una hoz entera yaciendo en la tierra, con la parte de madera en un estado que con sólo tocarla se destruiría toda evidencia de que haya sido nunca una hoz. Quedan dos caminos a seguir. Mediante un manejo cuidadoso y el uso de conservantes puede uno sacar la hoz de la tierra intacta o, si está demasiado destruida para eso, al menos tomar medidas y anotaciones que le permitan reconstruirla. En cualquier caso se salva una pieza de museo, mil veces más valiosa, desde un punto de vista arqueológico, que el puñado de piezas inconexas de pedernal que se habrían obtenido de otro modo. Esta es una simple ilustración de la importancia de la evidencia en ese campo; tendremos otros ejemplos más sorprendentes que darles cuando iniciemos el relato del estudio de las diferentes clases de material.

Otra cuestión, antes de pasar a otra cosa. Anotando la posición exacta de un objeto, o grupo de objetos, a menudo lo que hace uno es registrar una evidencia que le permitirá hallar objetos similares en otro lugar. Los depósitos de fundación vienen aquí muy al caso. En todas las construcciones, la disposición de los depósitos siguió un sistema regular y, después de encontrar uno, es muy fácil dar con los otros.

Así pues, un excavador tiene que ver cada objeto en su posición, tomar abundantes notas antes de moverlo y, de ser necesario, aplicar un tratamiento de conservación *in situ.* Obviamente, en estas condiciones es muy importante que permanezca en estrecho contacto con sus excavaciones. Los viajes de placer y días libres están fuera de lugar. Mientras el trabajo avanza hay que pasarse todo el día en la zona, y estar disponible a cualquier hora del día. Los trabajadores tienen que saber dónde encontrarle en un momento dado y comprender de forma totalmente clara que toda noticia de un nuevo descubrimiento debe serle transmitida sin demora.

En el caso de un descubrimiento importante, probablemente uno sabe ya que ha pasado algo antes de recibir el informe, porque —sobre todo en Egipto— la noticia se habrá extendido de forma casi instantánea, ejerciendo un curioso efecto psicológico en el grupo entero de trabajadores. Estarán trabajando de modo distinto, no necesariamente más duro, pero sí distinto, y además con mucho silencio. Las canciones que se entonan habitualmente habrán cesado. Un descubrimiento más pequeño se notará de antemano, casi siempre, por el comportamiento del hombre que trae el mensaje. No existe nada capaz de inducirle a venir directamente hasta uno y contarle sin más qué se ha encontrado. Tiene que hacer de ello un misterio, cueste lo que cueste, así que le irá dando vueltas a la cuestión con un retraimiento antinatural, anunciando así al mundo entero lo que ha ocurrido exactamente antes de hacerse

más conspicuo y llamarle a uno aparte para susurrarle la noticia. E incluso entonces será difícil sonsacarle más que una información vaga, de tal suerte que hasta llegar al lugar es muy probable que no descubra uno cual ha sido el hallazgo. Eso se debe en gran medida al amor que le tienen los egipcios al misterio por el misterio. El mismo hombre les contará a sus amigos todo lo referente al evento en la primera oportunidad que tenga, pero forma parte del juego fingir que no deben saber nada de él de momento. En parte, también, se debe a la emoción. No es que un tal individuo se tome un interés auténtico por los objetos en sí mismos, sino que ve en ellos una apuesta ventajosa. La mayoría de los excavadores trabajan según el sistema conocido como de *bakshish;*[22] es decir, que les pagamos recompensas a nuestros trabajadores, muy por encima de sus salarios, para cualquier cosa que encuentren. No es un método ideal, pero tiene dos ventajas: ayuda a garantizar la indemnidad de los objetos, sobre todo de los pequeños y fáciles de ocultar, que pueden serle a uno muy valiosos para establecer fechas; y hace que los hombres pongan más ahínco en el trabajo y más cuidado en el modo de ejecutarlo, ya que la recompensa se da más para el manejo esmerado que por el valor del objeto.

El estado de las telas varía. En algunos casos un paño es tan resistente que se diría que nos ha llegado directamente del telar, pero en otros la humedad lo ha reducido casi a la consistencia del hollín. En la tumba que nos ocupa la dificultad de manipular las telas aumentó considerablemente, debido tanto a los malos tratos a que habían sido sometidas como al hecho de que había muchas prendas que estaban cubiertas por una decoración a base de escarapelas de oro y cuentas entretejidas.

El entretejido de cuentas ya es por sí sólo un problema complicado, que quizá ponga a prueba la paciencia de un excavador más que ningún otro material con el que tenga que trabajar. ¡Hay tanto! Los egipcios eran apasionadamente aficionados a las cuentas, y no es en absoluto excepcional encontrar en una sola momia un equipo funerario consistente en cierto número de collares, dos o tres collarines, un cinto o dos y una serie completa de brazaletes de muñecas y tobillos. En la ejecución de todo ello se emplearon indefectiblemente millares de cuentas. En eso radica la prueba de la paciencia a la que antes aludíamos, porque en la recuperación y restauración de ese entretejido de cuentas cada una de las piezas tendrá que ser manipulada por lo menos dos veces. Sera necesario un trabajo muy meticuloso para reproducir la disposición original de las cuentas. Los hilos que las mantenían juntas se habrán podrido por completo, pero no obstante permanecerán en su mayor parte en su posición relativa correcta, y mediante un cuidadoso desempolvamiento —siempre soplando— quizá

sea posible reseguir en toda su longitud al collar o abalorio y asegurar el orden exacto de todas las cuentas. Estas últimas pueden volver a pasarse *in situ,* a medida que se vaya separando cada sección —en un cinto de varias sartas tuve en una ocasión doce agujas e hilos trabajando simultáneamente—, o, mejor aún, ser transferidas una por una a una superficie de cartón en la que se haya extendido previamente una fina capa de plasticina. Ese método tiene la ventaja de que los huecos en la longitud requerida pueden respetarse para las cuentas que falten o estén colocadas en un lugar dudoso.

En los objetos muy elaborados en los cuales no es posible pasar las cuentas tal como han sido encontradas, hay que tomar anotaciones y hacer más adelante el ensartado, no por orden exacto, cuenta a cuenta, sino de acuerdo con el modelo y diseño originales. Ese ensartado será una tarea tediosa, en la que probablemente hay que realizar un trabajo experimental exhaustivo antes de hallar el método correcto para resolver el problema. En un collarín, por ejemplo, quizá sea imprescindible tener tres hilos de ensartado independientes para cada cuenta, si se quiere que las tiras descansen en su sitio sin forzarlas. También, en ocasiones, habrá que restaurar las partes que falten o se hayan roto, si lo que se tiene que efectuar es una reconstrucción. Una vez encontré un conjunto de brazaletes de muñeca y tobillo en las que las sartas de cuentas estaban separadas por barritas perforadas de madera con revestimiento de oro. La madera de estas separaciones se había desintegrado por completo, quedando sólo el caparazón de oro; así que corté piezas de madera nuevas de la forma adecuada, quemé agujeros de perforación con una aguja al rojo vivo y cubrí las nuevas barritas con el oro original. Las restauraciones de este tipo, basadas en evidencias auténticas, son perfectamente lícitas, y vale la pena tomarse la molestia de realizarlas. De ese modo uno le proporciona a su museo, en lugar de una bandeja llena de cuentas sin sentido, o, peor aún, una reconstrucción arbitraria y caprichosa, un objeto, atractivo por sí mismo y con un valor arqueológico importante.

El papiro es con frecuencia difícil de manejar, y en su tratamiento se han cometido muchos más crímenes que en ninguna otra rama de la arqueología. Si está en condiciones bastante aprovechables deben envolverse unas pocas horas en un paño húmedo, para que luego se desarrolle fácilmente debajo del cristal. Los rollos que estén quebradizos o rotos, en tal proporción que hayan de deshacerse en diversos pedacitos durante el proceso de su desenvolvimiento, no deberían ser nunca abordados a no ser que se tenga mucho tiempo y espacio. Mediante un trabajo cuidadoso y sistemático podremos garantizar el espaciamiento correcto de casi todos los fragmentos, mientras que una distribución inconexa, llevada a cabo en los intervalos de otras tareas, y quizá por

manos distintas, nunca nos permitirá alcanzar un resultado satisfactorio y puede culminar en la destrucción de evidencias muy valiosas. Si, por ejemplo, el papiro de Turín, hubiese recibido un tratamiento adecuado cuando fue encontrado, ¡qué caudal de información nos habría proporcionado, y cuántas amarguras nos habríamos ahorrado!

La piedra, por regla general, presenta pocas dificultades en ese campo. La de tipo calizo contiene sal, que hay que quitar con humedad; pero ese es un problema que puede abordarse más tarde en el museo y nosotros no necesitamos detenernos en él. Del mismo modo la cerámica, loza y los objetos metálicos pueden dejarse para su tratamiento posterior. Aquí sólo nos ocupa el trabajo que tiene que llevarse a cabo *in situ*. En cada etapa del trabajo preliminar hay que tomar notas detalladas y abundantes. Es difícil tomar demasiadas, porque el hecho de que algo parezca a uno perfectamente claro de momento, no significa ni mucho menos siga pareciéndolo cuando llegue la hora de trabajar con el material. Tratándose de una tumba, hay que tomar todas las anotaciones posibles mientras todo esté aún en su sitio. Cuando se inicie el traslado, conviene tener a mano ficha y lápiz, y tomar nota, en el instante mismo, de todo nuevo signo de evidencia que se presente. Con mucha frecuencia está uno tentado de posponer esa tarea hasta haber finalizado la que le tiene ocupado en ese momento, pero eso es peligroso. Siempre surge alguna interferencia, y resulta más que probable que esa anotación no llegue a tomarse nunca.

Trasladémonos ahora al laboratorio, y llevemos a la práctica algunas de las teorías que hemos estado elaborando. Se recordará que se nos había asignado la tumba de Seti II (número 15 en el catálogo de tumbas de Willkinson); así que allí nos instalamos, con nuestras fichas de anotaciones y nuestro material de conservación. La tumba era larga y estrecha, de modo que sólo podía utilizarse el primer compartimento para los trabajos prácticos, quedando la parte inferior, más oscura, para almacén. Los objetos iban siendo depositados, a medida que los traían, en la sección media, montados en sus parihuelas y cubiertos hasta que los necesitáramos. Uno a uno, por turnos, era llevados al compartimiento de trabajo para su examen. Allí, después de quitar el polvo de su superficie, se apuntaban en las fichas de registro sus medidas, se incluían especificaciones arqueológicas y copias de las inscripciones. Luego se procedía a la recomposición y el tratamiento de conservación, tras lo cual la pieza era sacada al exterior, justo al lado de la entrada, para tomarle fotografías a escala. Por fin, después de pasar por todas estas fases, el material iba siendo almacenado en las cavidades interiores de la tumba en espera del embalaje definitivo.

En la mayoría de los casos no se intentaba llevar a cabo ningún tratamiento definitivo; era manifiestamente imposible, porque se

necesitan meses, y quizá años, de trabajo de reconstrucción, si se quiere sacar pleno provecho de todo lo hallado. Lo único que podíamos hacer allí era aplicar un tratamiento preliminar, suficiente en cualquier caso para permitir al objeto soportar un viaje sin peligro. Las restauraciones definitivas deberán realizarse en el museo, y se requerirá para ello un laboratorio mucho mejor equipado y un personal más amplio de asistentes experimentados que los que podemos aspirar a tener nunca en el Valle.

A medida que la temporada iba avanzando y el laboratorio se iba atestando de objetos, cada vez se hacía más difícil controlar bien el trabajo, y sólo gracias a nuestra celosa atención al detalle y estricta adherencia a un orden de proceder muy concreto, logramos mantenemos al margen de toda complicación. Cuando traían el objeto se anotaba su número de registro en un libro destinado a tal efecto, en el cual se daba también cuenta de las etapas sucesivas de su tratamiento. A cada uno de los objetos primarios se le había asignado su propio número de registro en la tumba, pero para trabajar con ellos en el laboratorio se hizo necesario un elaborado sistema de subnumeración. Por ejemplo, una caja podía contener cincuenta objetos, cada uno de los cuales tenía que ser claramente identificable en cualquier momento; así que los distinguíamos mediante letras de alfabeto, o, si era necesario, mediante una combinación de estas. Había que poner un cuidado riguroso y constante en impedir que los objetos pequeños fueran separados de sus rótulos de identificación, especialmente en los casos en los que se hacía imprescindible un tratamiento dilatado. Ocurría con bastante frecuencia que las partes componentes de un objeto, esparcidas por la tumba, fueran registradas con dos o más números, y en ese caso se hacía necesario incluir referencias cruzadas en las anotaciones. Las fichas, una vez completadas, eran archivadas en armarios especiales, y al terminar la temporada teníamos en estos últimos un historial completo de cada uno de los objetos de la tumba, que comprendía:

Medidas, dibujos a escala, o notas arqueológicas.

Notas acerca de las inscripciones, escritas por el doctor Alan Gardiner.

Notas del señor Lucas acerca del tratamiento de conservación utilizado.

Una fotografía mostrando la posición del objeto en la tumba.

Una fotografia, o serie de fotografías, a escala, del objeto mismo.

En los casos de las cajas, una serie de tomas que mostraban las diferentes etapas de su vaciamiento.

Ese era nuestro sistema de trabajo. Volvamos ahora nuestra atención hacia el tratamiento individual de un numero seleccionado de antigüedades. Lo primero que necesitó tratamiento en el laboratorio fue

el precioso cofre pintado ya mencionado (número 21 de nuestro registro) y, aunque hubiéramos registrado toda la tumba de arriba a abajo, se nos habría puesto difícil encontrar otro objeto que presentase un mayor número de problemas. Por esa razón merece la pena hacer una descripción detallada de su tratamiento. Nuestro primer cuidado fue para el cofre mismo, que estaba protegido por una capa de yeso cubierta de extremo a extremo con escenas brillantemente pintadas. A excepción de las junturas, donde se había dado un poco a causa del encogimiento general, la madera estaba en perfectas condiciones; el yeso se había desportillado un poco en las esquinas y resquebrajado, pero se hallaba en un estado razonablemente firme; y la pintura, aunque un poco descolorida en algunos lugares, estaba perfectamente delineada y no tenía señales de rozaduras. Parecía que apenas tendríamos que aplicar tratamiento. Se quitó el polvo de la superficie, se redujo la decoloración de las superficies pintadas con bencina, y se roció todo el exterior del cofre con una solución de celuloide en amilocetato para fijar el yeso a la madera, prestando una atención especial a las zonas tiernas de las resquebrajaduras. De momento nos dio la impresión de que el cofre no precisaba más cuidados; pero aquella era nuestra primera experiencia con la combinación de yeso y madera de la tumba, y pronto habíamos de salir de nuestro error. Tres o cuatro semanas después advertimos que las resquebrajaduras cerradas se estaban ensanchando, y que el yeso tenía en otros lugares tendencia a abultarse. Quedaba bastante claro qué era lo que estaba ocurriendo. Debido al cambio de temperatura entre la atmósfera cerrada y húmeda de la tumba y la ventilación seca del laboratorio, la madera había empezado a encogerse de nuevo, y el yeso, incapaz de adaptarse a ella, se estaba soltando por completo. La situación era grave, pues corríamos el riesgo de perder porciones importantes de la superficie pintada. Era imprescindible adoptar medidas drásticas, y después de mucho discutir decidimos utilizar cera de parafina fundida. Se necesitaba mucho valor para dar aquel paso, pero quedamos ampliamente justificados por el resultado, pues la cera penetró en los materiales y lo mantuvo todo firme; y además, lejos de afectar a los colores como habíamos temido, pareció dejarlos más brillantes que antes. Más adelante, utilizamos este mismo proceso en otros varios objetos de madera y yeso, encontrándolo tremendamente satisfactorio. Resultaba esencial calentar la superficie, y poner la cera lo más próxima posible al punto de hervor; de otro modo se enfriaba y se negaba a penetrar. A falta de un horno, encontramos el sol egipcio lo bastante ardiente para nuestro propósito. La cera sobrante la quitábamos aplicándole calor, o utilizando bencina. Además, este proceso tiene otra ventaja: las ampollas del yeso pueden ser presionadas hasta reducirlas al estado inicial, siempre que esté la cera aún tibia; y la superficie se

mantendrá firme después. En casos muy extremos puede hacerse necesario llenar la burbuja desde detrás, mediante cera caliente aplicada con una pipeta.

Eso es todo en lo concerniente al exterior del cofre. Levantemos ahora su tapa y veamos que nos reserva la parte de dentro. Es un momento emocionante, pues hay cosas bonitas por doquier y, gracias al apresurado reordenamiento llevado a cabo por los funcionarios, no hay nada que le advierta a uno de antemano cual puede ser el contenido de cada caja en particular. En este caso en concreto el lector sólo podría seguir las etapas sucesivas del vaciamiento consultando las diferentes fotografías que fuimos tomando; pero se hará una idea aproximada de las dificultades que tuvimos para el manejo del material si le explico que necesité tres semanas de arduo trabajo para llegar al fondo del cofre en cuestión. La primera fotografía fue tomada inmediatamente después de levantar la tapa, y antes de tocar nada. A la derecha había un par de sandalias de junco y papiro, en perfecto estado; asomándose por debajo de ellas, un apoyacabezas dorado y, aún más abajo, una masa confusa de tela, piel y oro, que aún no podíamos distinguir. A la izquierda, arrugado en un fardo, había un magnífico manto real, y en su extremo superior cuentas de resina oscura toscamente formadas. El manto dio pie a un primer problema, que iba a repetirse constantemente: ¿cuál era la mejor forma de tratar las telas, que se desintegraban al tacto, y sin embargo estaban cubiertas por una ornamentación elaborada y rica? En este caso en particular toda la superficie del manto estaba cubierta por una red de cuentas de cerámica, con cequís de oro llenando los cuadrados alternativos de dicha red. Originariamente las cuentas y los cequís fueron cosidos a la tela, pero ahora estaban sueltos. Un gran número de ellos estaban tirados en desorden, evidentemente porque al liberarse la tensión en el momento de partirse el hilo habían salido disparados. En el ribete del manto —estaba debajo y no se veía en la fotografía— había tiras de pequeñas cuentas de cristal de diversos colores, montadas según diseños concretos. La capa superior de tela engañaba mucho en su apariencia. Parecía bastante sólida, pero si trataba uno de levantarla, se le desintegraba en las manos. La parte inferior, por haber estado en contacto con otros objetos, se hallaba en un estado mucho más precario.

La cuestión de la tela y su tratamiento resultaba enormemente complicada en la tumba que nos ocupa, debido a los malos tratos que le habían infligido. Si la hubieran extendido plana, o doblado con pulcritud, habría sido de lo más fácil manejarla. A decir verdad, nuestro trabajo habría resultado más sencillo de haber permanecido el manto tirado en el suelo, tal como lo dejaron los saqueadores. No podía haber nada peor para nuestro propósito que la manipulación a la que había

sido sometido en el proceso de reordenamiento, durante el cual diversas prendas habían sido arrugadas, dobladas sin tiento, embutidas y apretujadas profusamente en las cajas con una mescolanza de otros objetos, en algunos casos incongruentes.

En el caso de este manto habría sido de lo más simple solidificar por completo su capa superior y sacarlo de una sola pieza, pero este era un proceso al que había que oponer serias objeciones. En primer lugar, entrañaba cierto riesgo para lo que pudiera haber en las capas inferiores pues en el vaciamiento de las cajas teníamos que estar siempre en guardia para, con el entusiasmo de tratar o trasladar un objeto, no causar ningún daño a otros aún más valiosos que yacían ocultos debajo de él. Además, si hacíamos sólida la parte superior del manto, reduciríamos seriamente nuestras oportunidades de extraer evidencia en lo concerniente al tamaño y la forma, por no hablar de los detalles de la ornamentación. Para manipular todas aquellas vestiduras no nos quedaban más que dos alternativas. Algo había que sacrificar, y teníamos que decidir si sería el paño o la decoración. Habría sido posible, mediante el uso de conservantes, salvaguardar grandes piezas de tela, pero en ese proceso, habríamos desmantelado y dañado inevitablemente los adornos de cuentas. Por otra parte, sacrificando la tela, seleccionándola y sacándola pieza por pieza, podríamos recuperar, en conjunto, todo el diseño de la ornamentación. Ese fue el plan que adoptamos con más frecuencia. Más adelante, en el museo, será posible confeccionar una nueva prenda de tamaño y patrón exactos, a la que se aplicaran los adornos originales —cuentas, cequís de oro, o lo que quiera que sea—. Las restauraciones de este tipo resultarán mucho más útiles, y poseerán un valor arqueológico muy superior al de unas pocas piezas irregularmente formadas de tela conservada por un lado y una colección de cuentas y cequís sueltos por otro.

El tamaño del manto de este cofre puede calcularse con bastante exactitud a partir de la ornamentación. En el ribete inferior había una tira compuesta por cuentecitas pequeñas dispuestas según un diseño concreto, del que podíamos reproducir todos los detalles. De la tira colgaban, a intervalos iguales, una serie de ensartes de cuentas con un gran colgante al final de cada uno. Podemos averiguar la circunferencia del ribete multiplicando el espacio existente entre los ensartes por el número de colgantes, lo cual nos dará la anchura del manto. Luego podemos calcular el área total de la decoración a partir del número de cequís de oro empleado y, si dividimos el área total por la circunferencia de la base que ya conocemos, llegaremos a una aproximación bastante ajustada de la altura. Eso presupone naturalmente que nuestro manto tiene la misma anchura en todas sus partes, método egipcio de cortar que ha sido corroborado por cierto número de piezas sin decoración

cuyas medidas exactas pudimos tomar.

Ha sido una digresión larga, pero necesaria para dejar bien patente la naturaleza del problema con el que nos enfrentábamos. Volvamos ahora con el cofre, y empecemos a explorar de verdad su contenido. Primero sacamos las sandalias de junco, que se hallaban en un estado muy firme y no ofrecieron dificultades. Luego le tocó el turno al apoyacabezas dorado y, después, levantamos cuidadosamente el manto. Conseguimos sacar entera una buena porción de su superficie superior con la ayuda de una solución de celuloide, y conservamos en cera pequeños fragmentos de la ornamentación de cuentas de la tira inferior, para consultas futuras. Así quedó a la vista lo que podríamos llamar la segunda capa del contenido del cofre. En ella, para empezar, había tres pares de sandalias o, para ser más exactos, dos pares de sandalias y un par de zapatillas sueltas. Eran de piel, y estaban profusamente adornadas con oro trabajado en una hechura preciosa. Por desgracia, su estado dejaba mucho que desear. Las había dañado ya de buen principio el permanecer guardadas, pero lo peor era que la piel se había fundido en parte y se había derramado, pegando las sandalias entre sí y a otros objetos y convirtiendo su extracción de la caja en una tarea de extrema dificultad. Tanta era la porción de piel que se había perdido que su restauración constituirá un serio problema. Protegimos la ornamentación de oro que aún quedaba en su sitio con una solución de bálsamo de Canadá, y en general reforzamos las piezas cuanto pudimos; pero al final quizá será mejor hacer unas sandalias nuevas y aplicarles la vieja decoración.

Debajo de las sandalias había una masa de tela podrida, en gran parte de igual consistencia que el hollín, toda ella profusamente salpicada de adornos en forma de escarapelas y cequís de oro y plata. Es triste tener que confesarlo, pero todo esto representaba un buen número de mantos reales, imagínese lo complicado que fue sacar algo claro de aquel rebujo; suerte que nos ayudaron, hasta cierto punto, las diferencias de tamaños y formas de los cequís. Había por lo menos siete prendas distintas. Una era una capa de tela imitando a la piel de un leopardo, con la cabeza dorada y las manchas y las garras de plata; otras dos eran tocados, cuya hechura recordaba a sendos halcones con las alas extendidas. Entremezclados con las prendas había cierto número de objetos diversos: dos collarines de cerámica con cuentas y colgantes, dos boinas o bolsas también de cuentas pequeñas que casi se habían desintegrado, un marbete de madera que tenía inscrito en hierática «Sandalias de papiro (?) de Su Majestad», un guante de lino liso, una manopla de arquero, un tapiz tejido con hilos de colores, un collar doble de grandes cuentas planas de cerámica y cierto número de cinturones y echarpes de lino. Debajo de las prendas había una capa de rollos y atados de tela, algunos taparrabos y otras vendas; y aún más abajo,

descansando en el fondo de la caja, había dos tableros, perforados en un extremo como para ser colgados, cuyo uso aún no ha sido esclarecido.

Con muy pocas excepciones —las sandalias de junco vienen aquí muy a propósito— las prendas que contenía el área eran de niño. Nuestra primera idea fue que quizá el rey había guardado y conservado sus vestiduras infantiles; pero posteriormente encontramos, en uno de los cinturones y en los cequís de uno de los mantos, la insignia real en su *cartouche* correspondiente. De modo que tenía que haberse puesto todo aquello después de convertirse en rey, de lo que parecía derivarse que era muy joven al subir al trono. Otro indicio interesante en relación con este tema nos viene dado por una etiqueta que hay en la tapa de otra caja, y que reza así: «Cierre lateral(??) del Rey muchacho». Esa cuestión suscita un interesante enigma histórico, y estamos ansiosos por ver, cuando llegue el momento, la evidencia de edad que pueda facilitarnos la momia. Desde luego, siempre que aparece en el mobiliario de la tumba, el rey está representado como poco más que un adolescente.

Toquemos ahora otra cuestión concerniente a las prendas encontradas en esta y otras cajas. Muchas de ellas están adornadas con diseños confeccionados a base de hilos de lino de color. Algunas constituyen ejemplos de entramado tipo tapicería, similar al de los fragmentos encontrados en la tumba de Tutmosis IV,[23] pero también hay casos indudables de costura aplicada. El material de esta tumba será de una extrema importancia para la historia de las artes textiles, y exige un estudio muy meticuloso.

No tenemos espacio aquí para describir el vaciamiento de las otras cajas, pero todas ellas estaban en el mismo estado de confusión, y en todas había la misma mescolanza extraña de objetos incongruentes. Muchas de ellas contenían entre cincuenta y sesenta piezas individuales, cada una de las cuales requería su propia ficha de registro, y nunca faltó la emoción en su desembalaje, porque nunca sabíamos cuando podíamos dar con un magnífico escarabajo de oro, una estatuilla o una joya bonita. Naturalmente era un trabajo lento, porque había que pasarse horas tratando de discernir, con cepillo y fuelle, el orden y disposición exactos de un pectoral, un collar o un adorno de oro, cubiertos como estaban por regla general con el polvo de las telas podridas. Los pectorales eran causa frecuente de complicaciones. Encontramos ocho en total, del estilo Tell el Amarna, a base de hojas y flores, y se necesitaban mucha atención y paciencia para reproducir la ordenación exacta de los diferentes tipos de colgantes. Uno de ellos, para fotografiarlo, lo colocamos sin engarzarlo en una placa de cristal. Todavía queda por delante un largo tratamiento para devolverles sus colores originales, y habrá que realizar buen número de restauraciones de las partes rotas o ausentes antes de que estén a punto para

ensartarlos definitivamente. En un caso tuvimos suerte, porque hallamos extendido en el fondo de una caja un elaborado collar de tres vueltas, con un peto dorado en un extremo y un colgante representando un escarabajo en el otro; no tuvimos más que sacarlo cuenta por cuenta y pasarlo de nuevo, sobre la marcha, en su orden original exacto.

El trabajo de reconstrucción más elaborado que tuvimos que hacer fue el del pectoral al que ya hemos aludido más de una vez. Fue una tarea muy complicada, pues la pieza constaba de cuatro partes: el corselete o gran pectoral, con incrustaciones en oro y cornalina, y un borde de tiras reforzadas de oro con incrustaciones de colores, un collar con cuentas convencionales de imitación, en oro, cornalina y cerámica azul y verde; y dos magníficos petos de oro calado con incrustaciones de color, uno para el pecho propiamente dicho, y el otro para colgar detrás como contrapeso. Los pectorales de este tipo están representados con bastante frecuencia en los monumentos, y resulta evidente que se utilizaban mucho, pero hasta ahora no habíamos tenido la buena fortuna de encontrar un ejemplar completo. Por desgracia, sus distintas partes habían sido tristemente esparcidas, y hubo puntos de su reconstrucción sobre los que no pudimos estar del todo seguros. La mayoría de sus componentes fueron hallados en la caja 54 pero, como ya hemos indicado en el capítulo VII, había también algunos fragmentos en la pequeña capilla de oro y en las cajas 101 y 115, además de las piezas sueltas que hallamos tiradas y diseminadas en el suelo de la antecámara, pasillo y escalera. Fue interesante ir siguiendo el hilo de cómo estaban encajadas unas con otras, y por fin realizar una reconstrucción de prueba.

Es posible ver en algunas de nuestras fotografías preliminares cómo estaba el pectoral al encontrarlo en la caja 54, descansando sobre unas jarras de libaciones de cerámica. Eso nos reveló el diseño y la disposición generales con sus tiras superior e inferior de láminas de oro con incrustaciones, y también nos permitió averiguar su altura exacta en dos o tres lugares distintos y el hecho de que esa altura no era la misma en todo su trazado. Además nos mostró que la hilera superior del collar estaba unida a las tiras reforzadas de láminas de oro, y las barras de oro encajaban en los hombros con la parte superior de esas tiras reforzadas. El orden exacto del collar pudimos recuperarlo a partir de las partes encontradas en la capilla de oro. Los petos también estaban en la capilla, al lado de las secciones del collar, y la curva en sus extremos superiores demostraba que iban encajados en el collar: había otras barras de oro además de las de los hombros, y los agujeros perforados para hilo que había en ellas, que se correspondían exactamente con los agujeros de las escamas, evidenciaban que habían pertenecido al pectoral. Estas barras, así como las de los hombros, se juntan entre sí mediante prendedores

deslizantes, con vistas a ajustarlas cuando el pectoral estuviera en posición. Nuestra reconstrucción actual es puramente de prueba, con fines fotográficos, pero en realidad el único punto dudoso es si las barras de oro encajan con la parte frontal y trasera del pectoral, como muestran las ilustraciones, o con los lados. La razón por la que las hemos colocado en esta posición es que las barras son de tamaños distintos, y no es posible mediante ninguna combinación formar los dos largos iguales que requerirían los lados. La parte delantera y trasera del pectoral tenían, según sabemos, longitudes distintas. Aún faltan varias piezas, que esperamos que aparezcan en la cámara interior o en el anexo.

La mayor parte de nuestro trabajo de laboratorio del pasado invierno estuvo dedicado a las cajas, tratando de averiguar cuáles eran sus contenidos y de distribuir aquella confusa maraña. Los objetos grandes y sencillos eran mucho más fáciles de manipular. Algunos se hallaban en muy buen estado, no necesitando más que una limpieza de su superficie y unas cuantas anotaciones; pero había otros que exigían bastante atención, aunque sólo hubiera que repararlos un poco para poder transportarlos. En todas nuestras recomposiciones recurríamos constantemente a nuestra caja de barridos del suelo, llena de fragmentos recuperados por ese procedimiento, y por el de escudriñar la última capa de polvo del suelo, tanto en la antecámara como en el pasillo de entrada; con cierta frecuencia encontramos así la incrustación o cualquier otra pieza, que estábamos buscando. En cuanto a los carros, aún no hemos intentado abordarlos. Había que hacerlo en El Cairo más adelante, porque están divididos en muchas secciones, y su selección y tratamiento requerirán un espacio hábil considerable, muy superior al que tenemos en el Valle. Como ya he señalado en este mismo capítulo, la restauración y estudio del material de esta tumba nos mantendrá atareados durante un montón de años. En este campo no esperamos sino realizar un trabajo preliminar.

Al final de la temporada surgió la cuestión del embalaje, tarea inquietante siempre, pero mucho más en este caso, debido al enorme valor del material. La protección, tanto del polvo como de todo daño posible, era un punto de la máxima importancia así que envolvimos bien cada objeto en lana de algodón o tela, o ambas cosas, antes de colocarlo en su caja correspondiente. Las superficies delicadas, como las diversas partes del trono, las patas de las sillas y las camas, y los arcos y bastones, fueron fajados con vendas estrechas, por si algo se soltaba durante el traslado. Los objetos muy frágiles, como los ramos funerarios y las sandalias, que no habrían soportado el transporte con un embalaje normal, fueron hundidos en salvado. Se puso mucho empeño en ordenar las antigüedades por grupos estrictamente clasificados; las textiles en

una caja, las joyas en otra, y así sucesivamente. Pueden transcurrir uno o dos años antes de que algunas de las cajas sean desembaladas, y nos ahorraremos mucho tiempo y trabajo si todos los objetos de un tipo se encuentran en una misma caja. Se llenaron en total ochenta y nueve cajas, pero para disminuir el peligro durante su traslado se agruparon en treinta y cuatro jaulas grandes.

La siguiente cuestión fue la del transporte. En la orilla del río nos esperaba una barcaza de vapor, enviada por el Departamento de Antigüedades, pero entre el laboratorio y el río se extendía una distancia de cinco millas y media de camino accidentado, con curvas terribles y declives peligrosos. Se nos ofrecían tres posibilidades de transporte: camellos, porteadores a mano y el ferrocarril de campaña de Decauville; optamos por este tercero, pues era el que entrañaba menos riesgo de sacudidas violentas. Así que las cajas fueron cargadas en varios vagones planos, y el 13 de marzo por la noche estaban listas para iniciar su viaje valle abajo, siguiendo la misma ruta que recorrieran al revés y, en circunstancias muy diferentes, tres mil años antes.

La mañana siguiente, al despuntar el alba, la comitiva se puso en marcha. Cuando hablamos de ferrocarril, el lector no debe imaginarse que teníamos una vía trazada para nosotros hasta el río, pues la construcción de una vía permanente habría supuesto una tardanza de meses. Muy al contrario, teníamos que írnosla haciendo nosotros a medida que avanzábamos, llevando los raíles en una cadena continua de atrás para adelante cuando los vagones habían pasado por ellos. Contratamos a cincuenta trabajadores para esta tarea, cada uno de los cuales tenía su función especial, empujando vagones, colocando los raíles o transportándolos para volver a usarlos. El proceso suena a engorroso e interminable, pero es maravillosa la rapidez con la que se va cubriendo el terreno. A las diez de la mañana del 15 —tras quince horas de trabajo real— habíamos recorrido toda la distancia, y las cajas estaban alojadas, sanas y salvas, en la barcaza. Se produjeron algunos momentos de inquietud en el accidentado camino del Valle, pero no ocurrió nada, y el hecho de que toda la operación se llevara a cabo en tan poco tiempo, y sin ningún tipo de incidente, constituye un veraz testimonio del celo de nuestro personal. Creo que debo añadir que el trabajo se realizó bajo un sol abrasador, con una temperatura a la sombra cercana a los cuarenta grados, y que en estas condiciones los raíles se calentaban tanto que casi no podían tocarse.

Durante la travesía por el río las cajas estuvieron a cargo de una escolta de soldados cedida por el mudir de la provincia, y después de siete días de viaje la mercancía llegó a El Cairo sana y salva. En seguida desembalamos algunos de los objetos más valiosos, para exponerlos de inmediato al público. El resto de las cajas permanecerán almacenadas en

el museo hasta que podamos abordar la cuestión de las restauraciones definitivas.

Capítulo XI
ABRIMOS LA PUERTA SELLADA

A mediados de febrero nuestro trabajo en la antecámara estaba terminado. Con la excepción de las dos estatuas centinelas, dejadas allí por una razón especial, todo su contenido había sido trasladado al laboratorio; cada pulgada de su suelo había sido barrida y escudriñada en busca de la última cuenta o pieza de incrustación caída; y la estancia había quedado desnuda y vacía. Por fin estábamos listos para tras pasar al misterio de la puerta sellada.

El viernes 17 era el día señalado, y a dos de los privilegiados a quienes les iba a estar permitido presenciar la ceremonia debían acudir a su cita en el exterior de la tumba. Entre ellos figuraban lord Carnarvon, lady Evelyn Herbert, H.S.E. Abdel Halim Pasha Suleiman, ministro de Obras Públicas, M. Lacau, director general del Servicio de Antigüedades, sir William Gartsin, sir Charles Cust, el señor Lythgoe, conservador del Departamento Egipcio del Metropolitan Museum de Nueva York, el profesor Breasted, el doctor Alan Gardiner, el señor Winlock, el honorable Mervyn Herbert, el honorable Richard Bethell, el señor Engelbach, inspector jefe del Departamento de Antigüedades, tres inspectores egipcios del Departamento de Antigüedades, el representante de la oficina de prensa del Gobierno, y los miembros del personal: en total, unas veinte personas. A las dos y cuarto estaban ya congregados todos nuestros invitados, así que nos quitamos las chaquetas y descendimos en fila a la tumba por el inclinado pasillo.

En la antecámara todo estaba preparado y a punto; y para quienes no la habían visitado desde la apertura original de la tumba, debió suponer una extraña visión. Habíamos cubierto las estatuas con cartón para protegerlas de todo posible daño, y entre ellas habíamos levantado una pequeña plataforma, de una altura suficiente para llegar bien a la parte superior de la puerta, pues habíamos decidido, como plan de acción más seguro, trabajar de arriba hacia abajo. A poca distancia de la plataforma había una barrera y detrás de esta, como sabíamos que teníamos por

delante quizá varias horas de trabajo, habíamos instalado sillas para los visitantes. A ambos lados habían montado soportes para nuestros focos, cuya brillante luz estaba totalmente proyectada sobre la puerta. Volviendo ahora la vista atrás, comprendemos el cuadro extraño e incongruente que debía presentar la cámara, pero entonces no creo que semejante idea se nos pasara por la cabeza. Sólo era posible un pensamiento, nada más que uno. Delante nuestro estaba la puerta sellada, y al abrirla borraríamos el paso de los siglos y nos hallaríamos en presencia de un rey que reinó hacía tres mil años. Mis sentimientos al subir a la plataforma eran una extraña mezcla, y no fue sino con mano temblorosa como asesté el primer golpe.

Mi primera preocupación era localizar el dintel de madera de la parte superior de la puerta, con gran cuidado fui rebajando el yeso y quitando las piedrecitas que formaban la capa superior del llenado. La tentación de interrumpirme y asomarme al interior a cada momento era irresistible, y cuando, después de unos diez minutos de trabajo, había practicado un boquete lo bastante grande para poder hacerlo, introduje la linterna eléctrica. Su luz me reveló una visión asombrosa, pues allí, a una yarda de la puerta, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista y bloqueando la entrada de la cámara, se alzaba a juzgar por todas las apariencias, una sólida pared de oro. De momento no tenía ninguna pista sobre su significado, así que reemprendí, tan deprisa como osé, el trabajo de ensanchar el boquete. Eso se había convertido en una operación de dificultad considerable, pues las piedras de la mampostería no eran bloques cuadrados y colocados regularmente uno sobre otro, sino losas toscas de tamaños diferentes, algunas de ellas tan pesadas que necesitaba toda mi fuerza para levantarlas; además, muchas de ellas, al quitarles el peso de encima, quedaban equilibradas tan precariamente que el menor movimiento en falso las habría hecho resbalar hacia el interior y estrellarse contra el contenido de la cámara. También intentábamos salvar las improntas de sellos que había en la gruesa argamasa de la cara exterior, y eso contribuyó a aumentar la dificultad en el desmonte de las piedras. Mace y Callender me ayudaron, y cada piedra fue evacuada según un sistema regular. Yo la aflojaba suavemente con un alzaprima, mientras Mace la sujetaba para evitar que cayera hacia adelante; acto seguido entre los dos la levantábamos y sacábamos y se la pasábamos a Callender, que a su vez se la transfería a uno de los capataces y así, mediante una cadena de trabajadores, la subían por el pasillo y depositaban en el exterior de la tumba.

Con la evacuación de unas pocas piedras se desveló el misterio de la pared de oro. Estábamos en la entrada de la auténtica cámara funeraria del rey, y lo que nos bloqueaba el paso era uno de los lados de un inmenso sepulcro dorado construido para cubrir y proteger el sarcófago.

Ahora ya era visible desde toda la antecámara, gracias a la luz de los focos, y a medida que fuimos quitando una piedra tras otra y su superficie dorada fue surgiendo a la vista, pudimos, como a través de un conducto eléctrico recibir los chispazos de excitación que agitaban a los espectadores detrás de la barrera. Las fotografías que fueron tomadas en el proceso de nuestro trabajo le darían al lector una idea de lo que en realidad vieron. Nosotros, que estábamos en plena tarea, nos sentimos quizá menos excitados, pues estábamos gastando todas nuestras energías en la labor que teníamos entre manos: trasladar el bloqueo sin accidentes. La caída de una sola piedra podría haber dañado de forma irreparable la delicada superficie del sepulcro, así que, en cuanto el boquete fue lo bastante grande para ello, creamos una protección adicional mediante la introducción de un colchón en el lado interior del bloqueo y su subsiguiente supresión del dintel de madera de la puerta. Necesitamos dos horas de arduo trabajo para retirar todo el bloqueo, al menos el imprescindible por el momento; y en un punto, estando cerca de la base, tuvimos que paralizar las operaciones un rato para recoger las cuentas esparcidas de un collar, trasladadas por los saqueadores desde la cámara interior y tiradas en el umbral. Esto último fue una prueba terrible para nuestra paciencia, pues constituyó una tarea lenta y todos estábamos ansiosos por ver lo que podía haber dentro; pero por fin la concluimos, quitamos las ultimas piedras, y el camino a la cámara interior quedó franco ante nosotros.

Al deshacer el bloqueo de la puerta habíamos descubierto que el nivel de la cámara interior era unos cuatro pies más bajo que el de la antecámara y eso, combinado con el hecho de que había tan sólo un paso estrecho entre la puerta y el sepulcro, hicieron nuestra entrada harto difícil. Por fortuna en el extremo más próximo de la cámara no había antigüedades pequeñas, así que baje hasta ella y, asiendo una de las luces móviles fui bordeando con cuidado el sepulcro hasta el centro y me asomé a ver que había detrás. En un rincón bloqueaban el camino dos bonitos jarrones de alabastro, pero advertí que quitándolos tendríamos paso franco hasta el fondo de la cámara; así que, marcando con sumo celo el lugar donde se hallaban, los cogí —con la excepción de la copa votiva del rey eran de una calidad más fina y una forma más grácil que ningún otro objeto de aquel tipo encontrado hasta entonces— y los pase a la antecámara. Lord Carnarvon y M. Lacau se unieron a mí y, abriéndonos camino por el angosto pasillo que separaba el sepulcro de la pared, y dando cable para tener luz, seguimos investigando.

Estábamos, sin lugar a dudas, en la cámara funeraria, pues allí, irguiéndose sobre nosotros, se hallaba uno de los grandes sepulcros dorados en cuyo interior solían depositarse los cuerpos de los reyes. Tan enorme era aquella estructura (17 x 11 pies y 9 de altura, según

medimos después) que llenaba casi por completo el área de la cámara, separándola de las paredes, en sus cuatro lados, un espacio de unos dos pies; y su techo, con su forma de cornisa y sus molduras de bocel, llegaba casi hasta el de la estancia. Tenía de arriba a abajo un baño de oro, y en los lados había paneles con incrustaciones de cerámica azul brillante, en los que estaban representados repetidamente los símbolos mágicos que habían de garantizar su fuerza y salvaguardia. Alrededor del sepulcro, descansando en el suelo, había un cierto número de emblemas funerarios y, en la punta norte, los siete remos mágicos que necesitaría el rey para deslizarse por las aguas del otro mundo. Las paredes de la cámara, a diferencia de las de la antecámara, estaban decoradas con escenas e inscripciones brillantemente pintadas, de colores llamativos pero ejecutadas con evidente precipitación.

Estos últimos detalles debimos advertirlos después, pues en aquel momento nuestra única obsesión era el sepulcro y su seguridad. ¿Habían penetrado los saqueadores en su interior y profanado los despojos reales? En el extremo oriental descubrimos sus grandes puertas plegadizas que estaban cerradas con pestillos, pero no selladas; ellas responderían a nuestra pregunta. Descorrimos los pestillos ansiosamente, retiramos las puertas, y en el interior vimos un segundo sepulcro con puertas similares, también clausuradas con pestillos, y sobre estos últimos un sello intacto. Decidimos no romper este sello, pues nuestras dudas se habían disipado y no podíamos seguir penetrando sin arriesgarnos a dañar seriamente el monumento. Creo que en aquel momento ni siquiera queríamos romperlo, pues nos había invadido, al abrir las puertas un gran sentimiento de intrusión acentuado, probablemente, por el carácter impresionante y casi doloroso de un paño mortuorio, decorado con escarapelas de oro, que colgaba de la cara superior del sepulcro interior. Sabíamos que estábamos en presencia del rey muerto y que teníamos que honrarlo, y veíamos con la imaginación cómo se iban abriendo una tras otra las puertas de los sucesivos sepulcros hasta que por fin la última nos revelaba al mismísimo rey. Con cuidado, y tan en silencio como nos fue posible, volvimos a cerrar las grandes puertas plegadizas y pasamos al extremo más alejado de la cámara.

Aquí nos aguardaba una sorpresa, porque una puerta baja, situada al este de la cámara funeraria, daba paso a otra estancia, más pequeña que las exteriores y no tan elevada. La entrada, a diferencia de las otras, no había sido cerrada ni sellada. Desde donde estábamos podíamos ver con claridad todo su contenido, y una simple mirada nos bastó para comprender que allí, en aquella pequeña cámara, estaban los mayores tesoros de la tumba. Enfrente y hacia el fondo se erguía el monumento más hermoso que he visto jamás; era tan fantástico, que la sorpresa y la

admiración nos dejaron sin aliento. Su sección central consistía en una gran área en forma de sepulcro, totalmente cubierto de oro, cuya cornisa superpuesta estaba adornada con las cobras sagradas. Rodeando el área, se alzaban las estatuas ancestrales de las cuatro diosas tutelares de los muertos: gráciles figuras con sus protectores brazos extendidos, tan naturales y vívidas en sus posturas y con unas expresiones en el rostro tan llenas de piedad y compasión, que a uno le parecía casi un sacrilegio mirarlas. Cada una guardaba una de las caras del sepulcro o capilla, pero mientras las figuras de delante y detrás tenían la mirada firmemente clavada en su carga, las otras dos infundían al conjunto una nota adicional de conmovedor realismo pues tenían las cabezas vueltas hacia los lados, como si vigilasen la entrada con el rabillo del ojo para prevenir cualquier sorpresa. Había una grandeza sencilla en ese monumento que apelaba de forma irresistible a la imaginación, y no me avergüenza confesar que se me hizo un nudo en la garganta. Se trataba sin duda del cofre canope, portador de las jarras que desempeñaban un papel tan importante en el ritual de la momificación.

Había otros objetos también preciosos en la cámara, pero en aquel momento se nos hizo difícil asimilarlos, ya que, sin poder evitarlo, no hacíamos más que desviar la mirada hacia las figuras de las diosas. Justo delante de la entrada aparecía la figura sentada del dios chacal Anubis, encima de su capilla, envuelto en una tela de lino, y descansando sobre unas angarillas; y por detrás de él asomaba la cabeza de un toro sobre un pedestal. Ambos eran emblemas del otro mundo. En el lado sur de la cámara había un sinfín de áreas y cofres negros, todos ellos sellados salvo uno, cuyas puertas abiertas revelaban estatuas de Tut-Ankh-Amón, de pie, a lomos de panteras negras. En la pared del fondo había más cajas con forma de sepulcros y sarcófagos en miniatura de madera dorada, que contenían sin duda estatuillas funerarias del rey. En el centro de la estancia, a la izquierda de Anubis y el toro, había una hilera de magníficos cofres de marfil y madera, decorados con incrustaciones de oro y cerámica azul; uno, cuya tapa levantamos, contenía un espléndido abanico de plumas de avestruz con mango de marfil, tan fresco y fuerte, en apariencia, como cuando salió de manos de su artífice. También había, distribuidas en diferentes partes de la cámara, cierto número de maquetas de barcas con velas y aparejos completos y, en el lado norte, un carro.

Ese era, tras una inspección apresurada, el contenido de la cámara interior. Buscamos ansiosamente huellas de saqueo, pero en la superficie no había ninguna. Sin duda habían entrado ladrones, pero lo único que podían haber hecho había sido abrir dos o tres cofres. La mayoría de las cajas, como ya hemos dicho, tienen aún los sellos intactos, y todos los objetos de la cámara, en afortunado contraste con los de la antecámara y

el anexo, permanecen en sus posiciones exactas, tal como fueron colocados en el entierro del rey.

No podría decir cuánto tiempo dedicamos a esta primera inspección de las maravillas de la tumba, pero debió parecerles interminable a quienes esperaban ansiosamente en la antecámara. Por razones de seguridad sólo podía admitirse en la cámara a tres personas por vez así que, cuando salieron lord Carnarvon y M. Lacau, fueron entrando los demás por parejas: primero lady Evelyn Herbert, la única mujer presente, con sir William Garstin, y luego los demás, por turnos. Era curioso observar sus rostros desde la antecámara a medida que iban apareciendo, uno a uno, por la puerta. Todo ellos tenían en los ojos una expresión de aturdimiento y asombro, y todos, al salir, levantaban los brazos en el aire, en un gesto instintivo de impotencia para describir con palabras las maravillas que acababan de ver. Y en verdad que eran indescriptibles; las emociones que habían despertado en nuestras mentes eran demasiado íntimas para transmitirlas, aunque nos hubieran salido con fluidez las palabras. Estoy seguro de que esta fue una experiencia que ninguno de los presentes olvidará nunca, pues con la imaginación —y no del todo— habíamos presenciado las ceremonias funerarias de un rey muerto desde hacía milenios y casi olvidado. A las dos y cuarto habíamos bajado en fila a la tumba y cuando, tres horas después, salimos de nuevo acalorados, polvorientos y en un total desaliño a la luz del día, el Valle parecía haberse transformado, adquiriendo un aspecto más personal. Se nos había concedido la Libertad.

El 17 de febrero era el día asignado para la inspección de la tumba por los egiptólogos, y por fortuna la mayoría de los que se encontraban en el país pudieron acudir. El día siguiente la reina de los belgas y su hijo, el príncipe Alejandro, que habían venido a Egipto con ese especial propósito, nos honraron con su visita y se interesaron vivamente por todo cuanto vieron. Lord y lady Allenby y otros varios visitantes distinguidos estuvieron presentes en esa ocasión. Una semana después, por razones ya explicadas en un capítulo anterior, la tumba volvió a ser cerrada y enterrada.

Así termina el trabajo de nuestra temporada preliminar en la tumba de Tut-Ankh-Amón. Veamos ahora el que tenemos por delante. El invierno próximo nuestra primera tarea, difícil e inquietante, consistirá en desmontar los sepulcros de la cámara funeraria. Es probable, según la evidencia que nos proporciona el papiro de Ramsés IV, que encontremos una sucesión de no menos de cinco sepulcros, construidos uno dentro de otro, antes de llegar al sarcófago de piedra en el que yace el rey; y en los espacios entre estos sepulcros esperamos descubrir unos cuantos objetos hermosos. Junto a la momia —si, como creemos y ansiamos, no ha sido profanada por los saqueadores—, deberían hallarse las coronas y demás

atributos de todo monarca egipcio. No podemos establecer de antemano cuanto tiempo nos tomará nuestro trabajo en la cámara funeraria, pero tenemos que terminarlo antes de abordar la cámara más interior, y podremos considerarnos afortunados si realizamos el vaciamiento de ambas en una temporada. Seguramente necesitaremos una temporada más para el anexo, con su promiscuo y confuso contenido.

La imaginación nos falla al intentar pensar en lo que puede descubrimos aún la tumba, pues el material que hemos tratado en este libro no representa más que una cuarta parte —y probablemente la menos importante— del tesoro que contiene. Nos aguardan todavía muchas emociones antes de concluir nuestra misión, y esperamos con ansiedad el momento de emprender la tarea que tenemos por delante. Pero una nube ha de ensombrecerla inevitablemente, un lamento que queremos que el mundo entero comparta: el hecho de que a lord Carnarvon no le haya sido permitido ver el fruto total de su trabajo; y en la ejecución de ese trabajo nosotros, que somos quienes vamos a realizarlo, dedicaremos a su memoria lo mejor que llevamos dentro.

Epílogo

BOCETO BIOGRÁFICO DEL FALLECIDO LORD CARNARVON por LADY BURGHCLERE

Si es cierto que todo el mundo ama a los enamorados, no lo es menos que, sea abierta o secretamente, el mundo ama lo novelesco. De ahí, sin duda, el interés vasto y apasionado despertado por el descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amón, un interés que se extiende al descubridor, y que ciertamente no logró apagar la repentina tragedia que le acechaba en la breve hora de su triunfo. Una historia que comienza como la cueva de Aladino y que concluye como un mito griego de Némesis no puede dejar de cautivar la imaginación de todos aquellos hombres y mujeres que, en nuestra prosaica existencia, pueden aún conmoverse con relatos de altos empeños y sino implacable. Sea reconocido con gratitud por aquellas personas para quien la muerte de Carnarvon ha de constituir una pena siempre punzante, que la condolencia exhibida igualó a la excitación provocada por las revelaciones del Valle de los Reyes. Y en respuesta agradecida a esa cálida condolencia nace este retrato superficial de una personalidad versátil, en torno a la cual se han centrado tales emociones, como introducción a la historia de un descubrimiento al que su descubridor consagró con entusiasmo sus energías e incluso sacrificó su vida.

Para quienes conocieron a lord Carnarvon, existe una singular idoneidad en el hecho de que fuera el héroe de uno de los episodios más dramáticos de nuestros tiempos, ya que debajo del exterior tranquilo de este inglés reticente, latía en realidad un corazón romántico. Indudablemente las circunstancias de su vida fomentaron la tendencia natural de su carácter. Nacido el 26 de junio de 1866, George Edward Stanhope Molyneux Herbert, lord Porchester, gozó del inestimable privilegio de criarse en un ambiente coloreado por lo novelesco y permeado por una elegante simplicidad. Y no era menos feliz en su entorno exterior. Incluso cuando se la compara con «los majestuosos

hogares ingleses», Highclere tiene que figurar como una heredad de rara belleza. Gran parte de su encanto se lo debe a sus escenarios contrastados. Desde los céspedes bien podados, sombreados por cedros del Líbano gigantescos, donde en un siglo ya pasado Pope se sentó a discurrir con su amigo Robert Caroline Herbert, ahijado y homónimo de la reina de George II, es breve la transición de los matorrales de espinos, los bosques de hayas y robles, y los lagos, morada feliz de las aves silvestres; y todo alrededor se alzan los altos llanos, densamente boscosos o tan desnudos y agrestes como cuando los britanos construyeron su campamento refugio de Beacon Hill, gran bastión gredoso que domina el paisaje. Los niños, alimentados con leyendas del rey Arturo, no necesitaban hacer más que un leve esfuerzo mental para convertir las regiones arboladas donde galopaban con sus ponis en el Bosque de Broceliande, o las viejas albercas frailunas, donde pescaban lucios y recogían nenúfares, en la mágica laguna que se tragó a la buena espada Excalibur. A un montículo que se elevaba junto a un distante cascajal, no le faltaba más que el puente levadizo, erigido por el servicial carpintero de la casa sobre el hilo circundante de agua, para transformarse en Tintagel.

Si, como nos aseguraría cualquier sacerdote católico, las impresiones indelebles de la mente humana son las que se graban en los primeros años de la vida, Porchester se graduó en la escuela de lo Novelesco y la Aventura. Además, las influencias hereditarias se asociaron con el entorno para darle una visión individual de la existencia. Hijo de padre y madre de pensamientos elevados, que siempre se esforzaron por dar efecto práctico a sus ideales en beneficio de los demás, no hubo nada en su educación primaria que no debiese ser aprendido. Lo cierto es que puede afirmarse sin titubear que, en toda su niñez, aquel muchacho de cabello ondulado nunca oyó ni presenció nada «vulgar ni mezquino». El pueblo, y todos los moradores de la casa, eran miembros de la familia. Creció en el sistema feudal y patriarcal en su más pura esencia, entre los sueños de la «Joven Inglaterra» hechos realidad. Porque la ley que gobernaba a la comunidad de Highclere era la ley de la amabilidad, aunque de una amabilidad que no permitía el compromiso con la relajación moral. En una ocasión la niñera emitió un divertido comentario acerca de las normas reconocidas como dominantes —o por lo menos destinadas a serlo— en la vida hogareña. Una de sus pequeñas, terriblemente asustada por las espeluznantes descripciones del infierno y de sus llamas contenidas en un terrible manual religioso, el «Peep o'Day» (ahora benévolamente descartado por generaciones posteriores), que le había sido suministrado por una institutriz imprudente, buscó naturalmente consuelo en su querida «Nana». Y no lo hizo en vano

—No te preocupes, cariño, por esas historias —dijo la buena mujer—;

¡nadie en Highclere irá nunca al infierno!

Por consenso unánime, el padre de Porchester, cuarto conde de Carnarvon, era respetado como un estadista que nunca había permitido que la ambición le desviase ni un ápice del camino trazado por su conciencia meticulosa. Pero pese a que prefirió dimitir del Gobierno Derby-Disraeli antes que apoyar la Ley de Sufragio de 1867, era todo lo contrario de un reaccionario. Tanto en los proyectos sociales como en los imperiales, les llevaba un gran adelanto a la mayoría de sus contemporáneos de ambas tendencias políticas. Es realmente interesante especular sobre cuánta sangre y cuánto dinero se habría ahorrado este país si las medidas y el juicio de este estadista auténticamente conservador hubiesen obtenido el apoyo de los gabinetes y el partido con el que estaba relacionado. Los niños no se interesan por la política —excepto cuando encienden hogueras para celebrar el éxito en las elecciones—, pero, sean cuales fueren los acontecimientos eventuales, el entorno y la herencia son el pilar sobre el que se forja su carácter. El quinto conde Carnarvon —el arqueólogo—, en su «constitución física y mental», como se dice ahora, no recordaba a su padre. Pero fue de este ultimo de quien heredó su calidad de pensador independiente, unida a su placer extremo en poner su mente a la altura de la de los otros hombres. Además, las dotes de concentración erudita que llegó a poseer en relación con los temas numerosos y variados por los que se interesaba, formaba desde luego parte de su herencia paterna, ya que el cuarto conde fue uno de los mejores eruditos en clásicas de su generación. Lo cierto es que hay personas aún vivas que podrían testimoniar su impecable discurso en latín como virrey del Trinity College, en Dublín, y recordar su admisión, cuando le presionaron, de que podría haber pronunciado con idéntica facilidad aquellas palabras en griego.

En 1875 una sombra se cruzó por la vida del muchacho. Su madre murió después de dar a luz una tercera hija. Esa sombra estaba destinada a ser duradera, ya que Evelyn Stanhope, lady Carnarvon, era una de esas raras mujeres que viven en el mundo sin pertenecer a él, y la falta de su inteligente comprensión constituyó una pérdida perpetua para Porchester. El ingenio caprichoso de él y el vivo sentido del humor de ella estaban hechos para comprenderse mutuamente. Ella le habría ayudado a superar su inherente reserva, que fue necesaria la acción de los años para disipar, traduciendo en un principio su carácter singular al mundo, y el mundo a su hijo.

Incluso cuando el progenitor que queda es un padre tan abnegado como lord Carnarvon, es quizá inevitable que la muerte de la madre imponga sobre las vidas de sus hijos un elemento de austeridad, aunque también tienda, como sin duda lo hizo en este caso, a estrechar los lazos

existentes entre el hermano y las hermanas. Pese a todo, después de la muerte de su madre, Porchester, o «Porchy», como se le solía llamar entonces, y las pequeñas, se vieron indeciblemente favorecidos por el cálido afecto que derramaron sobre ellos las hermanas de su padre, lady Gwendolen Herbert y Eveline, lady Portsmouth. La primera de ellas era una inválida delicada, en torno a cuyo sofá se apiñaban jóvenes y viejos, seguros de su solidaridad en el dolor y en la alegría. El hecho de que un desafortunado azar le hubiese privado de participar en los gozos y las diversiones de la juventud aumentó su voluntad de garantizar esos placeres a aquellos pequeños huérfanos de madre, en cuyas vidas hizo realidad la suya propia. Ella era la intérprete natural cuando la venganza amenazaba con materializarse en experimentos químicos cuyos resultados se traducían en vapores medio asfixiantes y del todo pestilentes, o cuando las excursiones entre las llaves de agua culminaban en la caída de grandes cataratas sobre los cuellos infantiles. La disciplina del aula de clase de los setenta no estaba concebida en las líneas Montessori. La extrema benignidad de las normas de lady Gwendolen no siempre encontraba la aprobación de los tutores y las institutrices, que en una ocasión tuvieron que recordarle que una lanza, que a encarecida petición de él había donado a Porchy, había sido hundida en un valioso grabado; mientras que otro de sus presentes, una gran sierra calificada de muy peligrosa, se convirtió en tabú y quedó suspendida de una ancha cinta azul en la pared del aula, constituyendo un curioso adorno. No puede negarse que obsequiar a un muchacho media corona para consolarle por haber roto una ventana es un método de educación homeopático, que levantaría las protestas de los religiosos y los enseñantes de cualquier época. Pero a pesar de su perenne indulgencia, su influencia nunca resultó enervante. Es lo que somos, y no nuestras palabras y aún menos nuestras broncas, lo que cuenta para esos críticos de aguda mirada que son las generaciones jóvenes. La desobediencia en la proximidad de Gwendolen era algo impensable. Tanto hacía apreciar en su propia persona lo positivo de la afabilidad —una virtud no siempre popular entre los jóvenes del sexo masculino— que las hermanas y los nuevos hermanitos de Porchy nunca sufrieron malos tratos de él. Era un bromista, un bromista incorregible, entonces y hasta el final de su vida, pues en la sobria edad madura provocaba el mismo sobresalto en sus amigos y familiares al grito de «levántate» que cuando era un colegial de quinto grado. Pero el torrente de afabilidad que fluía de su naturaleza no era la menos atractiva de sus cualidades, pues había sido alimentada en esa edad temprana por el único método efectivo de educación, el ejemplo de quienes amamos.

Muchos años después, cuando su sobrino enterró a lady Gwendolen en Highclere, evocó con agradecida ternura los recuerdos y las lecciones

de aquel amor altruista. ¡«Qué espacio vacío», según escribió, supondría para él la ausencia de «aquella figurita gris» en las reuniones familiares, los bautizos y las bodas! La imagen de su presencia en ellos hacía que se remontase a todos los maravillosos recuerdos de la niñez.

De constitución poco robusta, es dudoso que lord Carnarvon hubiese consumido ni siquiera su corta porción de vida de no ser por el papel jugado en su juventud por lady Portsmouth y su casa, Eggesford, que se convirtió en su segundo hogar. La Inglaterra de los setenta seguía siendo una época de ventanas herméticamente cerradas, habitaciones con demasiada calefacción, bufandas de lana y —el peor horror de todos— respiradores. Afortunadamente para el muchacho, lady Portsmouth, pionera en muchas fases del trabajo y el pensamiento, era una enérgica defensora del aire libre. Aquel chiquillo delicado, de cara blanca, después de dedicar un par de meses a la caza y otros entretenimientos campestres en compañía de su tribu de primos en North Devon, se transformó en un fornido deportista. En Eggesford los caballos y los lebreles eran los fundamentos de la vida, tanto como la política y los libros en Highclere. «Mr. Sponge's Sporting Tour» (la gira deportiva del señor Sponge) reemplazó a «Marmion», aunque eran «The Talisman» e «Ivanhoe» lo que lady Portsmouth leía en voz alta a la familia en aquellas entrañables veladas que constituían el clímax de los días felices y activos en Eggesford. No obstante, por diferentes que parecieran las dos casas, eran similares en lo esencial. Reconocían la misma ética, y adoptaban las mismas normas. Highclere no podía ser llamado convencional. Pero Eggesford, en un país que antes del advenimiento del automóvil conservaba gran parte del aroma del pasado, era claramente anticonvencional. Las partidas de caza reunían en el campo a una asamblea miscelánea de hombres, muchachos, caballos y ponis, que salvo en Irlanda no podría haberse producido en ningún otro rincón del Reino Unido. De aquellas personas lord Portsmouth, probablemente el M. F. H. [24] más popular de Inglaterra, no era la figura individual menos destacada. Pocas veces la buena voluntad para los hombres de buena voluntad habrá estado escrita de forma más patente en un rostro humano que en el de aquel gran caballero, cuya expresión chispeante no hacía sino congraciarse aún más con la caza.

En una época posterior, los amigos de lord Carnarvon solían comentar divertidos su afición por lo que ellos describen como «personalidades peculiares». Es posible que ese gusto debiera su origen a aquellas horas festivas transcurridas en West Countrus, a la espera del zorro en la maleza, junto a bosques de alerces salpicados por el temprano verdor del incomparable brote primaveral. Quizá fue también allí donde recibió lecciones en un arte menos sencillo que la observación de lo pintoresco y lo curioso. El perfecto desenfado de la amistad, de

una amistad que excluye igualmente el proteccionismo y la familiaridad, era en aquellas jornadas la piedra angular de la relación del viejo M. F. H. con hombres, mujeres y niños. Y también era esa en gran parte la piedra angular que gobernaba el trato de lord Carnarvon con las personas cuyas circunstancias y mentalidades podía parecer que habían de crear grandes distancias entre ellos. Quienes le acompañaban en su viaje anual —o mejor dicho recorrido— de Paddington a Highdere, por Navidad, no podrán olvidar nunca los cálidos saludos que su presencia provocaba entre los empleados de ferrocarril de todas las graduaciones, desde los inspectores hasta los maquinistas. Aquella fiesta les daba a unos y otros la oportunidad de expresar sus sentimientos, los genuinos sentimientos que compartían. No es una exageración decir que era una escena conmovedora, singularmente apropiada para la celebración de la gran festividad familiar del año.

Una escuela privada y Eton son los pasos sucesivos que preparan automáticamente a un muchacho de la posición de Porchester para su futuro profesional. Su escuela privada no fue elegida con acierto. Subsistía gracias a la reputación pasada, y ni la dieta ni la instrucción estaban a la altura; pero por lo menos tuvo la fortuna de emerger con vida de una epidemia de sarampión, que los muchachos trataron vertiendo unos sobre otros jarros de agua fría cuando la fiebre les incomodaba.

Hasta el último día Eton conservó a sus ojos ese embrujo que marca el auténtico etoniano, y su tutor, el señor Marindi, recibió también ese mismo afecto. Pero fue una lástima que la escuela no hiciera nada para formar hábitos metódicos en un muchacho dotado con una memoria excepcional y una agudeza poco corriente. Por ejemplo, habría sido una bendición que su costosa educación le hubiese enseñado a contestar a las cartas. Así, en una ocasión, los círculos literarios retumbaron con las airadas denuncias de un crítico distinguido, que había apelado en vano a lord Carnarvon, como heredero de lord Chesterfield del siglo XVIII, para obtener información acerca de las relaciones de este estadista con Montesquieu. Se sabía que el autor de «L'Esprit des Lois» había visitado o bien la casa de Chesterfield, o bien Bretby, donde se suponía que podría hallarse algún indicio de su visita. Las averiguaciones revelaron que lord Carnarvon se había pasado horas, cuando no días, examinando la biblioteca de Bretby, biblioteca reunida enteramente por lord Chesterfield, en busca de vestigios de Montesquieu. Pero al resultar vana la búsqueda, a Carnarvon no se le ocurrió siquiera enviar una postal a tal efecto, aunque sólo hubiera sido para dejar constancia de las molestias se había tomado en favor de un extraño desconocido.

Antes de que abandonase la casa para ir a la escuela, los tutores y las institutrices habían calificado a Porchy de holgazán; y probablemente,

como suele ocurrir con las criaturas muy activas, no era tarea fácil mantener su atención siempre despierta. No obstante, juzgado según las normas menos exigentes de la época presente, difícilmente se consideraría retrasado a ningún niño de diez años que fuera bilingüe —el francés era la lengua utilizada con su madre y sus maestros—, y poseyera amplios conocimientos de alemán, gramática latina, y los fundamentos del griego, y cantara de forma deliciosa al tono de perol de hojalata de un piano de aula. Las etiquetas son algo fatal. Una vez clasificado como holgazán, es el alumno y no el instructor el que se gana los reproches. Y quizá también la perfecta cultura del padre fuera un obstáculo para el hijo. Es una de esas pequeñas ironías de la vida sobre la que los maestros deberían reflexionar, el hecho de que un hombre destinado a revelar al siglo XX todo un capítulo del mundo antiguo, detestara sinceramente a los clásicos tal como se enseñaban en Eton.

El cuarto conde era demasiado sensato para insistir en que su hijo siguiera indefinidamente con unos estudios condenados al fracaso. Porchester dejó pronto Eton para estudiar con un tutor en casa y fuera de ella lo que ahora se llamaría «el lado moderno». La cantidad de ardua labor científica realizada en el pequeño laboratorio junto al lago de Highclere, o durante sus paseos a pie por la Selva Negra, fue quizá pequeña; pero en cualquier caso aquellos dos *Wanderjahren* le dejaron en posesión de una reserva de información miscelánea rara vez acumulada por el colegial medio, material idóneo para estimular su versatilidad natural. Pasó varios meses en Embleton recibiendo enseñanzas del futuro obispo de Londres, el doctor Creighton, a cuya memoria permaneció muy unido. El trabajo con distintos «crammers»[25] en Inglaterra y Hanover, con vistas a enrolarse en el ejército, formaron la siguiente fase. El proyecto de una carrera militar, no obstante, fue evanescente; y en 1885 lord Porchester se matriculó en el Trinity College, de Cambridge. Resulta característico que, impresionado por la belleza de los paneles de las aulas de su facultad se ofreciera a las autoridades para hacer rascar a su costa las numerosas capas de pintura que desfiguraban la madera y restaurar las estancias: una oferta que por desgracia fue rehusada. El coleccionismo no era entonces la manía universal en la que se ha convertido ahora, pero aquel estudiante sería más tarde el padre del hombre que acabaría por ser considerado como una corte de apelación por los grandes comerciantes de Londres. Ya entonces, las tiendas de curiosidades de Cambridge constituían sus felices terrenos de caza. Desde muy jovencito, además de guardar las pertenencias estereotipadas del colegial medio, el inevitable álbum de sellos y una serpiente —esta última moradora durante todo un trimestre de su pupitre de Eton—, cuando tenía ahorrados unos pocos chelines, añadía a su almacén de tesoros tazas azules y blancas, o especímenes de

porcelana rústica. Estaba aún en Cambridge cuando empezó a coleccionar grabados y dibujos franceses, sobre todo los Rops, ahora muy valorados por los conocedores, y entonces comprados por unos pocos francos.

No obstante en esa época los intereses principales de la vida del joven eran más el deporte que las antigüedades, y es de temer que fuera visto con más frecuencia en Newmarket que en las conferencias. Su padre se había construido recientemente una villa en la Riviera italiana, en Porto Fino, solitario promontorio, entonces totalmente alejado de los turistas, pues una profunda grieta en la senda que conducía al pequeño puerto formaba una efectiva barrera para las comunicaciones, excepto por mar, con el mundo exterior. Como medio de locomoción Porchester adquirió una embarcación a vela, y con ella nació su pasión por el mar. El Mediterráneo no es el lago apacible que a veces se pinta la imaginación norteña. A decir verdad Lerici, con su trágico recuerdo de Shelley, es una advertencia, casi a la vista de Porto Fino, de los riesgos que aguardan al marino que se descuida y no arría vela cuando desciende de las sobresalientes montañas una ráfaga repentina. Tales ventoleras casi le causaron en más de una ocasión la muerte al joven milord, pues los barqueros italianos tienen la enojosa costumbre, en estas contingencias, de arrodillarse e invocar la Madonna, dejando a Porchester y a su fornido criado inglés sin ayuda para llevar la barca a puerto.

Para el aventurero nato el aliciente de la aventura radica en su sabor a peligro, y fueron los riesgos corridos en aquellas excursiones los que le inocularon el amor a la navegación. Cuando dejó Cambridge en 1887, se apresuró a embarcarse en un yate de vela para hacer un crucero alrededor del mundo, y puede decirse que a partir de entonces la seducción de la aventura no cesó de perseguirle. De Vigo navegó a las Islas de cabo Verde, y a las Indias Occidentales, hizo escala en Pernambuco, y a continuación se dejó llevar durante cuarenta y dos días seguidos por las grandes soledades de los mares tropicales, hasta arribar a Río. Fue durante esta travesía cuando adquirió la pasión por la lectura, que había de convertirse en el puntal de su existencia; una ganancia que compró barata, al precio de unos largos meses pasados bajo la Cruz del Sur. Solía decir que, a pesar de su afición por el deporte y el automóvil de buena gana se habría quedado en su silla sin moverse si al acabar un libro de lectura absorbente se le hubiese venido a las manos otro de igual absorción. De ese modo, después de que cayera el telón sobre sus estudios académicos, aquel universitario holgazán se lanzó con avidez en persecución del conocimiento, y especialmente de la historia, algunos períodos de la cual estudió con el meticuloso celo del profesor que prepara un ciclo de conferencias.

Pero la vida a bordo del *Aphrodite* no estuvo sólo dedicada a las

plácidas lecturas de series sucesivas de tomos enriquecedores. En una larga travesía han de ocurrir episodios agradables y desagradables y el joven tuvo ambas cosas en abundancia. En un fuerte ventarrón, mientras el capitán yacía inconsciente y delirante, Porchester se puso al mando, y con la ayuda de la suerte y de un buen segundo oficial, llevó la embarcación a tierra sana y salva. También, cuando un miembro de la tripulación se hirió, y el medico de a bordo se vio obligado a operar, fue Porchester quien, con el dedo en el pulso del paciente, le administró el cloroformo con la calma y pulcritud de un anestesista profesional. En Buenos Aires, entonces en una racha de prosperidad, con dos compañías de ópera italianas actuando cada noche para los millonarios argentinos, el joven inglés recibió una cordial bienvenida de todas las clases de la comunidad, tanto los nativos como los extranjeros. Fiel al estilo del «milord» tradicional, dio un festín al Presidente en el *Aphrodite* —el primer yate que anclaba en aguas argentinas— y trabó amistad con hombres de negocios, el almirante al mando del escuadrón británico y los cantantes de ópera italianos. Lo cierto es que se jactaba de haber sido llamado por estos últimos para reemplazar en un ensayo a su acompañante ausente; y admitió —porque le encantaba contar historias en su propio detrimento— que la petición no se había repetido por haber insistido él en imponer a los artistas su noción del tiempo, en vez de adaptarse a la suya. Entre todos estos conocidos y amigos, el almirante Kennedy fue sin duda el más beneficioso, ya que gracias a sus vigorosas reconvenciones Porchester acabo por abandonar su proyecto de cruzar el estrecho de Magallanes, lo cual, en una época del año adversa y en barco de vela, el almirante calificó de suicidio. Así que la vuelta completa al mundo planeada por Porchester fracasó, pero la travesía fue rica en experiencias de todo tipo para un joven recién salido de la Universidad.

De Buenos Aires Porchester volvió a casa, de un modo bastante placentero. Muchos de los lugares que visitó eran *terra incognita* para el inglés de la época, e incluso ahora le resultan poco familiares al turista medio. En la Gran Guerra fue una de las pocas personas capaces de facilitar una descripción de primera mano del escenario de la batalla de las islas Malvinas, donde había predicho que debía tener lugar la lucha decisiva para controlar el Atlántico sur.

De estos primeros viajes se trajo, no obstante, algo más que el conocimiento de lugares desiertos de la tierra, escenarios hermosos o extraños tipos humanos. En su peregrinar también vio algo de esas condiciones elementales de la vida en las que es la mano del hombre la que debe forzosamente mantener a su cabeza; una experiencia que con frecuencia le está negada al rico de nuestra civilización actual. Bibliófilo, coleccionista de porcelanas y dibujos y, en realidad, de lo

singular y lo bello, con un gusto selecto intensificado por la observación y el estudio, probablemente sus horas más felices fueron aquellas en las que la aventura imprevista exigió una decisión rápida y una pronta acción. Pero comprenda el lector que la aventura tenía que ser imprevista, porque no ha existido nunca nadie que estuviera tan lejos como él de haber sido forjado en el molde de don Quijote. Su valor pertenecía a esa variedad peculiarmente tranquila consistente en una placentera aceleración del pulso en el momento del peligro.

En una ocasión, en su juventud, alquiló una embarcación para ir a un lugar apartado de la costa, en alta mar, donde le aguardaba su barco. Él mismo llevaba el timón de la pequeña nave, y le acompañaban dos fornidos pescadores a los remos. De repente, cuando ya se habían alejado bastante de tierra, y estaba a igual distancia de su meta, los dos rufianes le dieron a elegir entre pagarles una copiosa suma o ser arrojado al agua. Escuchó con calma, y les hizo signo de que le pasaran su bolsa de ropa. Obedecieron, acariciando ya con la imaginación el rescate del «lord» inglés. Pero la situación se alteró cuando extrajo de ella, no una cartera bien rellena, sino un revólver, y apuntando a aquel par les ordenó firmemente que siguieran remando, si no querían que disparase. La risa irónica con la que recordaba lo que era para él un episodio eminentemente delicioso, todavía resuena en los oídos de quienes lo escucharon.

La verdad obliga a su biógrafa a admitir que no siempre salió tan triunfante de sus aventuras. Su siguiente travesía larga fue a Sudáfrica. Escribió a esta escritora desde Durban, anunciándole su intención de ir a cazar elefantes; y fue, pero se invirtieron los papeles de cazador y cazado. Acompañado tan sólo por un negro, se agazapó en la jungla a la espera de un paquidermo, y a su debido tiempo hizo su aparición el animal. Porchester, generalmente tirador admirable, disparó y falló; y, pasado un rato, no viendo a su presa, bajó del árbol al que se había encaramado, con la intención de volver a casa paseando tranquilamente. Para hacerlo tenía que cruzar una zona de estepa desierta que dividía la jungla en dos. Estaba bien en medio de su desprotegido trayecto, cuando se dio cuenta de que estaba siendo acechado por el elefante, vio que no tenía tiempo de volver a cargar su arma, y puso pies en polvorosa a una velocidad que nunca se habría imaginado capaz de alcanzar. Su rifle, su cartuchera, sus lentes y su abrigo, todos volaron por los aires mientras corría para salvar la amada vida, con el vengativo animal avanzando pesadamente tras él. Para él, al igual que para los españoles, la prisa, por lo menos a pie, había sido siempre cosa del diablo. Pero ahora, con la vida como meta, fue él quien ganó la carrera. Llegó a la jungla amiga, trepó de nuevo a un árbol y se salvó. Según le dijeron después, ser perseguido por un elefante y escapar era una hazaña menos frecuente

que hacerlo caer con su arma. Con el tiempo se convirtió en uno de los seis mejores tiradores de Inglaterra, pero nunca más fue a cazar elefantes.

El viaje a Sudáfrica fue sucedido por otro a Australia y Japón, desde donde Porchester regresó a principios de verano de 1890, por fortuna justo a tiempo para estar junto a su padre lord Carnarvon durante su última enfermedad y muerte.

El nuevo lord no tenía más que 23 años cuando tomó posesión de su herencia, y exceptuando el hecho que su pasión por el deporte le retenía en Highclere y Bretby durante la temporada de caza, y su amor por la ópera en Londres unas pocas semanas estivales, permaneció constante a su afición viajera. De repente se marchaba a París, Constantinopla, Suecia, Italia o Berlín, por un período de tiempo más o menos largo, volviendo a casa de forma igualmente inesperada después de coleccionar cuadros, libros y cierto número de conocidos o amigos, los nombres de algunos de los cuales, entonces anónimos, han cobrado después mucha importancia en la historia del mundo, como lo hicieran ya en las narraciones del joven viajero. Y eso que en aquella fase no estaba excesivamente comunicativo. Más bien asumía el estilo alusivo, consistente por ejemplo en decir: «Cuando vi al jefe de la mafia en Nápoles»...; un estilo eminentemente adaptado a despertar curiosidades que luego dejaba en vilo sonriente, para desesperación de los oyentes, que como es natural querían saber cómo se había encontrado con aquel misterioso potentado. No obstante, su sentido del humor lo hizo más explícito en lo concerniente a sus esfuerzos para trabar conocimiento con otro personaje extravagante. Este no era otro que el fallecido sultán «Abdul el Maldito», con quien, en el curso de una de sus visitas a Constantinopla, Carnarvon se vio asaltado por el deseo de sostener una entrevista. El guardarropa de Carnarvon no fue nunca su punto fuerte. No tenía uniforme, así que se hizo retocar un chaquetón de marinero con botones de latón añadidos, y esperó que este atuendo sería dado por bueno en el Departamento del Chambelán. Como su nombre había sido facilitado por la embajada a los despachos adecuados, fue informado de que el palafrenero mayor y un carruaje le llevarían a Yildiz Kiosk. El día acordado el oficial hizo su aparición, aunque con aire de sentirse incómodo, pues tenía que explicar que a S.M., profundamente desolado, le resultaba imposible recibir al caballero.

—¿Quizá otro día?

—No, el Sultán teme que no tiene ningún día disponible, pero como prenda de su estima, suplica a lord Carnarvon que acepte la alta insignia que le traigo.

Carnarvon rehusó la insignia, que desde luego nunca habría lucido, y quedo igualmente humillado y estupefacto. Tardó algún tiempo en

encontrar una explicación, pero al fin lo logró.

Su padre, cuarto conde de Carnarvon, había viajado largamente por Turquía, con el resultado de concebir una profunda aversión contra el mal gobierno del desgraciado país y una simpatía igualmente profunda por los grupos cristianos perseguidos. Se convirtió en presidente de la Sociedad de Protección de los Armenios, y estaba considerado como uno de sus principales simpatizantes. Abdul lo sabía, aunque ni él ni sus ministros se habían enterado de que aquel lord Carnarvon había muerto, y era un joven, que llevaba su nombre, pero que no había heredado ni sus opiniones ni su influencia políticas, el caballero inglés que había solicitado la audiencia del sultán. Abdul vivía en un pánico constante de ser asesinado, en especial por la raza que tan cruelmente había perseguido. Así que se formó la conclusión de que lord Carnarvon había pedido la entrevista con el propósito de matarle, y se negó firmemente a permitir que el supuesto criminal fuese admitido en su presencia. Los amantes de la historia, como Carnarvon, siempre están ansiosos por encontrarse cara a cara con aquellos que, para bien o para mal, pueden considerarse sus artífices. Así que se llevó un auténtico desengaño al no conseguir ver a una de las figuras mejor dotadas, aunque también más siniestras, de los últimos tiempos. Pero la idea de que precisamente su padre hubiese sido tenido por un asesino en potencia resultaba demasiado absurda para no pesar más que la humillación, y con frecuencia se reía sin alterarse de este aspecto de la anécdota.

Más tarde en su vida, cuando se vio arrojado a su constante compañía, «el Lord», o «lardy», como le llamaban los egipcios, logró establecer más puntos de contacto con orientales de todas las clases, desde los pachás hasta los fellah, que los que suele poder establecer el hombre occidental. Pero lo cierto es que poseía un encanto indiscutible, el cual, cuando le daba por ejercerlo, le atraía la confianza de los hombres y mujeres del mundo entero. Un ejemplo que viene a cuento y que ilustra también la mezcla de sagacidad y extravagancia de su carácter, es el de una visita que hizo a California. De camino hacia allí hizo un alto en Nueva York, donde le había prometido a un amigo que trataría de recabar información respecto a cierta empresa comercial. Su modo de buscar la información fue, por no decir otra cosa, altamente original. Fue a su barbero a quien le preguntó acerca de la persona que controlaba el negocio. Como el barbero resultó, por extraño que parezca, capaz de instruirle sobre el asunto, lord Carnarvon le escribió una nota al financiero en cuestión solicitando una entrevista. A su debido tiempo fue recibido por un típico capitán de la industria, con ojos de lince y una boca como una trampa de acero, el cual debió admirar el candor de aquel inglés despistado que le pedía abiertamente consejo. El magnate escuchó con cortesía su demanda de información y

entonces le instó de forma inequívoca a no adquirir valores bajo ningún concepto. Carnarvon clavó su mirada en él, le dio las gracias y se fue directamente a la oficina de telégrafos, desde donde envió a su amigo instrucciones de comprar. Luego se fue a California, donde se dedicó a la pesca —le encantaba el deporte en todas sus variedades— del tarpón. Seis semanas después volvió a Nueva York, encontrándose con que las acciones se habían disparado, y su amigo de la ciudad estaba en éxtasis por los beneficios que había hecho gracias a la decisión de Carnarvon. Entonces solicitó otra entrevista con el financiero y de nuevo fue recibido con corrección. Esta vez Carnarvon le explicó a su interlocutor que consideraba que no podía marcharse de América sin reiterarle su agradecimiento por aquel consejo tan provechoso que había sufragado los gastos de su costoso viaje. El magnate se sorprendió y exclamó:

—Pero lord Carnarvon, yo le aconsejé que *no* comprase.

—Oh, sí, ya sé que dijo eso, pero vi que quería que entendiese lo contrario.

Hubo un momento de pausa, tras el cual el gran hombre estalló en sonoras carcajadas, le tendió su mano y dijo:

—Le ruego que considere suya esta casa siempre que venga a América.

—¿Y fue tu capitán de la industria la persona más interesante que conociste en ese viaje? —le preguntaron sus oyentes.

—¡Oh, Dios mío, no! —era su respuesta característica—. La persona más interesante fue, con diferencia, el guardafrenos de los vagones del tren de California. Me pasé horas charlando con él.

En 1894 lord Carnarvon fletó el vapor *Catarina,* y en compañía de su amigo el príncipe Victor Duleep Singh volvió a visitar Sudamérica. A su regreso, en el verano de 1895, el día de su 29 cumpleaños, se casó con la señorita Almina Wombwell. La boda se celebró en St. Margaret, Westminster; y el almuerzo nupcial tuvo lugar en Landsdowne House. Todo fue suntuoso. La guapísima novia podría haber posado como modelo para Greuze, y el aire singular de distinción del contrayente no fue menos advertido que la belleza de ella. Además, le habían persuadido de que se hiciera y pusiera una levita para la gran ocasión. Pero cuando salieron para Highclere bajo aires triunfales con sus moradores festejándoles y la novia luciendo gasas de color de rosa salpicadas con esmeraldas y diamantes, lord Carnarvon mudó sus galas lleno de agradecimiento por su sombrero de paja y su chaqueta favorita de sarga azul, que la vieja y servicial ama de llaves, doncella de su madre, había (para su propio escandalo) zurcido aquella misma mañana. Este divertido detalle sin importancia es muy característico de él, porque aunque por su gusto quisquilloso acogía de buen grado todo cuanto contribuía a los refinamientos de la existencia, respecto a sí mismo

conservaba intacta su curiosa simplicidad.

Durante los ocho o diez años siguientes, la pareja llevó la vida que solían llevar en aquellos días felices de la preguerra los jóvenes a quienes el destino había colocado en lugares privilegiados. En 1898, con gran júbilo por su parte, nació su hijo Henry, lord Porchester, al que siguió en 1901 una hija, Evelyn, destinada a convertirse en la amiga más entrañable de su padre, y en su compañera más próxima en su ultimo, memorable y fatal viaje a Egipto.

Sobre el año 1890 lord Carnarvon se inició en las carreras de caballos, por las que pronto concibió un profundo interés, ya que era incapaz de dedicarle una atención media a ningún negocio ni ocupación. Acabó por centrar todos sus anhelos en su granja de sementales, donde se le consideraba afortunado. Ganó algunas de las carreras importantes: muchos de los premios de Ascot, la copa Steward en Goodwood, la copa Doncaster y también la City and Suburban. Se hizo miembro del Jockey Club.

Sin duda, sobre todo al ir madurando, el elemento humano se convirtió poco a poco en la causa de una gran proporción del entretenimiento que encontraba en la pista de carreras. Aparte de su amistad con las personas de su propio mundo, tomaba un sincero interés por las «personalidades peculiares», que conocía, a todas y cada una, por apodos que nunca olvidaba, logrando iniciarse en sus vidas, alegrías y ansiedades domésticas. Cuando su parca figura, que era indiscutiblemente de caballero, aparecía en el *paddock* o la pista del hipódromo, tocada con un sombrero de copa baja de un estilo único, y una forma nunca vista en otra cabeza que no fuera la suya, con el cuello embozado, cualquiera que fuera la temperatura, en una bufanda amarilla, y calzando, sin tener en cuenta la elegancia del torneo, zapatos marrones —«los malditos zapatos marrones de ese tipo», como una vez los describió un gran personaje que se destacaba por su observancia del ritual en el vestir—, podía contar con una bienvenida especial, tan propia de él como su ropa y su presencia.

Quizá sea este el momento adecuado de decir algo sobre sus amistades, que eran en realidad una parte integrante de sí mismo. Nunca ningún hombre se hizo más suyos los axiomas de Polonio en ese aspecto trascendental de la vida; y sin duda era con «lazos de acero» con los que se ataba a «sus amigos y sus afectos demostrados». Como escribe un personaje de lo más distinguido, «era un amigo muy firme. Quizá tardaba uno mucho tiempo en ser admitido en su amistad, pero una vez le concedía esa admisión era para siempre y hasta la eternidad. Nada cambiaba ni debilitaba su amistad. Los privilegiados que la obtenían sabían muy bien que aunque estuvieran separados durante años, los lazos de su amistad permanecían tan fuertes como siempre, y que

cuando volvieran a encontrarse, serían recibidos como si nunca se hubieran alejado de él». Y es muy cierto que no había nada capaz de debilitar su amistad. Una de las pocas ocasiones en las que esta escritora le vio venirse abajo fue cuando estuvo obligado a confesar que un amigo muy querido, muerto recientemente, había abusado de su confianza. Pero ni siquiera entonces quiso revelar cuál había sido la ofensa. Salvaguardó celosamente la reputación del hombre y, a pesar de tener destrozado el corazón, no permitió que las personas que dependían de él sufrieran por su falta. Hasta años después su oyente no fue puesta, por pura casualidad, en posesión de los hechos, y en la capacidad de apreciar tanto la magnitud de la herida como la generosidad de la víctima.

Un hombre que es generoso de pensamiento también suele serlo en sus acciones. Nunca se conocerá el número de personas caídas a las que ayudó a salir del apuro, porque él obedecía religiosamente el precepto evangélico de no permitir que su mano derecha supiera lo que hacía su mano izquierda. Sólo de vez en cuando, cuando creía que podía confiar en su oyente, su sentido del humor pasaba por encima de su discreción.

Así, uno de sus arrendados, cuya granja le tenía alquilada por 727 libras, 11 chelines y 4 peniques al año, durante tres años consecutivos aportó 27 libras, 11 chelines y 4 peniques al balance anual; y consideró muy honestamente que tenía derecho a recibir un descargo completo. Cuando esto ocurrió por tercera vez, como resultaba evidente que la tierra iba a echarse a perder, lord Carnarvon creyó que tenía el deber de expulsar al hombre. Se apresuró a explicar que el valor del arriendo no era excesivo, porque en cuanto se había sabido su decisión, había recibido una oferta de 1.100 libras.

—Pero —añadió— me ha dado tanta lástima ese pobre hombre, que se ha pasado toda la vida en el mismo lugar, que me las he arreglado para darle una especie de pensión de 250 libras. Creo que eso le confortara.

De no ser por la visión singular del granjero del balance de las cuentas, que apeló al sentido del humor de Carnarvon, esta pequeña historia no habría salido nunca a la luz.

La misma fidelidad que ligó sus afectos de forma perpetua a su familia, sus hermanos y sus amistades, hizo de él un señor admirable y un auténtico amigo para sus criados. Falsificó, de modo harto divertido, ese proverbio según el cual un hombre nunca es un héroe para su ayuda de cámara. Salvo si surgía una falta grave, una vez entraba un hombre a sus órdenes, permanecía junto a él toda la vida, aunque a condición de prestarle un buen servicio. Eso era lo que esperaba lord Carnarvon, y eso era lo que obtenía. De igual modo, como él mismo era cortés y considerado, esperaba a cambio corrección. Rara vez se vio defraudado

porque, como decía en su última carta a esta escritora, «es maravilloso lo que puede lograrse con un poco de educación». Pero al enfrentarse con la grosería podía responder con una increpación, que no resultaba menos efectiva por ser expresada de modo oblicuo. En la guerra, teniendo la oportunidad de ir a uno de los Departamentos de Control, fue recibido por una damisela de modales tan cortos como su cabello que, con una voz de absoluto desprecio, exigió saber con qué propósito había ido allí. Como ningún ser humano podía entrar en el Departamento salvo con la finalidad de obtener el artículo que era competencia del Control, la pregunta, dejando a un lado la forma en que había sido formulada, era una impertinencia. Con una voz muy dulce, lord Carnarvon replicó:

—Desde luego, he venido a hablarle del hipopótamo del Zoo.

Después de este discurso, su asunto fue despachado en la mitad de tiempo.

Además de buen tirador, dueño de caballos de carreras y coleccionista de arte especialmente inspirado —su catálogo de libros únicos, impreso particularmente, es un modelo en su estilo—, lord Carnarvon fue también un pionero del automovilismo. Y poseía coches en Francia antes de que fueran permitidos en Inglaterra. A decir verdad, suyo era el tercer auto que se registró en este país después de la derogación del acta que obligaba a todos los propietarios de coches propulsados por motor a ir precedidos en las carreteras principales por un hombre con una bandera roja. El automovilismo estaba destinado a atraer a una persona de su disposición, así que se entregó con pasión al nuevo deporte. Era un conductor espléndido, pues tenía un don especial —don que también le servía en el tiro y el golf— para juzgar con buen tino las distancias, además de esa calma inalterable en las dificultades que con frecuencia, cuando no invariablemente, constituye la mejor garantía contra el desastre.

A pesar de su reputación de intrépido, en realidad era demasiado sereno y poseía demasiado sentido común para buscar el peligro. Cuando esta escritora le reprochaba que corría riesgos innecesarios, respondía:

—¿Me tomas por un estúpido? En el automovilismo el peligro está al doblar las esquinas, y eso yo nunca lo hago deprisa.

Probablemente era cierto, pero «el hombre propone y Dios dispone», y fue en una carretera totalmente recta donde sufrió el accidente que alteró el resto de su vida.

Fue en el curso de un viaje por Alemania cuando el desastre se cernió sobre Carnarvon. Él y su leal chófer, Edward Trotman, que le acompañó en todas sus expediciones durante veintiocho años, habían recorrido ya muchas millas en solitario por la carretera que, trazada con precisión

romana a través de un interminable bosque teutónico, había de llevarles a Schwalbach, donde aguardaba su llegada lady Carnarvon. La recta pista se extendía tanto delante como detrás de ellos, pero, de repente, al coronar una cuesta, se encontraron con una depresión del terreno, lo bastante escarpada para no haber visibilidad a 20 yardas, y en su fondo, justo cruzados en la carretera, había dos carros de bueyes detenidos. Carnarvon hizo lo único que podía hacer. Confiando en esquivarlos, desvió el coche hacia el margen de hierba; pero la rueda chocó con un montón de piedras, se reventaron dos neumáticos y el vehículo dio una vuelta de campana y cayó encima de su conductor, mientras Trotman salía despedido a unos pies de distancia. Por fortuna para ambos, el grueso abrigo de este último amortiguó su caída, y, con una magnífica presencia de ánimo, no perdió ni un segundo en ir a rescatar a su señor. El coche había caído atravesado encima de una acequia; de haberlo hecho en la carretera, Carnarvon habría muerto aplastado, en vez de quedar incrustado de cabeza en el fango. Con la energía que da la desesperación Trotman consiguió hacer a un lado al ligero vehículo y liberar a Carnarvon, que estaba inconsciente e incluso parecía tener parado el corazón. Los carreteros de los bueyes, sabiéndose en falta, se habían dado a la fuga; pero Trotman reparó en unos labradores que había en un campo vecino, vio que tenían una tinaja de agua, y sin detenerse a pedir excusas se la quitó y derramó el agua sobre el rostro de lord Carnarvon. Con el impacto, su corazón empezó a latir y entretanto los labradores, que se habían lanzado en persecución del ladrón de su tinaja, llegaron al lugar del suceso. No podían apoyarse en una lengua común, pero el terrible espectáculo y los gestos del chófer bastaron para hacerles correr en busca de un médico. Este último se encontró con un individuo destrozado, víctima evidentemente de una contusión grave, ciego, bañado en barro de los pies a la cabeza, con la cara hinchada hasta la desfiguración, las piernas seriamente quemadas, la muñeca rota y el paladar y la mandíbula heridos. Lo cierto es que estaba vivo de milagro; pero recuperó el sentido para preguntar lo único que empequeñecía a cualquier otra consideración:

—¿He matado a alguien?

Le tranquilizaron, y volvió a sumirse en la inconsciencia. En este estado fue trasladado a la taberna más cercana, desde donde lady Carnarvon, que se reunió con él casi al instante, hizo llamar a médicos y cirujanos. Es muy característico que casi las primeras palabras que murmuró cuando recuperó el habla fueron: «Creo que no he perdido el ánimo». Tenía razón, no había perdido el ánimo; pero sí la salud. No se le ahorró nada de lo que podían ofrecerle la técnica y los cuidados, ni entonces ni después; pero durante el resto de su vida sufrió operaciones perpetuamente reincidentes y enfermedades peligrosas. Las soportó

siempre con noble coraje, y salió más maduro que amargo de estas pruebas, y también de las renuncias al trabajo y la frustración de sus ambiciones. A veces se abandonaba a largos silencios, pero casi nunca a las quejas. Fue un hermoso triunfo de la voluntad, ayudada por su sentido del humor, fundamento y base de su ser.

En lo relativo a las diversiones, su versatilidad vino en su auxilio. Cuando las migrañas agónicas le hacían la caza demasiado dolorosa, se volvía hacia el golf, en el que era «scratch», afortunado: cuando el golf era superior a sus fuerzas, se dedicaba a estudiar la técnica de la fotografía, y ayudado por sus facultades artísticas no tardó en convertirse en un maestro en el tema. Según palabras de un experto, «el trabajo de Carnarvon se dio a conocer en todas las partes del globo donde la fotografía pictórica ocupaba un lugar de honor, y no es exagerado decir que sus producciones fueron únicas por su carácter artístico y por el conocimiento que demostraba poseer en su ejecución» *(Quarterly Journal of the Camera Club,* vol. I, 202, mayo 1923, pág. 13, por F. J. Mortimer, F.R.P.S.). En 1916 fue elegido presidente del Camera Club. Valoró la distinción; pero el reconocimiento de su trabajo, dentro de este campo, que más placer le proporcionó fue una llamada del frente que recibió durante la guerra para acudir como asesor del Royal Headquarters Flying Corps (Cuartel de las Reales Fuerzas Aéreas) a propósito de unas fotografías aéreas. Los tres días que pasó en St. André lograron consolarle un poco, aunque sólo un poco, de no ser combatiente, y él los disfrutó en consecuencia; pero a su regreso a Inglaterra pagó su esfuerzo con un agudo ataque de enfermedad. Siempre le habían atraído las invenciones mecánicas. Fue al pie de Bacon Hill, en su heredad, donde el capitán De Havilland construyó el aeroplano, que en su forma perfeccionada de DH.9 se convertiría después en el principal avión de combate de la guerra.

No obstante, pese a lo mucho que luchaba, las renuncias exigidas no eran pequeñas. Estuvo profundamente interesado en las elecciones de 1905 y 1910, y en la controversia de la Cámara de los Lores de 1911; y probablemente habría tomado parte activa en la política de no ser por su creencia de que la grave herida en su boca y mandíbula habían de militar forzosamente contra los discursos en público. Quizá exagerase en esa retirada porque, cuando pronunció su conferencia en el Central Hall de Westminster, el 11 de enero de 1923, le oyeron con facilidad gran multitud de personas. Pero le disgustaba hacer las cosas mal, y su miedo a ser oscuro, unido a sus muchas enfermedades, apagaron su esperanza de entrar en la vida pública. Muchos de sus amigos, tanto entonces como ahora, han lamentado su obligada abstención de la vida pública de nuestro país. Sir William Garstin, cuyo veredicto tiene que tener un peso, escribe: «Lord Carnarvon se tomó un profundo interés por todas

las cuestiones relacionadas con la política inglesa, pero fue la política exterior de este país lo que le interesó de forma más particular. Sus largos viajes, así como sus estudios, le dieron más nociones en los temas relacionados con la política internacional que es poco frecuente hallar en ingleses que pasan gran parte de sus vidas en casa. Quizá la política del Próximo Oriente le atrajo más que la de ningún otro país. Sus asiduas visitas a Turquía y los Estados Balcánicos, y su reconocimiento de los lazos que unen estrechamente a Inglaterra con estas naciones, provocaron su interés directo y personal por diversas cuestiones. Él desde luego podía hablar y hablaba, bien y con inteligencia, de todo lo concerniente a las relaciones de Inglaterra con Turquía y Oriente».

El resultado directo del accidente fue la necesidad de pasar el invierno fuera de Inglaterra, ya que, con sus dificultades respiratorias, un mal ataque de bronquitis habría sido fatal para él. Por consiguiente, en 1903 fue a Egipto y quedó de inmediato cautivado por la fascinación de «cavar». Un fragmento inacabado sobre ese tema, en el que estaba ocupado cuando murió, da buena cuenta de aquellos primeros tiempos:

«Siempre tuve el deseo y la intención, incluso en un año tan remoto como 1889 de ponerme a excavar, pero por una razón u otra nunca podía empezar. No obstante, en 1906 con la ayuda de sir William Garstin, que era entonces consejero de Obras Públicas, inicié mis excavaciones en Tebas.

»Puedo decir que en ese período no sabía nada en absoluto sobre la cuestión de las excavaciones, así que, supongo que con la idea de mantenerme alejado de un posible estropicio, y también para mantenerme ocupado, me fue asignada una zona en la parte superior de Sheikh Abdel Gurna. Llevaba apenas 24 horas operando, cuando de pronto dimos con lo que parecía una fosa funeraria intocada. Eso provocó una gran excitación en el Departamento de Antigüedades, que pronto se calmó cuando se descubrió que la fosa estaba inacabada. Allí estuve, entregado al trabajo, seis semanas, envuelto en nubes de polvo, día tras día. Además de encontrar un gran gato momificado en su ataúd, que ahora adorna el museo de El Cairo, nada en absoluto vino a recompensarme por mis esfuerzos persistentes y muy polvorientos. Sin embargo ese fracaso, en vez de desanimarme, produjo el efecto de entusiasmarme aún más.»

Pero cuanto más laboraba, más claramente comprendía que necesitaba la ayuda de expertos; así que consultó a sir Gaston Maspero, que le aconsejó recurrir al señor Howard Carter.

El consejo de sir Gaston Maspero resultó ser más fructífero de lo que había previsto lord Carnarvon. En Howard Carter lord Carnarvon obtuvo la colaboración, no sólo de un experto erudito, un arqueólogo dotado de imaginación y, como decía lord Carnarvon «un artista muy bueno», sino

también la de un auténtico amigo. Durante los dieciséis años siguientes los dos hombres trabajaron juntos con diversa fortuna, pero siempre unidos no tanto por su meta común como por su consideración y afecto mutuos.

El relato del trabajo de lord Carnarvon y el señor Carter se encontrará en el suntuoso volumen titulado «Cinco años de exploraciones en Tebas», que ellos mismos publicaron en 1912. La descripción de lord Carnarvon de las primeras excavaciones efectuadas con Howard Carter, debe ocupar, no obstante, un lugar aquí. «Después de quizá 10 días de trabajo en Deir el Bahri en 1907 —escribe—, dimos con lo que resultó ser una tumba intocada. No olvidare nunca la primera vez que la vi. Había en ella algo extraordinariamente moderno. Había varios féretros en la tumba, pero el primero que retuvo nuestra atención fue uno blanco pintado brillantemente, con un manto tirado descuidadamente encima, y un ramo de flores depositado a sus pies. Aquellos féretros habían permanecido allí 2.500 años, intocados y olvidados. La razón por la que nunca había sido violado el sepulcro no tardó en hacerse patente. No había muebles funerarios, y evidentemente los propietarios de los féretros eran gente pobre, habiéndose gastado, ellos o sus parientes, todo el dinero de que disponían para el funeral en los féretros ornamentales que contenían sus cuerpos.

»Obsequié con uno de estos féretros al museo Newbury. Los resultados de aquella temporada fueron muy pobres, a pesar de que un día creímos haber encontrado por fin algo que tenía todo el aspecto de ser una tumba intocada a unas 400 yardas del templo de Deir el Bahri. Por la mañana me ausenté, y en cuanto vi la cara de Carter comprendí que había ocurrido algo desagradable e imprevisto. ¡Qué lástima! Lo que parecía prometedor la víspera había resultado ser únicamente una especie de establo tapiado donde el antiguo mayoral egipcio había encerrado a su burro, saldando así sus cuentas. Pero eso es un incidente común, pues en las excavaciones lo que suele ocurrir es lo inesperado, y lo inesperado es casi siempre desagradable.» Eso escribía el futuro revelador de la tumba de Tut-Ankh-Amón.

En 1907 lord Carnarvon empezó a formar su ahora célebre colección egipcia. «Mi meta principal —escribe— era entonces, como ahora, no sólo comprar porque una cosa es única, sino tener más en cuenta la belleza de un objeto que su puro valor histórico. Desde luego cuando la belleza y el interés histórico se funden en un objeto, se duplican con creces el interés y el placer de su posesión.» El testimonio de esa eminente autoridad que es sir Ernest Budge confirma asombrosamente la descripción de lord Carnarvon de su colección. «Sólo le importaba —dice sir Ernest— lo mejor, y únicamente lo mejor le satisfacía: y aun después de conseguir lo mejor persistía en él su creencia de que en algún

lugar tenía que haber algo mejor que lo mejor. Su búsqueda de la belleza en el diseño, formas y colores egipcios se convirtió en los últimos años en el culto de su vida. Su gusto era intachable y su instinto de lo auténtico y genuino sin igual. Cuando se trataba de compararlo con una "antica" hermosa, el dinero no poseía ningún valor para él, y solía decir como sir Henry Rawison: "es más fácil obtener dinero que anticas".»[26]

De todas las renuncias que le impuso su mala salud la que más le costó fue su incapacidad para tomar parte personalmente en la Gran Guerra. A pesar de haber sobrepasado la edad militar, su ágil inteligencia y su conocimiento profundo de la lengua y la mentalidad francesas le podrían haber convertido en un valioso oficial de enlace. Y lo cierto es que hubo un momento en el que acarició la esperanza de acompañar al frente a su amigo el general sir John Maxwell, pero como en aquellos días el traqueteo de un taxi le provocaba unos dolores casi insoportables, tuvo que conformarse con el trabajo que pudo encontrar para realizarlo en su casa. No obstante, cuando su hermano Aubrey Herbert, al que profesaba un cariño especial, fue herido y desapareció en la retirada de Mons, se disponía ya a salir a buscarle en su automóvil, con o sin dolor, cuando llegó la noticia de que Aubrey había escapado. En una etapa posterior de la guerra emprender tal aventura habría sido impensable, pero en esa crisis, sucedida inmediatamente después de la victoria del Marne, antes de que la guerra se recrudeciera en una guerra de trincheras, es posible que Carnarvon hubiera tenido éxito gracias tanto a sus recursos como a su serenidad.

Fue característico que más de una semana antes de que se declarase la guerra, convencido de que era inminente, y creyendo que la escasez de comida sería el peligro más inmediato, se preparó con calma para alimentar a los moradores de sus propiedades. La belleza de su plan radicaba en el hecho que no entrañaba carreras a las tiendas. Las patatas permanecieron en sus campos, y el maíz en sus hacinas, aunque listos para ser distribuidos, cuando llegaran las estrecheces, meticulosamente relacionados, entre la pequeña comunidad de 253 almas de la que Carnarvon se sentía responsable. Como sabemos, se equivocó en las fechas en que había de sobrevenir ese peligro y, comprendiendo rápidamente su error, desvió sus energías hacia otras direcciones.

Desde que estalló la guerra, lord y lady Carnarvon convirtieron Highclere en hospital de oficiales, el cual más tarde sería trasladado al 38 de la plaza Bryanston, destacándose tanto en la ciudad como en el campo por el cuidado tierno y eficiente a sus pacientes. Después de que lady Carnarvon instalara su hospital en Londres, Carnarvon se ocupó, entre otras cosas, de promover la conversión de los pastos de Highclere en tierra cultivable. Fue bien secundado por sus viejos y fieles empleados, teniendo más éxito que el que se atrevían a esperar quienes

conocían el fino suelo gredoso. Estando solo, en una de sus visitas periódicas a Highclere, sufrió un ataque de apendicitis. Lady Carnarvon, acompañada por cirujanos y doctores se apresuró a llevarlo al hospital de Londres, donde fue operado de urgencia. Así que es probable que gracias al hospital fundado por el marido y la esposa se salvara la vida de él, ya que en aquella época en ningún otro lugar habría tenido los mismos cuidados exhaustivos.

Fue, no obstante, un buen aviso. Sir Berkeley Moynihan, el gran cirujano, que fue llamado a su cabecera desde Leeds, admitió que en un principio sólo le daba otros tres cuartos de hora de vida. Lord Carnarvon declaró después que, a pesar de haberse dado cuenta del peligro, estaba convencido de que su sufrimiento era demasiado agudo para dejarle morir. Fiel a su inextinguible sentido del humor, incluso en una crisis como aquella, trató de hacer un chascarrillo sobre el asunto y se sorprendió de que este no pareciera divertir a sus asistentes médicos. «No era una broma muy buena, pero tenía cierta gracia y sólo George (su fiel criado) se rió», protestó. Dadas las circunstancias, los médicos podían ser disculpados, porque fue un milagro que su paciente saliera adelante. Él mismo atribuyó su recuperación a los recursos y esfuerzos de su esposa, y a la destreza y dedicación de que le rodeó; una dedicación ofrecida espontáneamente, porque sus enfermeras adoraban a aquel paciente que, incluso *in extremis,* seguía siendo considerado y cortes.

Dos años después tuvo que someterse a otra operación vital, de la que también se recuperó y pareció salir con una salud más firme. Además, en aquella época se había acabado ya la guerra, y su hijo único, que había luchado en la campaña de Mesopotamia, estaba de nuevo en casa, a salvo y a su lado. Eso supuso un alivio indefinible para Carnarvon. Era un inglés demasiado auténtico para no entregar a su hijo al servicio de su país, pero demostró en muchos detalles lo mucho que le afectaba aquella tensión. Era habitualmente un hombre de lo más reservado, pero cuando recibía una de las cartas escritas a lápiz por las que penaban en aquellos días negros tantos corazones ávidos, iba corriendo a leerle la preciosa epístola a un auditorio amigo. Y desde el momento en que embarcó el joven soldado, el pequeño fox terrier «de mi muchacho» no se apartó nunca de su lado.

El amor de Carnarvon por sus hijos jugó un papel muy importante en su vida. Gozaba sobremanera con su compañerismo, y quizá aún más con el evidente placer que le proporcionaba su presencia. Su amor por ellos engrandeció su visión de la vida en su conjunto, o más bien barrió los restos de su reserva constitucional, que veces interponía un velo entre su auténtico yo y el mundo exterior. El que, como decía uno de sus amigos «pasó por la vida riéndose» y en especial riéndose de sí mismo y

de sus tribulaciones, se confesó sorprendido de hasta qué punto su miedo por el bienestar de sus hijos penetraba a través de su armadura defensiva. Cuando estaba preocupado por su pequeña, le abandonaban sus burlas galantes. «No puedo expresar cuánto me ha afectado eso —escribió—, no puedo ni comer ni dormir. No tenía ni idea de que esto pudiera inquietarme tanto.» Y es de suponer que incluso el gran descubrimiento habría perdido la mitad de su sabor si esa misma hija, compañera suya inseparable, no hubiese estado allí para compartir el éxtasis de la asombrosa revelación.

Incluso durante la guerra, lord Carnarvon hizo esfuerzos para ir a Egipto. De hecho, de no ser por un grave ataque de pleuresía que le retuvo en Inglaterra en el último momento, habría llegado a El Cairo el mismo día en que los turcos intentaron su fallido ataque en el Canal. Naturalmente, tan pronto como se firmó el armisticio, dio todos los pasos necesarios para reunirse con el señor Carter, el cual, en los intervalos de sus trabajos de guerra en los GHQ[27] de El Cairo, había podido iniciar investigaciones preliminares en el Valle de los Reyes. Pero los viajes no eran cosa fácil en 1919. Con gran dificultad se conseguían literas en las embarcaciones, que iban protegidas durante la travesía con paravanes, para evitar el desastre acaecido recientemente a un buque francés, hundido por una mina flotante. Claro que las minas eran menos peligrosas que las condiciones sanitarias a bordo. Aquellos buques habían servido para el transporte de tropas durante la guerra, no habían sido desinfectados, y estaban llenos de árabes que debían ser desembarcados en Bizerta. Por fortuna el viaje no era largo, pero en aquel corto espacio había muchas enfermedades y algunas muertes. Un viaje, iniciado bajo tan malos auspicios no mejoró con el paso del tiempo. Era un período de inestabilidad en Egipto, y fue una suerte que el deseo de Carnarvon de explorar El Faiyum con la idea de realizar excavaciones llevara al equipo antes de lo habitual de Luxor a El Cairo. Todo estaba organizado para la expedición de El Faiyum, y se había fijado la hora de salida cuando, la misma víspera, Carnarvon recibió informes tan intranquilizadores sobre la situación en provincias que decidió aplazar el viaje. Fue una decisión acertada, pues al día siguiente se iniciaron las primeras revueltas en El Faiyum, y al cabo de un par de días, como él mismo escribió, «el país estaba en un estado de anarquía. Durante una calma pasajera en el desorden general —prosiguió— me las arreglé para facturar a mi familia a Port Said, y recuerdo muy bien el alivio que sentí cuando recibí un telegrama diciéndome que habían embarcado sanos y salvos».

En cuanto a él, se quedó un tiempo en El Cairo, en parte con la esperanza de poder realizar algunas excavaciones más, pero también porque estaba sinceramente interesado en la situación. Como señala sir

William Garstin, «fue el interés de Carnarvon por la Egiptología lo primero que le llevó a Egipto. Ahora bien, pronto empezó a interesarse por la política egipcia. Le gustaban mucho los egipcios y quienes trataban de volver a instituir el país como nación, demostrándoles un interés solidario por ellos al que respondían de forma espontánea. Pocos ingleses han sido en Egipto más queridos que él, y el pesar que se evidenció, a su muerte fue general y sincero». La apreciación de sir William Garstin de la posición de lord Carnarvon en Egipto fue plenamente confirmada por sir John Maxwell, también autoridad importante en la política egipcia. «Fue uno de los pocos ingleses —dice —, que comprendió y valoró lo que Egipto hizo por nosotros durante la guerra, y lo difícil que se nos habría puesto todo de adoptar este país una actitud hostil; y también que un amigo leal y conformado en nuestras comunicaciones con Oriente era infinitamente preferible a un enemigo hosco y descontento. Estaba convencido de que podía lograrse esa amistad. Sabía escuchar con paciencia y se ganó la confianza de muchos miembros de la mejor clase egipcia. Tanto en Londres como en Highclere obsequió a las delegaciones egipcias. Todos apreciaban su hospitalidad y su consideración y, cuando murió, todos sintieron que habían perdido a un auténtico amigo de su país.»

A medida que fueron pasando los días, se hizo evidente, no obstante, que no había que pensar en trabajar aquella temporada. Le necesitaban en Inglaterra y decidió ir. No era cosa fácil, y estaba ya a punto de fletar un barco de vela cuando consiguió un pasaje para su patria. Lord Carnarvon estaba destinado a hacer varias visitas más a Egipto. Después de su operación en 1919, estando apenas convaleciente, insistió en viajar a Luxor en la época acostumbrada, y allí recuperó la salud y la fuerza.

La descripción de la tumba de Tut-Ankh-Amón y su descubrimiento no entra en el terreno de esta nota autobiográfica, que trata más del hombre que del arqueólogo. Carnarvon nunca fue aficionado al autoanálisis, y aunque podía hacer descripciones detalladas de los bonitos objetos descubiertos en la tumba, le faltaban palabras para expresar el efecto del descubrimiento mismo sobre su propia persona. Sólo sabía asegurar a sus oyentes que fue «¡un momento muy emocionante!». Y no decreció la emoción, contrariamente a lo que suele ocurrir, a medida que pasaron las semanas, ni para el público ni para lord Carnarvon; claro que quizá, como es natural, aquellas sucesivas revelaciones no le proporcionaron a nadie tanto placer como a él. «Era tan feliz como modesto», dijo un distinguido erudito.

En este triste mundo nuestro parece como si los triunfos tuvieran que pagarse con el agotamiento del cuerpo y del alma. Aquel fue un episodio glorioso, pero cuando la tumba fue cerrada para la temporada, lord

Carnarvon estaba muy cansado. Le picó un mosquito, la herida se envenenó, y aunque su esposa, su hija, los médicos y las enfermeras, lucharon valientemente por su vida, fue una batalla perdida. Durante aquellas tres largas semanas de dolor y pesadumbre conservó su gallardía de siempre. Quizá los lectores de los boletines recuerden que hasta los más pesimistas solían concluir asegurando que el ánimo del paciente era bueno. Pero no tenía ilusiones:

—He oído la llamada —le dijo a un amigo—, y me estoy preparando.

Falleció el 6 de abril de 1923.

En su testamento expresaba la voluntad de ser enterrado en Beacon Hill. Fue, por lo tanto, en la cima de la gran meseta que dominaba el hogar que había amado tan apasionadamente donde fue sepultado. Sólo sus seres más allegados y queridos, y unos pocos labriegos y criados, muchos de los cuales habían echado canas en su servicio, le acompañaron hasta su tumba; y no olvidemos que, estos últimos formaban parte de su familia, y su lamento: «Claro que era mi señor, pero también era mi amigo», habría sido el epitafio que él mismo habría elegido. Ni órgano, ni música, ni coros; nada de eso hubo en su entierro. La antigua y bonita oración, encomendando el «cuerpo de nuestro querido hermano a la tierra con segura esperanza», poseía la grandeza austera de un funeral en el mar. Pero el aire estaba vivo con las primaverales canciones de las alondras. Cantaban delirantes en una pasión de éxtasis que nunca olvidarán quienes escucharon su canto. Y así le dejamos, sintiendo que su final estaba en armonía con su vida.

«Este, este es el lugar, donde se forman nubes,
meteoros irrumpen
y rayos han caído,
¡Las estrellas van y vienen! El júbilo la tempestad rompe,
¡Paz nos envíe el rocío!
Altos designios entrañan efectos pares, Altamente yaciendo,
Dejadle, más alto aún de lo que el mundo pensare, viviendo y muriendo.»

WINIFRED BURGHCLERE
El Lago,
HIGHCLERE,
17 septiembre, 1923.

Índice alfabético

Para las fechas de Egipto Antiguo, se aplica la cronología utilizada por Aidan Dodson en sus estudios del período de Amarna.
Los nombres de persona del Egipto Antiguo remiten indistintamente a los personajes mismos o a sus tumbas.
Las fechas de los reyes egipcios son las de sus años de reinado.

Abd el Aziz Bey Yehia, gobernador de provincia, 89
Abdel Halim Pasha Suleiman, ministro de Obras Públicas del Gobierno egipcio, 149
Abd-el-Rasul, familia de saqueadores de tumbas, 56, 57
Abdul Hamid II (1842-1918), sultán otomano (1876-1909), 170, 171
Ahmes, v. Amosis
Akhenatón (Ajenatón, Akenatón), rey, Dinastía XVIII (1337-1321 a.d.C.), 9, 12, 13, 13n, 14, 16, 17, 17n, 18, 24-6, 31-3, 59, 60, 63, 72, 76, 78, 106
Alejandría, 55, 75
Allenby, general lord Edmund (1861-1936), Alto Comisionado británico en Egipto y Nubia (1919-1925), 88, 156
Allenby, lady (Adelaide Chapman, 1870-1942), 88, 156
Amarna, región de Egipto/período de/cultura y arte de, 9, 13, 14n, 15, 16, 17n, 19, 25, 26, 32, 33, 35, 59, 63, 77, 100, 101, 144
Amenhotep I, rey, Dinastía XVIII (1516-1496 a.d.C.), 41, 46, 47, 61
Amenhotep II, rey, Dinastía XVIII (1415-1386 ad.d.C.), 39, 47, 58
Amenhotep III, rey, Dinastía XVIII (1377-1337 a.d.C.), 13, 46, 64, 76
Amenhotep IV, v. Akhenatón
Amón, dios, 13, 14n, 16, 46, 100, 101, 114
Amón, sacerdocio de, 14n, 16, 44
Amón-Em-Heb, ladrón de tumbas, 45
Amosis, rey, fundador de la Dinastía XVIII (1540-1516 a.d.C.), 46
Ankhesenamón (antes Ankhesenpaatón), esposa de Tutankhamón, 16, 17, 18n, 32, 35
Ankh-Es-En-Pa-Atón, v. Ankhesenpaatón
Ankhesenpaatón, v. Ankhesenamón

Anubis, dios, 16, 154
Aphrodite, yate de lord Carnavon, 167
Armenia/armenios, 171
Ay, general, rey, sucesor de Tutankhamón (1312-1308 a.d.C.), 9, 18, 18n, 25, 26, 33, 37, 55, 62
Beacon Hill, colina en el condado de Hampshire, 158, 187
Behan el Malook, v. Biban el Moluk
Belzoni, Giovanni Battista (1778-1822), pionero de la egiptología, 54-56, 62
Bereber, etnia, 115
Bethell, Richard, 3.er barón Westberry (1852-1930), 149
Bibnan el Moluk, 51, 52, 56
Bibane-Meluke, v. Biban el Moluk
Boghozkeui, v. Bogazkoy
Bogazkoy, capital hitita, 35
Breasted, James H. (1865-1930), egiptólogo norteamericano, 29, 45, 149
Bruce, Robert (1832-1901), viajero en África, 53, 54
Brugsch, Emile (1842-1930), egiptólogo alemán, 58
Budge, Ernest Wallis (1859-1934), egiptólogo británico, 182
Burckhardt, Ludwig (1863-1938), egiptólogo alemán, 55
Burghclere, lady Winifred (1864-1933), hermana de lord Carnavon, 29, 157, 188
Burton, Harry (1879-1940), fotógrafo del Metropolitan Museum of Art, 28, 56, 90, 91, 106, 109
Cairo, El, 28, 34, 58, 75, 88-90, 108, 122, 130, 146, 148, 180, 185, 186
Callender, Arthur Robert (1875-1936), egiptólogo británico, 29, 75, 77, 79, 84, 89, 109, 151
Cambridge, Universidad de, 165, 166
Carnarvon, lady (Almina Wombwell, 1876-1969), mujer de lord Carnavon, 173, 177, 178, 183
Carnarvon , Henry Howard, 4.º conde de (1831-1890), padre de lord Carnavon, 159, 160, 169, 171
Carnarvon, lord (George Herbert, 5.º conde de) (1868-1923), 21, 29, 61, 67, 74, 75, 79, 84, 89, 120, 149, 155-9, 162-4, 169-73, 175-87
Catarina, barco, 173
Champollion, Jean-François (1790-1832), descifrador de los jeroglíficos, 56
Chamwese, visir, 43, 44
Chesterfield, Philip Stanhope, lord (1694-1773), estadista británico, 164
Cinco años de exploraciones en Tebas (1912), obra de Carter y lord Carnarvon, 61, 181
Congo, 120

Creighton, Mandel (1843-1901), eclesiástico anglicano, 165
Cust, capitán sir Charles (1869-1931), dignatario británico, 149
Dama Joven, probable madre de Tutankhamón, 17, 17n
Daoud, bajá, mudir de Kena, 57, 58, 105
Davis, Theodore (1838-1915), excavador norteamericano en el Valle de los Reyes, 59- 64, 72, 78, 106
De Havilland, Geoffrey (1882-1965), constructor británico de aviones, 179
Deir el Bahri, v. Deir el Bahari
Deir el Bahari, necrópolis, 42, 47, 52, 56, 181
Departamento de Antigüedades del Gobierno egipcio, 29, 61, 62, 77, 84, 147, 149, 180
Derby, Edward, lord (1799-1869), estadista británico, 159
Description of the East (1743), obra de Richard Pococke, 51, 52n
De Villiers, Édouard (1780-1855), científico en la expedición de Napoleón a Egipto, 64
Dinastía XVIII (1540-1278 a.d.C.), 12, 13, 25, 40, 43, 62, 63, 74, 77
Dinastía XIX (1278-1176 a.d.C.), 26, 42, 43
Dinastía XX (1176-1078 a.d.C.), 42, 43, 47, 73
Dinastía XXI (1078-941 a.d.C.), 11n, 47, 58
Dinastía XXII (943-736 a.d.C.), 11
Disraeli, Benjamin (1804-1881), estadista británico, 159
Dra Abu el-Naga, sitio arqueológico, 61
Drah abu'l Negga, v. Dra Abu el-Naga
Drovetti, Bernardino (1776-1852), viajero italiano en Egipto, 55
Duleep Singh, Victor (1868-1918), aristócrata indio, 173
Eggesford, parroquia (condado de Devon), 162
Egipto, 12, 14n, 18, 18n, 26, 36, 37, 39, 40, 42, 45, 48, 54-6, 61, 69, 75, 94, 98, 99, 115, 120, 122, 128, 130, 133, 156, 173, 180, 185-7
Ehenufer, ladrón de tumbas, 45
Ekhnaton, v, Akhenatón
El Amarna, v. Amarna
El Faiyum, oasis, 185, 186
Engelbach, Reginald (1888-1946), egiptólogo británico, 77, 149
Escarabajo de oro, El (1843), narración de Edgar Allan Poe, 12
Eton, colegio, 163-5
Eye, v. Ay
Falkland, batalla naval de las (8 diciembre 1914), 168
Freud, Sigmund (1856-1946), «padre del psicoanálisis», 12
Gardiner, Alan (1879-1964), egiptólogo británico, 29, 90, 138, 149
Garstin, sir William (1849-1963), alto funcionario británico en Egipto, 59, 61, 155, 179, 180, 186
Gran Guerra, v. Guerra Mundial, Primera

Gran Himno a Atón, 13n, 14, 14n
Greuze, Jean-Baptiste (1725-1805), pintor francés, 173
Guerra Mundial, Primera (1914-1918), 168, 182
Hall, Lindsey Foot, dibujante del Metroipolitan Museum of Art, 28, 90, 91, 109
Hapi, ladrón de tumbas, 45
Hathor, diosa, 97, 97n
Hatshepsut, reina, Dinastía XVIII (1462-1447 a.d.C.), 42, 59, 66
Hauser, dibujante del Metropolitan Museum of Art, 28, 90, 91, 109
Hay, 56
Head, 56
Herbert, Aubrey 1880-1923), hermano de lord Carnarvon, 182
Herbert, lady Evelyn (1901-1980), hija de lord Carnarvon, 67, 68, 75, 79, 84, 89, 149, 155, 173
Herbert, lady Gwendolen (1842-1915), 160
Herbert, Mervyn (1882-1929), diplomático británico, 149
Herbert, Robert Caroline, 158
Highclere, castillo de, 158, 159, 161, 162, 165, 170, 173, 183, 186, 188
Hititas, 18, 18n, 36, 37
Hor-em-heb, v. Horemheb
Horemheb, general, rey, Din. XVIII (1308-1278 a.d.C.), 18, 24, 33, 42, 59, 76n
Ibrahim Effendi, inspector del Departamento de Antigüedades, 85
Imperio Medio (finales Dinastía XI-Dinastía XIII, 2065-1700 a.d.C.), 51n, 131, 132
Imperio Nuevo (Dinastías XVIII, XIX y XX, 1540-1078 a.d.C.), 11, 25
Ineni, arquitecto de Tutmosis I, 41
Inglaterra, 54, 56, 74, 89, 108, 162, 165, 169, 176, 179, 180, 185, 186
Inhapi, reina consorte, finales Dinastía XVII-principios Dinastía XVIII, 47
Iramón, ladrón de tumbas, 45
Isla del tesoro, La (1881-1882), novela de R. L. Stevenson, 12
Ivanhoe (1820), novela de Walter Scott, 162
George II, rey de Inglaterra (1683-1760; reinado: 1727-1760), 158
José y sus hermanos (1933), novela de Thomas Mann, 12
Kemkese, ladrón de tumbas, 45
Kennedy, sir William Rober, almirante británico (1838-1916), 167
Kurna, población, 52, 56, 57, 65
Lacau, Pierre (1873-1965), egiptólogo francés, 29, 89, 149, 152, 155
Lepsius, Karl Richard (1810-1889), egiptólogo alemán, 56
Lisht, necrópolis de, 28, 90
Loret Victor (1859-1946), egiptólogo francés, 58, 68
Lucas, Alfred (1867-1946), químico y egiptólogo británico, 28, 90, 91, 109, 138

Luxor, 27, 55, 58, 64, 68, 71, 75, 90, 91, 122, 128, 185, 187
Lythgoe, Albert (1868-1934), egiptólogo norteamericano, 28, 89, 90, 149
Mace, Arthur Crittenden (1874-1928), conservador del Metropolitan Museum, 21, 28, 90, 91, 109, 151
Malvinas (o Falkland), batalla naval de las (1914), 168
Mann, Thomas (1875-1955), escritor alemán, 12
Marindi, tutor de lord Carnarvon, 164
Maspero, Gaston (1846-1916), egiptólogo francés, 61, 62, 180
Maxwell, general sir John (1859-1929), militar y administrador británico, 182, 186
Maya, funcionario de Horemheb, 42
Medinet Habu, templo de, 62
Me-En-Ptah, v. Meneptah
Maktatón, v. Meketatón
Meketatón, segunda hija de Akhenatón y Nefertiti, 32
Memnón, colosos de, 55
Meneptah, rey, Dinastía XIX (1200-1190 a.d.C.), 52
Menfis, 14, 17
Men-Ma-Re-Seti, v. Seti I
Mentuher-Ekhepesh-Ef, hijo de Ramsés IX, 55
Mertatón, v. Meritatón
Meritatón, primogénita de Akhenatón y Nefertiti, 17n, 32
Merton, Arthur (1885-1946), periodista británico, 89
Mesopotamia, campaña de (1914-1918), 184
Metropolitan Museum of Art (Nueva York), 28, 63
Metropolitan Museum of Art, expedición del, 28, 89
Minas del rey Salomón, Las (1885), novela de H. Rider Haggard, 12
Mohammed Ali (1769-1849), estadista egipcio, 55
Mohamed Bey Fahrny, mamour de distrito, 89
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat de (1689-1755), pensador francés, 164
Montet, Pierre (1885-1966), egiptólogo francés, 11n
Moynihan, sir Berkeley (1865-1936), cirujano británico, 183
Mudir de Kena, v. Daoud
Napoleón I (1769-1821), 54, 64
Neferneferuatón (nombre de reinado de Nefertiti o de Meritatón), 16, 17, 17n
Nefertiti, reina consorte, reina, Din. XVIII (1322-1319 a.d.C.), 13-7, 17n, 18, 33
Newberry, Percy (1869-1949), egiptólogo británico, 144
Newbury, museo, 181
Nigeria, 115n

Nilo, 15, 53n, 55
Norden, Frederic (1708-1842), viajero danés en Egipto y Nubia, 53, 53n
Osiris, dios, 13, 16, 46
Osmán, bey, 53
Papiro de Turín, 136
Paynezem, sacerdote de Amón, 46
Peser, alcalde de Tebas, 43-5
Pewero, guardián de la necrópolis del Valle de los Reyes, 43-5
Pirámides, 28, 40, 90, 127
Pococke, Richard (1704-1765), pionero británico de la egiptología, 51, 52, 52n
Porchester, v. Carnarvon, lord (George Herbert, 5.º conde de) (1868-1923)
Portsmouth, lady Eveline (1839-1906), 160, 162
Portsmouth, Newton Wallop, lord (1860-1917), 162
Rameseum, 53
Ramsés I, rey, Dinastía XIX (1295-1294 o 1320-1318 a.d.C.), 55
Ramsés II, rey, Dinastía XIX (1265-1200 a.d.C.), 11, 37, 46, 47, 55, 56, 68
Ramsés III, rey, Dinastía XX (v. Dinastía XX), 46, 52, 53
Ramsés IV, rey, Dinastía XX (v. Dinastía XX), 52, 67, 156
Ramsés VI, rey, Dinastía XX (v. Dinastía XX), 52, 67, 69, 72, 76
Ramsés IX, rey, Dinastía XX (v. Dinastía XX), 43, 59
Ramsés XI, rey, Dinastía XX (v. Dinastía XX), 52
Ramsés XII, rey, Dinastía XXI (v. Dinastía XXI), 52
Rawlinson, George (1812-1902), historiador británico, 56
Re, dios, 13
Rey hereje, v. Akhenatón
Rhind, Alexander Henry (1833-1863), egiptólogo británico, 56
Robinson, Edward (1858-1931), director del Metropolitan Museum, 28
Rops, Félicien (1833-1898), pintor francés, 166
Rosellini, Ippolito (1800-1843), egiptólogo italiano, 56
Sannanza, príncipe hitita, 18n
Salt, Henry (1780-1827), viajero y diplomático británico, 55, 56
Sekhmet, diosa, 16
Setnekht, rey, Dinastía XX (1186-1184 a.d.C.), 52
Sen-nefer, funcionario tebano, 69
Seti I, rey, Dinastía XIX (1276-1265 a.d.C.), 46, 47
Seti II, rey, Dinastía XIX (1190-1185 a.d.C.), 52, 107, 136
Shelley, Percy Bysshe (1792-1822), poeta británico, 166
Sinuhé el egipcio (1945), novela de Mika Waltari, 13, 14n
Si-Ptah, v. Siptah
Siptah, rey, Dinastía XIX (1186-1178 a.d.C.), 59

Siria, 34
Smenkh-Ka-Re, v. Smenkhare
Smenkhare, rey, corregente de Akhenatón (1325-1323 a.d.C.), 76
Soane, museo, 55
Stanhope, lady Evelyn (1834-1875), madre de Lord Carnavon, 160
Sudán, 34, 115n
Talismán, El (1825), novela de Walter Scott, 162
Taueret, diosa, 16
Tausert, reina, Dinastía XIX (1178-1176 a.d.C.), 52
Tebas, 14, 17, 28, 34, 35, 42, 43, 52-4, 61, 89, 111, 180, 181
Tell-el-Amarna, v. Amarna
Thua, v. Thuya
Thuya (o Tuyu), madre de la reina Tiy, 59
Times, The, periódico, 29, 88, 89, 119, 120
Tiy, reina consorte de Amenhotep III, 24, 33, 60, 64, 78
Tombuctú, 56
Tomb of Thoutmosis IV (1904), obra de Carter y Newberry, 144n
Tottenham, consejero del Ministerio de Obras Públicas, 89
Trinity College (Dublín), 160
Trinity College (Cambridge), 165
Travels in Egypt and Nubia v. *Voyage d'Égypte et de Nubie*
Trotman, Edward, chófer de lord Carnarvon, 177
Turín, v. Papiro de Turín
Tut-Ankh-Amón, v. Tutankhamón
Tutankhamón, rey, Dinastía XVIII (1321-1312 a.d.C.), 9, 11, 11n, 12, 13, 16, 17, 17n, 18, 18n, 19, 21, 24-7, 31-4, 34n, 35, 36, 39, 42, 47, 60, 62-4, 69, 76, 78, 86, 100, 130, 154, 156, 181, 182, 187
Tut-Ankh-Atón, v. Tutankhatón
Tutankhatón, nombre original de Tutankhamón, 16, 17
Tutmosis I, rey, Dinastía XVIII (1496-1481 a.d.C.), 40, 41, 47, 58
Tutmosis II, rey, Dinastía XVIII (1481-1468 a.d.C.), 46, 58, 66
Tutmosis III, rey, Dinastía XVIII (1468-1415 a.d.C.), 11, 31, 68, 72, 76, 114
Tutmosis IV, rey, Dinastía XVIII (1386-1377 a.d.C.), 42, 59, 64, 144, 144n
Universidad de Chicago, 29
Valle de las Reinas, 25
Valle de los Reyes, 11, 24-7, 33, 39, 40, 42, 43, 46-9, 51-6, 58, 59, 61-9, 71-4, 83, 84, 88, 91, 105, 108, 109, 111, 120, 121, 124, 137, 146, 148, 155, 157, 185
Voyage d'Égypte et de Nubie (1755), obra de Norden, 53n
Waltari, Mika (1908-1979), escritor finlandés, 13
White, Percy (1852-1938), escritor británico, 29

Wilkinson, John Gardner (1798-1875), egiptólogo británico, 56
Winlock, Herbert Eustin (1884-1950), egiptólogo británico, 28, 63, 90, 149
Wombwell, Almina, v. Carnarvon, lady
Yua, v. Yuya
Yuya, madre de la reina Tiy, 59

Este libro se editó en octubre de 2022, días antes de la celebración del centenario del descubrimiento, en el Valle de los Reyes, de la tumba de Tut-Ankh-Amón por Howard Carter

1/ Se trata de la primera entrega de los escritos de Carter sobre el hallazgo de la tumba. Dedicó el resto sobre todo a la descripción analítica de los millares de objetos encontrados en ella. La tumba de Tutankhamón fue la primera, pero no ha sido la única tumba de reyes egipcios encontrada prácticamente intacta. Entre 1939 y 1940, Pierre Montet descubrió en el Bajo Egipto tres tumbas intactas, y otra sólo parcialmente saqueada, de reyes de las Dinastías XXI y XXII. Corresponden, eso sí, a épocas posteriores a las de mayor esplendor del Egipto Antiguo, y la riqueza de todas ellas es notablemente inferior a la de la tumba de Tutankhamón.

2/ Así llamado por el nombre actual de la región donde Akhenatón levantó su nueva capital.

3/ Cita del Gran Himno a Atón, atribuido al popio Akhenatón, una obra maestra poética de los primeros tiempos de la literatura.

4/ La rivalidad por el poder político entre el trono de Egipto y el sacerdocio de Amón es un motivo central en la novela más leída sobre el período de Amarna, *Sinuhé el egipcio*. Pese a ser un best-seller, la novela es rigurosamente respetuosa con los datos históricos y arqueológicos; pero es una novela, y una y otra vez presenta como verídico lo sólo verosímil. Los egiptólogos no siempre ignoran una posible rivalidad entre el trono y el sacerdocio de Amón, pero tienden más a explicar la persecución contra Amón por la posibilidad de que el título de Amón de «rey de los dioses» fuese ofensivo para los adoradores de Atón.

5/ Las citas entre comillas son del Gran Himno a Atón, inscrito en varias tumbas del período.

6/ Esta secuencia de hechos no es incuestionable: quizá Smenkhkare sobrevivió a Akhenatón y por breve tiempo reinó conjuntamente con Neferneferuatón, la cual pudo no ser Nefertiti sino la esposa de Smenkhkare, Meritatón, la primogénita de Akhenatón y Nefertiti. Pruebas de ADN señalan (sin garantías de acierto) a la Dama Joven como madre de Tutankhamón, pero no hay seguridad de que Tutankhamón fuese hijo de Nefertiti, etcétera. De todos modos, es indudable que el reinado de Neferneferuatón, fuese Nefertiti o fuese Meritatón, acabó pronto y mal, y que en su curso se inició la vuelta al orden tradicional.

7/ Aunque a comienzos del siglo XIX ya se tenían noticias de una efímera cultura egipcia antigua diferente de la tradicional, no fue sino ya avanzado aquel siglo y en el XX cuando empezaron a dibujarse los perfiles de la revolución de Akhenatón y de la cultura de Amarna.

8/ Cuenta Carter que Ankhesenamón, la viuda de Tutankhamón, ofeció al rey hitita, el gran rival de los faraones, compartir el trono de Egipto con uno de sus hijos si se lo daba como marido; ¿motivo? La princesa no quería casarse «con un plebeyo» (cabe suponer que Ay, el nuevo faraón, quería tomarla como esposa para adquirir una pátina de legitimidad dinástica). El rey hitita, asombrado, dudó de la autenticidad de la propuesta, y finalmente (un hecho ignorado en el tiempo de Carter), un príncipe hitita, Sannanza, viajó a Egipto, pero fue asesinado en el camino. No sorprende que de Ankhesenamón no haya noticias posteriores.

9/ Esta estela, algunos de cuyos fragmentos hemos traducido toscamente, fue usurpada después por Hor-em-Heb, como casi todos los monumentos de Tut-Ankh-Amón. (N. del T.)

10/ *Breadsted* (Crónicas antiguas de Egipto); vol. IV, pág. 538. (N. del A.)

11/ Desde luego tienen aspecto de casas, pero en realidad son fachadas de tumbas del Imperio Medio. (N. del A.)

12/ Pococke, *A description of the East* (Una descripción de Oriente), vol. I, pág. 97. (N. del A.)

13/ Según la evidencia de los dibujos esgrafiados, estas mismas tumbas fueron abiertas en la época clásica. Los autores griegos se refieren a ellas como (jeringuillas), debido a su forma de junco. (N. del A.)

14/ Norden, *Travels in Egypt and Nubia* (Viajes a Egipto y Nubia), aparecido en su traducción inglesa en Londres, 1757. (N. del A.)

15/ Bruce, *Travels to Discover the Source of the Nile* (Viajes para descubrir !as fuentes del Nilo); vol. I, pág. 125. (N. del A.)

16/ Residuos y escamas de tierra caliza, utilizados para delinear y escribir. (N. del A.)

17/ Por los vestigios que encontramos después, había sido sellada de nuevo en una época anterior al reinado de Hor-em-Heb, es decir, de diez a quince años después del entierro. (N. del A.)

18/ Estos son dos de los atributos de Hathor. Tiene muchos otros. (N. del A.)

19/ Al entrar por primera vez en la tumba, los tomamos por pliegos de papiro. (N. del A.)

20/ *Fu/ah,* o *felah:* campesinos de raza entre árabe, bereber y negra, procedentes de Nigeria y Sudán. Su tez es clara, recordando a la de los antiguos egipcios. (N. del T.)

21/ *Kefieh* (la grafía, por ser un término árabe, puede variar; paño con el que los árabes se cubren la cabeza, y que se arrollan a veces en forma de turbante. (N. del T.)

22/ *Bakshish:* propina o limosna. (N. del T.)

23/ Carter y Newberry, *Tomb of Thoutmosis IV* (tumba de Tutmosis IV), láminas 1 y 28, n.° 46526-46529. (N. del A.)

24/ M. F. H. Posiblemente Minister for Health, ministro de Salud Pública (N. del T.)

25/ Crammer.- profesores pagados especialmente para preparar a los alumnos con vistas a los exámenes (N. del T.).

26/ *Tut-Ankh-Amón, Amonismo, Atonismo y Monotefsmo Egipcio,* pref. XXI (N. del A.).

27/ GHQ: General Headquarters (cuartel general). (N. del T.)